SOLA



SCRIPTURA

The PROTESTANT POSITION *on the* BIBLE

Joel R. Beeke • Sinclair B. Ferguson
W. Robert Godfrey • Ray Lanning • John MacArthur
R.C. Sproul • Derek W.H. Thomas • James White
Foreword by Michael Horton • Edited by Don Kistler

Tabla de contenido

Respaldos de Sola Scriptura

“Que la Biblia, tal como la tenemos hoy, es la Palabra inspirada de Dios, y que tiene autoridad y es suficiente para toda fe y práctica, es el fundamento sobre el que se asientan todas las demás doctrinas cristianas.
Esta verdad debe ser continuamente afirmada y defendida. *Sola Scriptura: La posición protestante sobre la Biblia* hace esto de una manera que resultará provechosa tanto para los laicos como para el clero profesional. Yo altamente lo recomiendo.”

—JERRY PUENTES

maestro de la biblia, conferencista,
Autor, En busca de la santidad y otros títulos

“Los cristianos son personas de la Biblia. Somos hechos seguidores de Cristo por el mensaje de la Biblia y seguimos siendo guiados en los caminos de Cristo por lo que dice la Biblia. La Biblia es la espada del Espíritu, y debemos aprender a manejarla con confianza para poder vivir con eficacia en este mundo. Este libro le ayudará a hacer eso. Los colaboradores son maestros confiables que entienden la importancia de la recuperación de la *sola Scriptura,* no solo para el siglo XVI, sino para el XXI. Estoy agradecido con Reformation Trust por ponerlo a disposición una vez más”.

—THOMAS K. ASCOL

Pastor principal, Iglesia Bautista Grace, Cape Coral, Florida
Director ejecutivo, Ministerios Fundadores

“La doctrina cristiana de las Escrituras, que solo la Biblia es la Palabra de Dios, que revela clara e infaliblemente al Dios trino y Su verdad en Cristo, siempre ha estado en el corazón de la fe.
Desde el siglo XVI, ha habido tres grandes ataques a esta doctrina: el reclamo romanista de autoridad sobre las Escrituras, el rechazo modernista de la autoridad y veracidad de las Escrituras, y la negación moderna tardía de la claridad y suficiencia de las Escrituras. La reedición de *Sola Scriptura* es una respuesta muy bienvenida a cada uno de estos. Este libro es más relevante y necesario hoy que cuando apareció por primera vez”.

—R. SCOTT CLARK

Profesor de historia de la iglesia y teología histórica
Westminster Seminary California, Escondido, California

SOLA



SCRIPTURA

The PROTESTANT POSITION *on the* BIBLE

Joel R. Beeke • Sinclair B. Ferguson
W. Robert Godfrey • Ray Lanning • John MacArthur
R. C. Sproul • Derek W. H. Thomas • James White

Edited by Don Kistler
Foreword by Michael Horton

Reformation Trust
PUBLISHING

A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES · ORLANDO, FLORIDA

PREFACIO

Fue una época de prosperidad y tranquilidad, con paz en las fronteras a menudo conflictivas, mientras las naciones circundantes que habían construido imperios amenazadores caían en letargo y decadencia interna. Atraído por los ídolos de las naciones, el pueblo de Dios volvió a caer en la adoración falsa, y esta "decadencia de la verdad" condujo a una injusticia social e inmoralidad increíbles. Aunque las iglesias estaban llenas y, según los informes, el culto era animado, Dios no estaba complacido.

Así, casi ochocientos años antes del nacimiento de Cristo, Dios llamó a Amós—un "aprendiz de todos los oficios" (pastor, cuidador de higueras y criador de ganado)—para cuidar del rebaño espiritual cuya condición de autosatisfacción había resultado en apostasía. Amós escribió: "'He aquí, vienen días', dice el Señor Dios, 'que enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír las palabras del SEÑOR. Andarán errantes de mar a mar, y de norte a oriente; correrán de aquí para allá buscando la palabra de Jehová, y no la hallarán"' (Amós 8:11-12).

La Palabra de Dios había sido el centro de la vida de Israel, como lo había sido desde la creación: "Y dijo Dios: 'Hágase la luz'" (Gén. 1:3a). La declaración de Dios creó el universo y lo preservó a través de la historia. Su Palabra prometía implícitamente bendiciones para Adán y su posteridad por obedecer y advertía de una maldición por quebrantar el pacto solemne (Gén. 2:16-17). Esa misma Palabra anunció el juicio por la transgresión y luego la justificación por el Mesías que había de venir (Gén. 3:14-19). A través de la fe en Aquel prometido a través de esta Palabra de lo alto, los perdidos podrían ser redimidos y reconciliados con Dios. Como expresión directa de su propio carácter y voluntad, la Palabra de Dios no se podía distinguir, y mucho menos divorciar, de Dios mismo. Su pueblo nunca concibió tales declaraciones como meros reflejos de la humanidad en su búsqueda espiritual. La Palabra de Dios, tanto en mandato como en promesa, no solo debía tener la última palabra, sino también la primera palabra y todas las palabras intermedias, en todos los asuntos relacionados con la doctrina y la vida cristiana.

Sin embargo, los pecadores caídos somos gente creativa. No apreciamos que se nos diga desde arriba qué creer y cómo comportarnos en esta vida. La frase de Frank Sinatra "Lo hice a mi manera" todavía expresa el sentimiento del corazón humano rebelde. Israel buscó adorar a Dios a su manera, de una manera que se acomodara a las necesidades sentidas de los adoradores. Se añadieron otras "palabras", que llevan

alejó al pueblo de la enseñanza clara y sencilla de las Escrituras, y aunque este camino siempre condujo al juicio divino en forma de exilios terrenales, el pueblo nunca pareció aprender sus lecciones sobre agregar a las Escrituras (legalismo) o restar de ellas (antinomianismo).). Pero la Palabra de Dios es lo que es, lo reconozcamos o no. Si no lo aceptamos, la Palabra de Dios nos juzga de todos modos.
Si lo hacemos, anuncia su promesa salvadora de vida eterna en Cristo.

A lo largo de la literatura profética, notamos un tema común: los falsos profetas le dicen a la gente lo que quieren escuchar, lo bautizan con el nombre de Dios y lo sirven como la última palabra de Dios para Su pueblo. Como fue en los días de los jueces, los reyes y los profetas, así es en nuestros días: hay hambre en la tierra por la Palabra de Dios. Abundan los falsos profetas, que prometen paz cuando no hay paz, ya que el pastor es reemplazado por el gerente-terapeuta-entrenador-animador.

Al igual que Israel, queriendo experimentar a Dios en sus propios términos, la iglesia medieval prefirió la idolatría a la verdadera adoración y se basó en formas visuales creadas por la imaginación humana cuando debería haber sido sostenida por la Palabra escrita y predicada. En nuestros días, también nos encontramos inmersos en una cultura visual donde las palabras en general carecen de importancia y son vistas con un cinismo creciente. Como reflejo de la actitud contemporánea tanto en la academia como en la cultura popular, un grupo pop de la década de 1980 preguntó: "¿Para qué sirven las palabras?"

Pero el cristianismo es una religión de palabras, una religión del Libro. Al igual que los reformadores, no debemos acomodarnos a una cultura orientada a lo visual o a la experiencia en aras del éxito del marketing, sino que debemos volcar todas nuestras energías en formar una comunidad centrada en las palabras, por fuera de sintonía con la sociedad contemporánea que pueda estar. Los reformadores insistieron en que la Escritura no solo tiene la última palabra, sino que es el principio *formal* de todo lo que creemos acerca de la doctrina o la conducta. Es decir, moldea y forma nuestra fe. No se limita a aprobar definiciones esencialmente seculares de la realidad tomadas de la psicología, los negocios, la sociología, la política y similares. Más bien, es más probable que derroque nuestras presuposiciones. Aquí, los reformadores distinguieron entre “cosas celestiales” y “cosas terrenales”. En este último ámbito, que incluye la ciencia, el arte y la filosofía, los incrédulos podrían contribuir al avance del conocimiento y la experiencia. Después de todo, la Escritura no está interesada en decirnos todo acerca de todo, y el mundo de Dios está abierto a la investigación de todos. Pero las realidades trascendentes del carácter de Dios, sus mandamientos y su obra salvadora no están al alcance del filósofo, científico, artista o terapeuta. La sabiduría secular puede llevarnos a la verdad sobre la revolución de los planetas, pero no puede explicar la naturaleza de Dios, el hombre, el pecado y la redención. No puede llevarnos a la verdad acerca de cómo debemos ser salvos de la ira de Dios, porque se niega a creer que la ira divina es una realidad. “El mensaje de la cruz es locura para los que se pierden”

(Rom. 1:18a), dijo el apóstol Pablo, porque no se ajusta a las preguntas —mucho menos a las respuestas— de la sabiduría secular.

Pero en nuestros días, la predicación no puede ser tonta. Debe ser “relevante”, que es la palabra que hemos redactado al servicio de los enfoques impulsados por el mercado. Sin embargo, el mensaje de la cruz asume el terror de la ley, la ira divina hacia los pecadores (y no solo sus pecados) y la necesidad de un sacrificio sustitutivo para mitigar la justicia divina. Asume que el mayor problema que enfrenta la humanidad es el pecado original y actual, la rebelión personal contra un Dios santo, no el estrés, la baja autoestima y la incapacidad de realizar todo el potencial de uno.

Estos desafíos, una sociedad orientada a lo visual y dirigida por el consumidor, han dado lugar a otra hambruna de escuchar la Palabra de Dios. Su ley, compuesta por todos los mandamientos y amenazas de la Biblia por violar la santidad divina, ha sido reducida a principios útiles para el bienestar personal, para que uno se sienta insatisfecho pero no condenado. Su evangelio, que consta de todas las promesas bíblicas de salvación para los pecadores a través de la vida, muerte, resurrección y oficios salvadores perfectos de Cristo, ha sido igualmente reducido a tópicos. En resumen, la Palabra de Dios ha sido sustituida por palabras humanas, no solo en las iglesias principales, sino también dentro del movimiento evangélico principal. Hemos olvidado, al parecer, que la Palabra crea vida y que es la fuente del crecimiento y madurez de la iglesia.

No solo debemos recuperar un compromiso oficial con la suficiencia de la Escritura, sino que debe ser la única voz que escuchemos de quienes asumen la trascendental tarea de ser portavoces de Dios. Los portavoces de Dios deben hacer sonar las campanas en este punto. Si bien este libro tiene en mente el punto de vista de las Escrituras de la Iglesia Católica Romana cuando afirma la posición del protestantismo, es al *protestantismo* a lo que este libro está tratando de llegar tanto como a Roma. Los colaboradores lamentamos que Roma sea tan agresiva en su error, sí, pero igualmente lamentamos que el protestantismo sea tan pasivo en su capitulación. No es sólo que las murallas de la ciudad estén siendo asaltadas, sino que la iglesia protestante parece haber arrojado las llaves de la ciudad a los invasores.

Pero este libro no es simplemente un lamento; es un camino a seguir. Intenta evaluar la situación actual con vistas a llamar a los pastores de Israel a escuchar de nuevo la voz de Dios y hacérsela patente a una nueva generación. Cumplida ya en Cristo, que la profecía de Amós reciba nueva actualidad en nuestros días: “'En aquel día levantaré el tabernáculo de David, que está caído, y repararé sus daños; Levantaré sus ruinas y las reconstruiré como en los días antiguos; para que posean el remanente de Edom, y todas las naciones sobre las cuales es invocado mi nombre,' dice el SEÑOR que hace esto” (Amós 9:11-12). Oremos al Dueño de la mies por el alivio de esta hambruna y por la abundancia espiritual en

los años venideros!

—*Michael Horton*
diciembre de 1995

PREFACIO

El cristianismo se basa en la revelación. Si Dios en toda Su majestad soberana no decidiera revelarse a la humanidad, no habría un verdadero conocimiento de Él ni la posibilidad de una verdadera relación con Él. Estamos ligados a Él por lo que Él ha decidido revelarnos acerca de Sí mismo. Todos los esfuerzos humanos por llegar a conocer a Dios por medios creados por el hombre conducen invariablemente a falsas religiones o mistici En consecuencia, la cuestión principal que gobierna nuestra relación con Dios es la cuestión de la sumisión, ya sea a Su revelación oa nuestra imaginación. Lo primero requiere que confiemos en una influencia divina sobre nuestras mentes, que debe ser sumisa a la verdad del Revelador. Este último depende de la acumulación de proposiciones, tesis y tradiciones: una mezcla de filosofía, psicología y teología, una "filo-psico-teología" hecha por el hombre. En este ambiente, las palabras de la revelación de Dios ya no tienen los significados previstos por el Espíritu Santo, sino que afirman los misterios de las religiones o idolatrías creadas por el hombre.

La doctrina protestante histórica de *sola* Scriptura—las Escrituras solas—afirma que Dios tiene un plan eterno para dar a conocer los misterios del evangelio. Así, la teología protestante (doctrinas sobre Dios) brota del acto de la voluntad divina por el cual Él quiere darnos a conocer la verdad, lo cual se realiza por medio de sus palabras o de sus obras reveladas en Cristo. “Ningún hombre ha visto a Dios en ningún momento.
El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, Él lo ha declarado”
(Juan 1:18). La imagen de la mente y voluntad divinas que tenemos en la *sola Escritura* depende de la revelación de Dios mismo. Es un ejemplo de la bondad misericordiosa de Dios hacia la humanidad caída que Él ha querido que todo el conocimiento que necesitamos para una relación con Él y para la correcta adoración de Él, sea provisto por Él. Si no fuera así, tropezaríamos en la ceguera. Es a la revelación de la mente divina expresada en *sola Scriptura* que todos nuestros pensamientos y doctrina, nuestra adoración a Él y nuestra obediencia a Él deben estar siempre conformados.

Es por esta razón que Reformation Trust ha vuelto a publicar este trabajo, publicado originalmente por Soli Deo Gloria. El espíritu de nuestra era haría que la iglesia ignorara este tema por el bien de la unidad. Pero la unidad bíblica debe basarse en la verdad bíblica, no en las intenciones humanas. ¡El ejemplo de unidad que tenemos en las Escrituras es la Trinidad, que está en completo acuerdo en todo! También

a menudo lo que pasa por unidad es en realidad compromiso. Es mejor estar dividido por la verdad que unido por el error.

Fue por amor a la iglesia que se produjo este libro. El amor, el verdadero amor, no puede divorciarse de la verdad. ¡La Escritura es muy clara en que el amor se regocija en la verdad! Uno no puede pretender amar cuando no está preocupado por la verdad. La verdad de la Escritura debe ser la preocupación de quien ama de verdad. En una época en la que la autoridad absoluta de las Escrituras ha sido desechada en aras del acuerdo a expensas de los distintivos doctrinales, debemos recordar que para que exista una unidad real entre los cristianos, debe basarse en la verdad inalterada del evangelio de Jesús. Cristo contenido sólo en las Escrituras.

Una conciencia atada a la Palabra de Dios es una fuerza que ninguna nación, sistema o época puede resistir. Es el deseo de los contribuyentes y del editor de este libro llamar al pueblo de Dios a regresar a una posición de poder: el poder de *sola Scriptura.*

—*R. bruce bickel*

CONTRIBUYENTES

El Dr. W Robert Godfrey es presidente del Seminario Westminster California en Escondido, California, y profesor de historia de la iglesia allí. Recibió el AB, MA y Ph.D. grados de la Universidad de Stanford, y el M.Div. título del Seminario Teológico Gordon-Conwell. Es ministro ordenado en las Iglesias Reformadas Unidas. El Dr. Godfrey es el autor de *John Calvin: Pilgrim and Pastor, An Unexpected Journey, Reformation Sketches,* and *God's Pattern for Creation,* y fue colaborador *de John Calvin: His Influence on the Western World; Teología Reformada en América; Escritura y Verdad;* y otros libros.

Editó el *Westminster Theological Journal* durante varios años y es un orador frecuente en conferencias cristianas. El Dr. Godfrey es nativo de California.
Él y su esposa, Mary Ellen, tienen tres hijos adultos.

El Dr. James White es el director de Alpha & Omega Ministries, una organización cristiana de apologética con sede en Phoenix, Arizona. Es profesor, habiendo enseñado griego, teología sistemática y varios temas en el campo de la apologética.
Ha escrito o contribuido a más de veinte libros, incluidos *The King James Only Controversy, The Forgotten Trinity, The Potter's Freedom y The God Who Justifies.* Es un consumado polemista, habiendo participado en numerosos debates públicos moderados con los principales defensores del catolicismo romano, el Islam, los testigos de Jehová y el mormonismo. Es un anciano de la Iglesia Bautista Reformada de Phoenix y ha estado casado con Kelli por más de veinticinco años. Ellos tienen dos niños.

El Dr. RC Sproul es fundador, director y presidente de Ligonier Ministries de Lake Mary, Florida, y ministro de predicación y enseñanza en Saint Andrew's en Sanford, Florida. Su enseñanza se escucha en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.* Tiene títulos del Westminster College, el Seminario Teológico de Pittsburgh y la Universidad Libre de Amsterdam en los Países Bajos. En una larga y distinguida carrera académica, ayudó a capacitar a ministros en varios seminarios teológicos destacados. En las décadas de 1970 y 1980, sirvió en el Consejo Internacional sobre la Inerrancia Bíblica. El Dr. Sproul es un ministro ordenado en la Iglesia Presbiteriana de América y está en constante demanda como orador. Es autor de muchos libros, incluyendo *La santidad de*

Dios; Elegido por Dios; Conociendo las Escrituras; verdades que confesamos; y The Truth of the Cross, y se desempeñó como editor general de *The Reformation Study Bible.* También ha escrito varios libros para niños. Él y su esposa, Vesta, tienen su hogar en Longwood, Florida.

El Dr. Derek W H. Thomas, nacido en Gales, es profesor de teología sistemática y práctica en el Seminario Teológico Reformado en Jackson, Mississippi, y ministro de enseñanza en la Primera Iglesia Presbiteriana en Jackson. Después de graduarse de RTS en 1978, sirvió como pastor en Belfast, Irlanda del Norte, antes de regresar a los Estados Unidos. Dr. Thomas, quien tiene un Ph.D. de la Universidad de Gales, Lampeter, ha escrito o editado quince libros y ha contribuido a la serie de comentarios publicada por Banner of Truth Trust y Evangelical Press. También coeditó *Give Praise to God: A Vision for Reforming Worship* (P&R) con Philip Graham Ryken y J. Ligon Duncan. En 2004, se convirtió en director editorial de Alliance of Confessing Evangelicals y editor de su revista en línea, *Reforma 21* (www.reformation21.org). Él y su esposa, Rosemary, tienen dos hijos adultos.

El Dr. John MacArthur es pastor/maestro en Grace Community Church en Sun Valley, California. Graduado del Seminario Teológico Talbot, se le puede escuchar diariamente en todo el país en su programa de radio sindicado *Grace to You.* Es autor de numerosos éxitos de ventas, entre ellos La serie de comentarios del Nuevo Testamento de MacArthur, *El evangelio según Jesús, La conciencia que se desvanece, Obras de fe, Caos carismático, La guerra de la verdad* y *Fe imprudente.* El Dr. MacArthur también se desempeña como presidente del Master's College and Seminary en el sur de California.

El Dr. Sinclair B. Ferguson es ministro principal de la Primera Iglesia Presbiteriana en Columbia, Carolina del Sur, y profesor de teología sistemática en el Seminario Teológico Redeemer en Dallas, Texas. Graduado de la Universidad de Aberdeen, Escocia, es autor de unas dos docenas de libros, y ha escrito numerosos artículos y contribuido a varios simposios. Sus intereses de escritura van desde trabajos académicos hasta libros para niños. Se ha desempeñado como ministro de dos congregaciones en Escocia, una en Unst, la isla habitada más al norte del Reino Unido, y la otra en el centro de Glasgow, la ciudad más grande de Escocia. El Dr. Ferguson y su esposa, Dorothy, tienen tres hijos y una hija.

El Dr. Joel R. Beeke es pastor de Heritage Netherlands Reformed

congregación; presidente y profesor de teología sistemática en el Seminario Teológico Reformado Puritano; editor de la revista *Banner of Sovereign Grace Truth ;* director editorial de Reformation Heritage Books; presidente de Inheritance Publishers; y vicepresidente de la Sociedad de Traducción Reformada Holandesa, todos en Grand Rapids, Michigan. Obtuvo un Ph.D. en Teología de la Reforma y posterior a la Reforma del Seminario Teológico de Westminster en Filadelfia. Es autor o coautor de muchos libros, incluidos *Meet the Puritans, Reformation Heroes, Walking as He Walked* y *Living for God's Glory.* Con frecuencia es llamado a dar conferencias en seminarios y hablar en conferencias reformadas en América del Norte y en todo el mundo. Él y su esposa, Mary, tienen tres hijos.

El Rev. Ray B. Lanning es pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana Reformada en Grand Rapids, Michigan. Se graduó del Seminario Teológico de Westminster y completó el Programa Especial para la Candidatura Ministerial en el Seminario Teológico de Calvin. Ordenado al ministerio en 1977, ha servido en iglesias presbiterianas y reformadas en varias partes de los Estados Unidos y Canadá. Él y su esposa, Linda, tienen cuatro hijos.

CAPÍTULO UNO

¿QUÉ ENTENDEMOS POR *SOLA ESCRITURA?*

- *W. Robert Godfrey* - Los "católicos protestantes" y los católicos romanos afirman ser católicos, es decir, parte de la iglesia apostólica universal de Jesucristo. Los católicos romanos creen que nosotros, los protestantes, partimos de esa iglesia en el siglo XVI. Los católicos protestantes creen que los católicos romanos partieron de la iglesia de Cristo incluso antes.

El tema de este capítulo es uno de los dos temas principales que aún nos dividen: la fuente de la verdad religiosa para el pueblo de Dios (el otro tema principal es la cuestión de cómo un hombre se reconcilia con Dios, a lo que los protestantes responden con la doctrina de la justificación solo por la fe). Como protestantes, mantenemos que solo las Escrituras son nuestra autoridad. Los católicos romanos sostienen que las Escrituras por sí solas son insuficientes como autoridad del pueblo de Dios, y que la tradición y la autoridad docente de la iglesia deben agregarse a las Escrituras.

Este es un tema solemne. Dios ha declarado que cualquiera que añada o quite de Su Palabra está sujeto a Su maldición. La iglesia romana ha declarado que los protestantes somos malditos ("anatemizados") por quitar la Palabra de Dios tal como se encuentra en la tradición. Los protestantes hemos declarado que Roma es una iglesia falsa por añadir tradiciones humanas a la Palabra de Dios. A pesar de los sinceros debates de excelentes apologistas a lo largo de casi quinientos años, las diferencias siguen siendo básicamente las mismas que en el siglo XVI.

A pesar de la dificultad de esta empresa, estoy ansioso por unirme al tren histórico de apologistas protestantes en la defensa de la doctrina de que solo las Escrituras son nuestra máxima autoridad religiosa. Creo que se puede demostrar que esta posición es la enseñanza clara de la Escritura misma. Espero que, por la gracia de Dios, aquellos comprometidos con la doctrina romana de la tradición lleguen a ver el trágico error de denigrar la suficiencia y claridad de la propia Palabra inspirada de Dios.

TODAS LAS COSAS NECESARIAS PARA LA SALVACIÓN, FE Y VIDA

Permítanme comenzar con algunas aclaraciones para que no se me malinterprete. No estoy argumentando que toda la verdad se encuentra en la Biblia o que la Biblia es la única forma en que la verdad de Dios ha llegado a Su pueblo. No estoy argumentando que cada versículo de la Biblia sea igualmente claro para todos los lectores. Tampoco estoy argumentando que la iglesia, tanto el pueblo de Dios como el oficio ministerial, no sea de gran valor y ayuda para comprender las Escrituras. Como dijo William Whitaker en su noble obra: “Porque también decimos que la iglesia es la intérprete de las Escrituras, y que el don de interpretación reside solamente en la iglesia: pero negamos que pertenezca a personas particulares, o esté ligado a cualquier sede particular o sucesión de [1] hombres.”

–

La posición protestante, y mi posición, es que todas las cosas *necesarias* para la salvación y relacionadas con la fe y la vida se enseñan en la Biblia con suficiente claridad para que el creyente común pueda encontrarlas allí y comprenderlas.

La posición que estoy defendiendo es la que se enseña en la Biblia misma. Por ejemplo, Deuteronomio 31:9 dice: “Moisés escribió esta ley…” Moisés instruyó al pueblo escribiendo la ley y luego ordenando que se les leyera para que pudieran “escuchar y aprender a temer a Jehová y seguid cuidadosamente todas las palabras de esta ley” (Deut. 31:9, 12). Moisés declaró a todo Israel: “Tomen en serio todas las palabras que solemnemente les he declarado hoy, para que manden a sus hijos que obedezcan cuidadosamente todas las palabras de esta ley. No son solo palabras ociosas para ti, son tu vida” (Dt. 32:46-47).

Note los elementos claros en estos pasajes:

1. La Palabra de la que habló Moisés fue escrita.
2. El pueblo puede y debe escucharlo y aprenderlo.
3. En esta Palabra podrían encontrar vida.

El pueblo no necesitaba ninguna institución adicional para interpretar la Palabra. Los sacerdotes, profetas y escribas de Israel ciertamente funcionaron para ayudar al pueblo en forma ministerial. Pero la Palabra sola fue suficiente para la salvación. Los profetas, que

fueron en verdad inspirados, vinieron mucho en el espíritu de Miqueas, quien dijo: “Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno” (Miqueas 6:8a). La función de los profetas y sacerdotes no era añadir ni aclarar la ley; más bien, lo aplicaron a la gente.

Si este principio de la suficiencia y claridad de la Palabra era cierto en el Antiguo Testamento, podemos suponer que lo es aún más en el Nuevo. El Nuevo Testamento cumple gloriosamente lo que promete el Antiguo Testamento. Pero no tenemos que asumirlo; más bien, el Nuevo Testamento deja en claro que la Escritura es suficiente y clara. Un ejemplo de eso se encuentra en 2 Timoteo 3—4. Aquí Pablo escribe a su hermano menor en la fe, Timoteo. Escribe que Timoteo, quien fue instruido en la fe por su madre y su abuela, también ha aprendido todo acerca de la enseñanza de Pablo (3:10). Timoteo ha sido poderosamente ayudado por todo tipo de enseñanza oral, algunas de ellas apostólicas. Sin embargo, Pablo le escribe a Timoteo:

> De hecho, todos los que desean vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos. Pero los hombres malos y los impostores procederán de mal en peor, engañando y siendo engañados. Tú, sin embargo, continúa en las cosas que has aprendido y te convences, sabiendo de quién las has aprendido, y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras que pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia; para que el hombre de Dios sea perfecto, equipado para toda buena obra. Os encargo solemnemente en la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a los vivos ya los muertos, y por su manifestación y por su reino: predicad la palabra; estar listo a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta, con mucha paciencia e instrucción. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; pero queriendo que se les haga cosquillas en los oídos, acumularán para sí mismos maestros conforme a sus propios deseos, y apartarán el oído de la verdad, y se volverán a los mitos. Pero tú sé sobrio en todo, soporta las penalidades, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio. (2 Timoteo 3:12-4:5, NVI)

Verás, Pablo le recuerda a Timoteo que las Escrituras pueden hacerlo sabio para la salvación en Cristo Jesús (3:15). Enseña que las Escrituras son útiles para enseñar, redargüir (reprender), corregir e instruir en justicia (3:16).
Debido a que las Escrituras tienen este carácter, equipan cabalmente al hombre de Dios para toda buena obra (3:17). Entonces Pablo le dice a Timoteo que debe predicar esta Palabra, aunque se acerca el tiempo en que la gente no querrá oírla,

prefiriendo maestros a su gusto, es decir, maestros que los instruyan en mitos en lugar de la verdad de la Palabra (4:1-4).

La fuerza y la claridad de la enseñanza del apóstol aquí son sorprendentes. A pesar de la rica enseñanza oral que ha recibido Timoteo, debe predicar las Escrituras porque esas Escrituras claramente le dan todo lo que necesita en cuanto a sabiduría y preparación para instruir al pueblo de Dios en la fe y en toda buena obra. La Escritura lo hace sabio para la salvación y lo equipa con todo lo que necesita para hacer toda buena obra requerida del predicador de Dios. Aquí se enseña repetidamente la suficiencia y la claridad de la Palabra. Juan Crisóstomo parafraseó el significado de las palabras de Pablo a Timoteo de esta manera: “Tú tienes la Escritura por maestro en mi lugar; a partir de ahí puedes aprender lo[2] que quieras saber”

ENFOQUE EN 2 TIMOTEO 3

He escuchado varios debates grabados sobre este tema. Los apologistas protestantes a menudo han citado 2 Timoteo 3 contra los opositores católicos romanos. La respuesta habitual de los apologistas católicos romanos es afirmar repetidamente que 2 Timoteo 3 no enseña la suficiencia. A veces se refieren a Santiago 1:4, Mateo 19:21 o Colosenses 1:28 y 4:12 como textos paralelos, afirmando que la palabra *completo* en 2 Timoteo 3:17 no significa "suficiente". Pero tales pasajes no son paralelos; se usa una palabra griega completamente diferente. Donde 2 Timoteo 3:17 usa *exartizo,* que tiene que ver con ser apto para una tarea, estos otros pasajes usan la palabra griega *teleios,* que se refiere a la madurez o haber alcanzado un fin deseado.

Las afirmaciones repetidas no prueban un punto; eso es solo una técnica de propaganda. Nuestros oponentes deben responder de manera responsable y exhaustiva.

La confianza que Pablo tenía en las Escrituras, y que enseñó a Timoteo, fue claramente comprendida por el gran padre de la iglesia Agustín. En su tratado para preparar a los líderes de la iglesia en la comprensión de la Biblia *(Sobre la doctrina cristiana),* Agustín escribió: “Entre las cosas que se dicen abiertamente en las Escrituras se encuentran todas aquellas enseñanzas que involucran la fe, las costumbres de vivir, y esa esperanza y caridad de la que hemos hablado.” 3

No deberíamos sorprendernos de que el apóstol Pablo, el Antiguo Testamento y el más grande maestro de la iglesia antigua se aferrara a la suficiencia y claridad de las Escrituras. Esa es también la posición que tomó Jesús en uno de los momentos más importantes de su vida. Al comienzo de Su ministerio público, Jesús enfrentó la tentación enfocada del Diablo en el desierto. Enfrentó la tentación como Hijo de Dios, pero también como el segundo Adán y el verdadero Israel. ¿Cómo enfrentó esa tentación? No apeló a la tradición oral de Israel; No apeló a la autoridad de los rabinos o del Sanedrín; Ni siquiera apeló a su propia divinidad oa la inspiración del Espíritu Santo. Nuestro Salvador, ante la tentación, recurrió una y otra vez a las Escrituras. “Escrito está”, dijo.

Eso fue todo lo que necesitaba decir.

Las Escrituras lo habían hecho sabio; lo habían equipado para toda buena obra. Eran claros, ya que dio a entender que incluso el Maligno sabía. Cuando el Diablo citó las Escrituras (intencionalmente aplicándolas mal), Jesús no recurrió a algunos

otra autoridad. Más bien, Jesús dijo: “También está escrito...”.

Cuando el Maligno o sus representantes hacen mal uso de la Biblia, o dan a entender que no está clara, Jesús nos enseña que debemos mirar más profundamente en la Palabra escrita, no apartarnos de ella.

RESPUESTAS DE LOS ROMANOS A LOS PASAJES ABORDANDO LA CLARIDAD

Los apologistas romanos intentan convencernos de que estos textos de las Escrituras no quieren decir lo que claramente dicen. Permítame ensayar algunos de sus argumentos y prepararlo para algunas de las formas en que tienden a responder.

1. La Palabra de Dios. Primero, dicen que la frase "la Palabra de Dios" puede significar más que solo la Biblia. Ya lo he concedido. La pregunta que tenemos ante nosotros es si algo *hoy en día,* además de las Escrituras, es necesario para conocer la verdad de Dios para la salvación. Los textos de las Escrituras que he citado muestran que no se necesita nada más. Nuestros oponentes necesitan demostrar que Pablo no se refirió a su predicación como a sus escritos como la Palabra de Dios, lo concedo. Deben mostrar que Pablo enseñó que la enseñanza oral de los apóstoles era necesaria para complementar las Escrituras para la iglesia *a lo largo de los siglos.* No pueden mostrar eso porque Pablo no *enseñó* eso, y *las Escrituras como un todo* no enseñan eso.

2. Tradición. Nuestros oponentes romanos, aunque dan mucha importancia a la tradición, nunca definen realmente la tradición ni te dicen cuál es su contenido. *Tradición* es una palabra que se puede usar de varias maneras. Puede referirse a cierta escuela de comprensión de las Escrituras, como la tradición luterana. Puede referirse a tradiciones—supuestamente de los apóstoles—que no están claramente reveladas en la Biblia. Puede referirse a tradiciones en desarrollo en la historia de la iglesia que son más recientes en su origen. Entre los antiguos padres de la iglesia, la palabra *tradición* generalmente se refería a la interpretación estándar de la Biblia dentro de su comunidad, y nosotros, los protestantes, valoramos tales tradiciones.

Pero, ¿qué quieren decir los apologistas romanos cuando afirman la *autoridad* de la tradición? Históricamente, no se han puesto de acuerdo entre ellos sobre la naturaleza y el contenido de la tradición. Por ejemplo, uno ha dicho que la tradición no agrega nada a la Escritura. Pero casi todos los apologistas romanos, durante más de trescientos años después del Concilio de Trento, argumentaron que la tradición *agrega* a las Escrituras. Algunos apologistas romanos creen que toda tradición vinculante fue enseñada por los apóstoles, mientras que otros creen que la tradición evoluciona y se desarrolla a través de

los siglos de la iglesia para que existan tradiciones necesarias para la salvación que nunca fueron conocidas por los apóstoles. Es imposible saber cuál es la verdadera posición romana sobre este asunto.

El Concilio Vaticano II se expresó con deliberada ambigüedad: “Esta tradición que viene de los apóstoles se desarrolla en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo. Porque hay un crecimiento en la comprensión de las realidades y de las palabras que se han transmitido... Porque a medida que se suceden los siglos, la Iglesia avanza constantemente hacia la plenitud de la verdad divina hasta que las palabras de Dios alcanzan su plenitud. plenitud en ella.” ¿significar? Ciertamente no nos da una [4] que significa eso comprensión clara del carácter o contenido de la tradición.

Roma por lo general trata de aclarar su posición diciendo que su autoridad es la Escritura, la tradición y la iglesia juntas. El Vaticano II declaró: “Es claro, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio más sabio de Dios, están tan ligados y unidos que uno no puede subsistir sin los otros, y que todos juntos y cada uno a su manera, bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas”. 5

De hecho, sin embargo, si escucha con atención, notará que la verdadera autoridad de Roma no son las Escrituras *ni* la tradición, sino la iglesia. ¿Qué es la Escritura y qué enseña? Sólo la iglesia puede decírtelo. ¿Qué es la tradición y qué enseña? Sólo la iglesia puede decírtelo. Como dijo el teólogo romano John Eck: “Las Escrituras no son auténticas, excepto por la autoridad de la iglesia”. 6 El Papa Pío IX dijo en la época del Como Concilio Vaticano I en 1870: “Yo soy la tradición”.

[7] La abrumadora arrogancia de tal declaración es asombrosa. Pero confirma nuestra afirmación de que, para Roma, la única autoridad real es la iglesia: *sola ecclesia.*

El protestantismo surgió en el siglo XVI como reacción a tales afirmaciones y enseñanzas de la iglesia romana. En la Edad Media, la mayoría dentro de la iglesia creía que la Biblia y la tradición de la iglesia enseñaban las mismas doctrinas, o al menos complementarias. Pero a medida que Martín Lutero y otros estudiaron la Biblia con mayor cuidado y profundidad de lo que la iglesia lo había hecho en siglos, comenzaron a descubrir que la tradición en realidad contradecía la Biblia. Descubrieron que, por ejemplo:

1. La Biblia enseña que los oficios de obispo y presbítero son el mismo oficio (Tito 1:5-7), pero la tradición dice que son oficios diferentes.
2. La Biblia enseña que todos pecaron excepto Jesús (Rom. 3:10—12;

heb. 4:15), pero la tradición dice que María no tenía pecado.

3. La Biblia enseña que Cristo ofreció Su sacrificio una vez por todas (Heb. 7:27; 9:28; 10:10), pero la tradición dice que el sacerdote sacrifica a Cristo en el altar en la Misa.

4. La Biblia dice que no debemos inclinarnos ante estatuas (Ex. 20:4-5), sino la tradición dice que debemos inclinarnos ante ciertas estatuas.
5. La Biblia dice que todos los cristianos son santos y sacerdotes (Efesios 1:1; 1 Pedro 2:9), pero la tradición dice que los santos y los sacerdotes son castas especiales dentro de la comunidad cristiana.
6. La Biblia dice que Jesús es el único Mediador entre Dios y el hombre (1 Tim. 2:5), pero la tradición dice que María es co-mediadora con Cristo.
7. La Biblia dice que todos los cristianos pueden y deben saber que tienen vida eterna (1 Juan 5:13), pero la tradición dice que todos los cristianos no pueden ni deben saber que tienen vida eterna.

Los reformadores vieron que las palabras de Jesús a los fariseos se aplicaban igualmente en su época: "Hacéis caso omiso de la palabra de Dios por causa de vuestra tradición" (Mateo 15:6b).

Los reformadores también descubrieron que la tradición contradecía la tradición. Por ejemplo, la tradición de la iglesia romana enseña que el papa es la cabeza de la iglesia, un obispo sobre todos los obispos. Pero Gregorio Magno, un papa al final del período de la iglesia antigua y finalmente un santo, dijo que tal enseñanza procedía del espíritu del Anticristo: "Con confianza afirmo que cualquiera que se llame a sí mismo *sacerdos universalis,* o desee ser llamado así por otros es en su orgullo un precursor del Anticristo." 8

Más directamente relacionado con nuestra discusión está la evidente tensión en la tradición sobre el valor de leer la Biblia. *El Índice de Libros Prohibidos* del Papa Pío IV en 1559 decía:

> Puesto que la experiencia enseña que, si la lectura de la Santa Biblia en lengua vernácula se permite generalmente sin discriminación, se producirá más daño que ventaja a causa de la audacia de los hombres, el juicio de los obispos e inquisidores debe servir de guía al respecto. Los obispos e inquisidores pueden, de acuerdo con el consejo del sacerdote y confesor local, permitir que las traducciones católicas de la Biblia sean leídas por aquellos de quienes se dan cuenta de que tal lectura no conducirá al detrimento sino al aumento de la fe y la piedad. El permiso debe darse por escrito. Cualquiera que lea o tenga tal traducción en su poder sin este permiso no puede ser absuelto de sus pecados hasta que haya entregado estas Biblias. 9

En marcado contraste, el Concilio Vaticano II afirmó: “Se debe facilitar a todos los fieles cristianos el fácil acceso a la Sagrada Escritura... Puesto que la palabra de Dios debe estar disponible en todo momento, la Iglesia, con preocupación maternal, vela por que se haga de manera adecuada y correcta se hacen traducciones a diferentes idiomas, especialmente de los textos originales de los libros sagrados”.[10] Entonces, ¿la tradición es útil? (La Biblia resultó peligrosa para el catolicismo romano en el siglo XVI; la mayoría de los que la leyeron cuidadosamente se convirtieron en protestantes).

Tales descubrimientos acerca de la tradición llevaron a los reformadores de regreso a la Biblia. Allí aprendieron que las Escrituras deben ser el juez de toda enseñanza. La Escritura enseña que es la revelación de Dios, y por lo tanto es verdadera en todo lo que enseña. Pero en ninguna parte las Escrituras dicen que la *iglesia* es verdadera en todo lo que dice. Bastante; aunque la iglesia como un todo será preservada en la fe, los lobos se levantarán de dentro de la iglesia (Hechos 20:29-30), y hasta el hombre del pecado se sentará en el corazón de la iglesia enseñando mentiras (2 Tesalonicenses 2). :4).

3. La iglesia y el canon. Los católicos romanos usan la palabra *iglesia* repetidamente. Nosotros, los protestantes, normalmente interpretamos su uso de *iglesia* como una referencia al cuerpo de los fieles, pero esa no es la forma típica en que usan la palabra.
Cuando se refieren a la autoridad de la iglesia, se refieren a la autoridad docente infalible de los concilios y los papas. Extraen esta visión de la iglesia de la Edad Media y, de una manera romántica, la retrotraen al período de la iglesia antigua.
Entonces, es importante notar cuidadosamente cómo usan la palabra *iglesia* y recordar que ni las Escrituras ni la gran mayoría de los padres del período de la iglesia antigua entienden la autoridad de la iglesia de la manera en que lo hacen los católicos romanos.

A menudo se citan dos declaraciones de Agustín en contra de la posición protestante sobre la autoridad de la iglesia. Primero, en un momento de su debate con los pelagianos, un obispo de Roma se puso del lado de Agustín, y Agustín declaró: “Roma ha hablado, el asunto está resuelto”. (Más tarde, sin embargo, otro papa se opuso a Agustín sobre este tema, y Agustín respondió diciendo: "Cristo ha hablado, el asunto está resuelto". En ese caso, Agustín no se inclinó ante la autoridad del obispo de Roma, sino que recurrió a la Palabra de Cristo para evaluar la enseñanza de Roma.)

Segundo, Agustín dijo: “No hubiera creído si la autoridad de la iglesia católica no me hubiera movido”. Eso parece muy fuerte y persuasivo.
(Sin embargo, en otro lugar, Agustín escribió: “Nunca habría entendido a Plotino si no me hubiera conmovido la autoridad de mis maestros neoplatónicos”. Este paralelo muestra que Agustín no estaba hablando de alguna autoridad absoluta e infalible en la iglesia, sino más bien sobre la obra ministerial de la iglesia y

sobre maestros que ayudaron a los estudiantes a entender.)

Examinemos más a fondo el tema de la autoridad de la iglesia al plantear un tema relacionado: el canon de las Escrituras. Los romanistas tratan de darle mucha importancia al tema del canon. Dicen que la Biblia por sí sola no puede ser nuestra autoridad porque la Biblia no nos dice qué libros hay en la Biblia. Argumentan que la iglesia debe decirnos qué libros hay en la Biblia. Cuando dicen que la iglesia debe decírnoslo, quieren decir que los papas y los concilios deben decírnoslo. Esto implica que no tuvimos una Biblia hasta que el Papa Dámaso ofreció una lista del canon en el año 382 o, quizás, hasta 1546, cuando el Concilio de Trento se convirtió en el primer concilio "ecuménico" en definir el canon.

Pero el pueblo de Dios tenía la Biblia antes de 1546 y antes de 382.

En primer lugar, la iglesia siempre tuvo las Escrituras. En sus predicaciones y escritos del primer siglo, los apóstoles repetidamente establecieron su credibilidad citando el Antiguo Testamento. Las citas y alusiones al Antiguo Testamento abundan en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento no rechaza el Antiguo sino que lo cumple (Rom. 1:2; Lucas 16:29; Efesios 2:19-20). La iglesia siempre tuvo un fundamento canónico en el Antiguo Testamento.

Segundo, podemos ver que los apóstoles intuyeron que el nuevo pacto inaugurado por nuestro Señor Jesús tendría un canon nuevo o aumentado. El canon y el pacto que Pedro testifica sobre este son interdependientes en la Biblia. canon cuando incluye las cartas de Pablo como parte de las[11] surgimiento están interrelacionados y Escrituras (2 Pedro 3:16).

Tercero, debemos ver que el canon de las Escrituras está, en un sentido real, establecido por las Escrituras mismas, porque los libros canónicos se autentican a sí mismos. Como revelación de Dios, son reconocidos por el pueblo de Dios como la propia Palabra de Dios. Como dijo Jesús, "Yo soy el buen pastor; Yo conozco a Mis ovejas y Mis ovejas Me conocen a Mí.
Ellos... escucharán mi voz" (Juan 10:14-16). En el sentido más profundo, no podemos juzgar a la Palabra, pero la Palabra nos juzga a nosotros. "Porque la palabra de Dios es viva y eficaz. Más cortante que cualquier espada de doble filo, penetra hasta dividir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos; juzga los pensamientos y las actitudes del corazón" (Heb. 4:12). El carácter autoautentificante del canon quedó demostrado por la notable unanimidad alcanzada por el pueblo de Dios en la
canon.

Cuarto, debemos ver que el canon no fue formado históricamente por papas y concilios; sus acciones simplemente reconocieron el consenso emergente del pueblo de Dios al reconocer las Escrituras auténticas. De hecho, cualquier criterio utilizado por los papas y los concilios para reconocer el canon (autoría, estilo, contenido, testimonio del Espíritu, etc.) estaba disponible para el pueblo de Dios en su conjunto.

Podemos ver esta comprensión básica de la formación del canon establecida en

The New Catholic Encyclopedia, que dice: “El canon, ya implícitamente presente en la era apostólica, gradualmente se hizo explícito a través de varios factores providenciales que lo formaron y fijaron”. [12]

Este enfoque básico del canon también lo podemos ver reflejado en las palabras de Agustín en su importante tratado titulado Sobre *la doctrina cristiana.* Este tratado fue escrito entre 396 y 427, después de la decisión supuestamente autorizada del Papa Dámaso sobre el canon y después de que un concilio celebrado en Hipona discutiera el canon. Agustín escribió:

> En materia de Escrituras canónicas debe seguir la autoridad de la mayor parte de las Iglesias católicas, entre las cuales están las que han merecido tener sedes apostólicas y recibir epístolas. Observará esta regla en cuanto a las Escrituras canónicas, que preferirá las aceptadas por todas las Iglesias católicas a las que algunas no aceptan; entre las que no son aceptadas por todos, debe preferir las que son aceptadas por el mayor número de Iglesias importantes a las que tienen algunas Iglesias menores de menor autoridad. Si descubre que algunas son mantenidas por el mayor número de Iglesias, otras por las Iglesias de mayor autoridad, aunque esta condición no sea probable, debe considerarlas de igual valor. [13]

Esta declaración muestra que Agustín no buscó en papas o concilios la respuesta a la pregunta del canon. Reconoció la variedad entre las iglesias y la conveniencia de una pluralidad de iglesias. Instó a todos los estudiantes de las Escrituras a examinar la cuestión y buscar el consenso emergente entre el pueblo de Dios.

Como Agustín, no menospreciamos el valor del testimonio del pueblo de Dios al canon. Valoramos el ministerio de la iglesia en esto como en todas las cosas. Pero negamos que la iglesia en sus oficinas o concilios establezca la Escritura con autoridad sobre la base de algún conocimiento o poder que no esté disponible para los cristianos en general. El carácter de los libros canónicos atrae hacia ellos al pueblo de Dios.

4. Unidad. Note cómo los católicos usan la palabra *unidad.* Sugieren que nosotros, los protestantes, desaprobamos nuestra afirmación de la claridad de las Escrituras por nuestra falta de acuerdo sobre el significado de varios pasajes de las Escrituras. Reconocemos que los protestantes se dividen en varias denominaciones. Pero todos los protestantes que son herederos de la Reforma están unidos en la comprensión del evangelio y en el respeto mutuo como hermanos y hermanas en Cristo. Todos hemos encontrado claramente el mismo evangelio en la Biblia.

Cuando discutamos la unidad y la autoridad, asegurémonos de que estamos haciendo comparaciones justas y precisas. Nuestros oponentes romanos quieren comparar la teoría romana con las prácticas protestantes. Eso no es justo. Debemos comparar teoría con teoría o práctica con práctica. En la práctica, *ninguno* de los grupos tiene el acuerdo que debería tener.

Recuerde que mientras Roma está unida organizativamente, está tan dividida teológicamente como el protestantismo se entiende ampliamente. La institución de un papa infalible no ha creado unidad teológica en la iglesia romana. Más bien, los teólogos romanos están constantemente en desacuerdo sobre lo que los papas han enseñado y si esas enseñanzas fueron proclamadas *ex cathedra* y, por lo tanto, son infalibles. El estado moderno de la iglesia romana realmente ha demostrado que la institución del papado no ha aclarado el contenido necesario de la verdad cristiana. Todo miembro honesto de la iglesia romana tiene que reconocer eso.

Ya en el siglo XVII, el teólogo reformado Francis Turretin notó las serias divisiones teológicas en la iglesia romana y preguntó por qué el Papa no resolvía estas disputas si su cargo era tan efectivo. Tales problemas teológicos son ciertamente mucho mayores hoy que en la época de Turretin, y la pregunta sigue sin respuesta de por qué el Papa es tan ineficaz.

No debería sorprendernos que haya divisiones en la iglesia. Cristo y sus apóstoles predijeron que habría. El apóstol Pablo en realidad nos dijo que tales divisiones son útiles. Él escribió: “No hay duda de que es necesario que haya diferencias entre vosotros para demostrar cuál de vosotros tiene la aprobación de Dios” (1 Corintios 11:19).
Las diferencias deben humillarnos y llevarnos de regreso a las Escrituras para probar todas las afirmaciones de verdad. Si no aceptamos las Escrituras como nuestra norma y juez, no hay esperanza de unidad.

La iglesia debe tener un estándar por el cual juzgar todas las afirmaciones de verdad. La iglesia debe tener una norma de verdad por la cual reformarse y purificarse cuando surjan divisiones. La iglesia no puede afirmar que es ese estándar y defender ese reclamo apelando a sí misma. Tal razonamiento circular no solo es poco convincente, es contraproducente. El argumento de Roma se reduce a esto: debemos creerle a Roma porque Roma lo dice.

CONCLUSIONES

La Biblia nos dice que la Palabra de Dios es la luz que nos permite caminar en los caminos de Dios. Escuche el Salmo 119:99, 100, 105 y 130: "Tengo más perspicacia que todos mis maestros, porque en tus estatutos medito. Tengo más entendimiento que los ancianos, porque obedezco tus preceptos... Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino... La exposición de tus palabras alumbra; da entendimiento a los simples."

Los apologistas romanos generalmente se oponen a apelar al Salmo 119 porque habla de la Palabra de Dios, no de la Biblia, y por lo tanto su alabanza podría incluir tanto la tradición como las Escrituras. Pero su argumento es irrelevante para nuestro uso del Salmo 119, porque lo estamos usando para probar la *claridad,* no la *suficiencia,* de las Escrituras. El salmista está diciendo aquí que la luz de la Palabra brilla tan brillante y claramente que si medito en y la obedezco, soy más sabio que cualquier maestro o anciano. Los simples pueden entenderlo. La Palabra es como una potente linterna en un bosque oscuro. Me permite andar por el sendero sin tropezar.

Debemos escuchar las Escrituras para vivir de acuerdo con la Palabra de Dios. Considere la historia de Pablo en Berea, Hechos 17:10-12. Pablo predicó en la sinagoga de allí y muchos judíos respondieron con entusiasmo. Se nos dice que después de escuchar a Pablo todos los días, examinaban las Escrituras para ver si lo que Pablo decía era verdad. ¿Cómo reaccionó Pablo? ¿Dijo que las Escrituras no eran claras, y que solo él como apóstol o los rabinos o el Sanedrín podía decirles lo que realmente significaban las Escrituras? ¿Dijo que no debían esperar encontrar la verdad en las Escrituras porque estaban incompletas y necesitaban ser complementadas por la tradición? ¿Dijo que estaban insultando su autoridad apostólica y que simplemente debían someterse a él como el intérprete infalible de la Biblia? ¿O dijo Pablo que debían deferir a Pedro como el único que podía interpretar la Biblia? No. Él no dijo ninguna de estas cosas. La práctica de los bereanos es elogiada en la Biblia. Se les llama nobles porque evaluaron todo sobre la base de la Palabra escrita de Dios.

Si queremos ser hijos fieles de Dios, si queremos ser nobles, debemos proceder como lo hicieron los de Berea. Debemos seguir el ejemplo de Moisés, Pablo y nuestro Señor Jesús. No debemos basar nuestra confianza en la sabiduría de los hombres que

alegar infalibilidad. Más bien, debemos apoyar al apóstol Pablo, quien escribió en 1 Corintios 4:6: "No traspaséis lo que está escrito".

notas

1 William Whitaker, *Una disputa sobre las Sagradas Escrituras* (Cambridge: Cambridge University Press, 1849), 411.

2 Citado en Whitaker, 637.

3 Agustín, *Sobre la doctrina cristiana,* trad. D. W Robertson Jr. (Nueva York: Liberal Arts Press, 1958), II:ix.l4.

4 *Los Documentos del Vaticano II,* ed. Walter M. Abbott (Nueva York: Herden and Herden, 1966), 116. Véase también *Dei Verbum* 8 *(Dei Verbum* es el título oficial de la versión en inglés de la "Constitución dogmática sobre la revelación divina", uno de los principales documentos del Vaticano II).

5 Ibíd., 118.

6 John Eck, *Enchiridion of Commonplaces,* trad. por Ford Lewis Battles, (Grand Rapids: Baker, 1979), 13.

7 Citado en Jesef Rupert Geiselmann, *The Meaning of Tradition* (Montreal: Palm Publishers, 1966), 16, nota en 113-114.

8 Citado en *Cambridge Medieval History,* sección escrita por W H. Hutton, ed. h M. Gwatkin y JP Whitney (Nueva York: MacMillan, 1967), II:247.

9 Citado en James Townley *Ilustraciones de literatura bíblica,* vol. 2 (Londres: impreso por Longman, Hurst, Rees, Orme y Brown, 1821), 481.

10 *Los Documentos del Vaticano II,* 125-126.

11 Véase Meredith G. Kline, *La estructura de la autoridad bíblica* (Eugene, Oregon: Wipf & Stock, 1997).

12 Citado en una cinta de William Webster titulada "The Canon", disponible en Christian Resources, 304 WestT Street, Battleground, WA 98604, www.christiantruth.com/web.swf. Esta cinta es la tercera parte de una serie de dieciséis cintas titulada *Tradición católica romana: sus raíces y evolución.*

13 Agustín, *Sobre la doctrina cristiana,* II.viii.41.

CAPITULO DOS

SOLA SCRIPTURA Y LA IGLESIA PRIMITIVA

- Jaime Blanco -

> En cuanto a los divinos y santos misterios de la fe, ni la menor parte puede transmitirse sin las Sagradas Escrituras. No se deje engañar por palabras ganadoras y argumentos ingeniosos. Ni aun a mí, que os digo estas cosas, me creáis fácilmente, a menos que recibáis de las Sagradas Escrituras la prueba de las cosas que os anuncio. La salvación en la que creemos no se prueba por ingeniosos razonamientos, sino por las Sagradas Escrituras. [1]

Si no supiéramos la fuente de estas palabras, fácilmente podríamos escucharlas pronunciadas por cualquier ministro cristiano mientras instruía a una clase de nuevos creyentes. Sin embargo, estas palabras fueron escritas hace más de mil seiscientos años por Cirilo de Jerusalén.

¿Era su vista inusual? ¿Tienen razón los apologistas católicos romanos modernos cuando llaman a la doctrina de *sola Scriptura* una "novedad"? ¿O encontramos muchos testigos de la creencia en la suficiencia de las Escrituras en los escritos de los primeros líderes de la fe?

RECUERDA EL VERDADERO PROBLEMA

Antes de mirar los escritos de la iglesia primitiva, es importante recordar los temas centrales que separan a los protestantes de los católicos romanos con respecto a la suficiencia de las Escrituras. Si bien algunos teólogos católicos romanos modernos ya no profesan una posición tan estridente como la que se define en los documentos romanos oficiales, no podemos definir la teología romana sobre la base de una minoría de teólogos modernos más de lo que podemos definir la teología protestante por referencia a una minoría de teólogos liberales. teólogos [2] Los documentos oficiales de la Iglesia Católica Romana deben definir el tema en cuestión.

La declaración más clara de Roma se encuentra en los decretos del siglo XVI. siglo Concilio de Trento:

> [El concilio] también percibe claramente que estas verdades y reglas están contenidas en los libros escritos y en las tradiciones no escritas, que, recibidas por los mismos Apóstoles, dictadas por el Espíritu Santo, nos han llegado, transmitidas como de mano en mano. mano. Siguiendo, pues, los ejemplos de los Padres ortodoxos, recibe y venera con sentimiento de piedad y reverencia todos los libros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, ya que un solo Dios es autor de ambos; también las tradiciones, ya sea que se refieran a la fe o a la moral, como si hubieran sido dictadas oralmente por Cristo o por el Santo
> Ghost, y preservado en la Iglesia Católica en sucesión ininterrumpida. [3]

Examinemos el significado y la importancia de estos comentarios. La afirmación romana es que tenemos tanto los "libros escritos" *como* las "tradiciones no escritas".

Estas tradiciones no escritas, se nos dice, fueron recibidas por los apóstoles y preservadas en la Iglesia Católica Romana en "sucesión ininterrumpida". También se nos dice que los "Padres ortodoxos" recibieron y veneraron *tanto* los libros escritos *como* las tradiciones no escritas. Así, Roma afirma, como parte de una declaración de dogma supuestamente infalible en las palabras del Concilio de Trento, que los "Padres ortodoxos" recibieron y veneraron *su idea* de "tradiciones no escritas", revelación que es claramente de origen divino ("dictado... por Cristo o por el Espíritu Santo") y por lo tanto necesario para que cualquiera tenga el consejo completo

de Dios. Esta plenitud, podemos ver fácilmente, se puede encontrar sólo en el seno de Roma, el guardián de esta "otra" parte de la revelación de Dios. Cuando se colocan una al lado de la otra, las dos formas de tradición, escrita y oral, forman una sola “Tradición Sagrada”, según Roma.[4]

No sorprende que los defensores modernos del catolicismo romano hayan tratado de evitar defender afirmaciones tan estridentes. Así como los historiadores romanos modernos luchan por defender las pronunciaciones del Vaticano I con respecto a la infalibilidad papal, los defensores de Trento se ven en apuros para proporcionar una justificación significativa de las extravagantes afirmaciones de ese sínodo. Específicamente, demostrar la existencia de esta “tradición oral” inspirada que existe *fuera de las Escrituras* y ha sido transmitida directamente de Cristo y los apóstoles es una tarea difícil. De hecho, es simplemente imposible, ya que tal cosa no existe. Es por eso que algunos desean ver esta “tradición” como meramente interpretativa en contenido y negarle un[5]

¿Cuál ha sido el resultado de la doctrina de la tradición de Roma? Solo necesitamos mirar conceptos tales como la infalibilidad papal y las doctrinas marianas (la Inmaculada Concepción y la Asunción Corporal) para ver cómo Roma ha estado dispuesta a definir la doctrina *de fide* sobre la base de esta supuesta tradición.

Con referencia al punto de vista de Roma sobre la Biblia, tomamos como ejemplo las palabras de un escritor popular, John O'Brien: “Por grande que sea nuestra reverencia por la Biblia, la razón y la experiencia nos obligan a decir que por sí sola no es una fuente competente”. ni una guía segura en cuanto a lo que debemos creer.”[6] Una declaración similar se encuentra en el popular libro *Where We Got the Bible* de Henry Graham: “Por muy venerables e inspirados que los católicos consideren la Biblia, por grande que sea su devoción a ella como lectura espiritual y apoyo a la doctrina, sin embargo, no pretendemos apóyate sólo en ella, como regla de fe y de moral. Junto a ella tomamos esa gran Palabra que nunca fue escrita, la Tradición, y sostenida tanto por una como por otra interpretada por la voz viva de la Iglesia Católica hablando a través de su Cabeza Suprema, el infalible Vicario de Cristo.”[7]

Se anima al lector a comparar y contrastar tales afirmaciones con las siguientes citas de los primeros padres de la fe.

PRUEBA DE TEXTO A LOS PADRES

La persona que desee saber si los primeros padres brindan un apoyo *real* al concepto romano de tradición, tal como se definió anteriormente, reconocerá que se necesita un uso muy específico del término. Simplemente citar pasajes donde se encuentra el término *tradición* difícilmente será suficiente, aunque esto es, muy a menudo, todo lo que ofrecen los defensores del concepto romano. [8] Aparte de la consideración obvia de que el término *tradición* puede tener muchos significados,[9] es necesario que los apologistas católicos demuestren que cuando un padre primitivo se refiere a "tradición" se refiere al mismo concepto enunciado por Trento: una tradición *inspirada ,* transmitida de generación en *generación . de la Escritura,* sin la cual no tenemos ni *podemos* tener toda la verdad revelada de Dios.

Proporcionaré sólo dos ejemplos de cómo los primeros padres a menudo son maltratados por los apologistas romanos en su búsqueda por encontrar apoyo para su visión de la tradición oral. Estos ejemplos se extraen de las obras de Ireneo, obispo de Lyon (ca. 130-ca. 200), y Basilio de Cesarea (ca. 330-379), el gran padre de Capadocia.

Ireneo. Varias declaraciones de Ireneo se utilizan a menudo para corroborar la existencia de una tradición extrabíblica que, según se nos dice, respalda las afirmaciones romanas.

De su obra *Contra las herejías* leemos: "Por esta causa estamos obligados a evitarlas, pero a elegir las cosas pertenecientes a la Iglesia con la mayor diligencia, y a aferrarnos a la tradición de la verdad... Porque ¿cómo sería si los mismos apóstoles no nos hubieran dejado escritos? ¿No sería necesario [en ese caso] seguir el curso de la tradición que ellos transmitieron a aquellos a quienes encomendaron las Iglesias?" [10] Seguramente tal pasaje parece hablar de la tradición como algo extrabíblico, tal como lo hace Trento.

Este no es el único lugar donde Ireneo habló así. En la primera parte de la misma obra, escribió: "Como ya he observado, la Iglesia, habiendo recibido esta predicación y esta fe, aunque esparcida por todo el mundo, sin embargo, como si ocupara una sola casa, la conserva cuidadosamente. ... Porque, aunque los idiomas del mundo son diferentes, sin embargo, la importancia de la tradición es una y

[11] lo mismo." —

Citas como estas parecen tener un gran peso, hasta que miramos más de cerca los contextos. En ambos casos, descubrimos un hecho muy importante. Nuestro autor no dejó de definir esta tradición:

> Todos estos nos han declarado que hay un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra, anunciado por la ley y los profetas; y un Cristo, el Hijo de Dios. Si alguno no está de acuerdo con estas verdades, desprecia a los compañeros del Señor; es más, desprecia a Cristo mismo, el Señor; sí, él también desprecia al Padre, y se condena a sí mismo, resistiendo y oponiéndose a su propia salvación, como es el caso con todos los herejes. [12]

Aquí está la "tradición" de Ireneo, y notamos inmediatamente que no se parece en nada a la versión de Roma. Lo importante de ver, aparte del hecho de que elementos tales como la infalibilidad papal y la Asunción Corporal de María no están en la definición de Ireneo (elementos que Roma ha definido sobre la base de la tradición), es que estas verdades *se derivan de las Escrituras . ellos mismos.* Ireneo no enumera ni un solo elemento que no pueda demostrarse directamente de las páginas de las Sagradas Escrituras. Por lo tanto, obviamente, su idea de la tradición no proporciona ningún apoyo a Trento, ya que la definición de Trento no afirma un resumen derivado subescritural de la verdad del evangelio, sino una revelación inspirada transmitida oralmente a través del episcopado. El punto de vista de Ireneo no es católico romano.

Para que nadie piense que este es el único lugar donde Ireneo definió su concepto de tradición, es necesario preparar solo estas palabras, que siguen *inmediatamente* después de la cita proporcionada anteriormente: "A lo que se dirigen muchas naciones de esos bárbaros que creen en Cristo asiente, teniendo la salvación escrita en el corazón por el Espíritu, sin papel ni tinta, y, conservando fielmente la antigua tradición, creyendo en un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas que en ellos hay, por medio de Cristo Jesús, el hijo de Dios." [13] —

Basilio de Cesarea. Pasando de Ireneo a Basilio de Cesarea, encontramos los siguientes comentarios famosos en su tratado *Sobre el Espíritu.*

> De las creencias y prácticas, ya sean generalmente aceptadas o ordenadas públicamente, que se conservan en la Iglesia, algunas que poseemos se derivan de la enseñanza escrita; otros los hemos recibido entregados a nosotros "en un misterio", según la tradición de los apóstoles; y ambos en relación con la religión verdadera tienen la misma fuerza. Y nadie podrá contradecir esto; nadie, en todo caso, que esté ni siquiera moderadamente versado en las instituciones de la Iglesia. Porque si tratáramos de rechazar tales costumbres que no tienen autoridad escrita, sobre la base

> que la importancia que poseen es pequeña, sin querer heriríamos el Evangelio en sus mismas entrañas; o, más bien, debería hacer de nuestra definición pública una mera frase y nada más. [14]

Seguramente aquí tenemos la posición romana, ¿no es así? Basil aquí postula una "tradición" extrabíblica que encajaría bastante bien con Trento, ¿no es así? Vemos nuevamente la importancia de mirar todos los datos, ya que tanto el contexto como el mayor alcance de la enseñanza de Basil contradicen tal conclusión.

Primero, notamos la continuación de sus palabras, que a menudo no se incluyen en la cita:

> Por ejemplo, para tomar el primer y más general ejemplo, ¿quién hay que nos haya enseñado por escrito a hacer la señal de la cruz a los que han confiado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué escritura nos ha enseñado a volvernos hacia Oriente en la oración? ¿Cuál de los santos nos ha dejado por escrito las palabras de la invocación en la exhibición del pan de la Eucaristía y la copa de la bendición? Porque no estamos, como es bien sabido, contentos con lo que el apóstol o el Evangelio ha registrado, sino que tanto en el prefacio como en la conclusión agregamos otras palabras como siendo de gran importancia para la validez del ministerio, y estas derivamos de enseñanzas no escritas. . Además bendecimos el agua del bautismo y el aceite del crisma, y además de esto al catecúmeno que está siendo bautizado. ¿Con qué autoridad escrita hacemos esto? ¿No es nuestra autoridad tradición silenciosa y mística? No, ¿mediante qué palabra escrita se enseña la unción del aceite mismo? ¿Y de dónde viene la costumbre de bautizar tres veces? [15]

No importa cómo podamos ver las creencias de Basilio, una cosa es cierta: los asuntos que enumera como abordados por la tradición no son los asuntos que Roma quiere que creamos que comprenden su "tradición oral". Basil está hablando de tradiciones con referencia a las prácticas y la piedad. Irónicamente, Roma no cree que Basilio tenga razón en sus afirmaciones en este pasaje. ¿Roma dice que debemos mirar hacia el Este en oración? ¿Insiste Roma en el bautismo triuno según el modo oriental? Sin embargo, estas son las *prácticas* que Basil define como derivadas de la tradición.

Es más, otras declaraciones de este mismo padre van en contra de las pretensiones romanas. Por ejemplo, al abordar verdades doctrinales verdaderamente importantes, como la naturaleza misma de Dios, Basilio no apeló a alguna tradición nebulosa. ¿Cómo podría, especialmente cuando se encontró con otros que afirmaban que sus creencias tradicionales debían considerarse sagradas? Note sus palabras a Eustacio el médico:

> Su queja es que su costumbre no acepta esto, y que la Escritura no está de acuerdo. ¿Cuál es mi respuesta? No considero justo que la costumbre que prevalece entre ellos sea considerada como una ley y una regla de ortodoxia. Si la costumbre ha de tomarse como prueba de lo que es correcto, entonces es ciertamente competente para mí presentar de mi parte la costumbre que se obtiene aquí. Si rechazan esto, claramente no estamos obligados a seguirlos.
>
> Por tanto, que las Escrituras inspiradas por Dios decidan entre nosotros; y de cualquier lado que se hallen doctrinas en armonía con la palabra de Dios, a favor de ese lado se dará el voto de la verdad. dieciséis

Este sentimiento no está en línea con Trent.

Este mismo padre también insistió: “Aquellos oyentes que son instruidos en las Escrituras, deben examinar lo dicho por los maestros, recibiendo lo que es conforme a las Escrituras y desechando lo que se opone a ellas”. en otro lugar, “Eliminar cualquier cosa que esté escrita o interpolar algo que [17] Y en no esté escrito equivale a abierta deserción de la fe y hace que el infractor sea pasible de una acusación de desacato”.

[18] Entonces, con la misma claridad, Basil no es amigo de los pretensiones romanas. [19]

Antes de pasar a otros testimonios de la creencia temprana en la suficiencia de la Escritura sin una tradición oral adicional como la define Roma, debemos señalar el problema que plantea el testimonio patrístico. Los protestantes pueden respetar mucho y aprender de los primeros padres sin investirlos de infalibilidad. Podemos tomar lo bueno mientras reconocemos que ellos también tuvieron sus problemas y fallas.

Por lo tanto, cuando encontramos a un padre temprano desviándose del camino, esto no nos preocupa ni nos molesta. Pero para los católicos romanos, la situación es diferente. Las afirmaciones de Roma son fundamentalmente diferentes y, por lo tanto, surge un problema por la presencia, desde los primeros períodos de la iglesia, de creencias en los padres que son incompatibles con lo que Roma alega que son de hecho tradiciones y doctrinas “apostólicas”. Mientras que el protestante puede ir “de la mano” con el católico romano al citar a los primeros padres, claramente la posición romana sufre, porque la iglesia romana tiene que defender la idea de que sus tradiciones estaban “ahí” desde el principio, que la suya es la “fe constante” de la iglesia. [20]

TESTIMONIOS PATRISTICO

El espacio no me permite presentar más que un puñado del testimonio disponible para la persona que desea permitir que los primeros padres hablen por sí mismos. Primero, escuchemos algunas de las palabras del gran obispo de Hipona, Agustín, y luego terminaremos viendo algunos comentarios del gran defensor de la fe de Nicea, el obispo de Alejandría, Atanasio.

Agustín de Hipona. Comenzamos con ejemplos del punto de vista de Agustín sobre las Escrituras y la tradición:

> ¿Qué más os enseñaré que lo que leemos en el apóstol? Porque la Sagrada Escritura fija la regla de nuestra doctrina, para que no nos atrevamos a ser más sabios de lo que debemos... Por tanto, no debo enseñaros nada más que exponeros las palabras del Maestro. [21]

> No debo presionar la autoridad de Nicea contra ti, ni tú la de Ariminum contra mí; Yo no reconozco al uno, como vosotros no al otro; pero lleguemos a un terreno que es común a ambos, el testimonio de las Sagradas Escrituras. [22]

> No oigamos: Esto digo yo, esto decís vosotros; pero, así dice el Señor. Seguramente son los libros del Señor en cuya autoridad ambos estamos de acuerdo y en los que ambos creemos. Allí busquemos la iglesia, allí discutamos nuestro caso. [23]

> Que se eliminen de nuestro medio aquellas cosas que citamos unas contra otras, no de los libros canónicos divinos, sino de otros lugares. Alguien quizás pregunte: ¿Por qué queréis quitar estas cosas de en medio?
> Porque no quiero que la santa iglesia sea probada por documentos humanos sino por oráculos divinos. [24]

> Cualquier cosa que ellos aduzcan, y donde sea que ellos puedan citar, más bien, si somos Sus ovejas, escuchemos la voz de nuestro Pastor. Por lo tanto, permítanos

buscar la iglesia en las sagradas escrituras canónicas. 25

Tampoco se atreve uno a estar de acuerdo con los obispos católicos si por casualidad yerran en algo, con el resultado de que su opinión está en contra de las Escrituras canónicas de Dios. 26 —

Si alguno predica acerca de Cristo o acerca de Su iglesia o acerca de cualquier otro asunto que pertenece a nuestra fe y vida; No diré, si nosotros, sino lo que añade Pablo, que si un ángel del cielo os predicare algo diferente de lo que habéis recibido en las Escrituras de la Ley y de los Evangelios, sea anatema.
27

Debéis notar particularmente y guardar en vuestra memoria que Dios quiso poner un fundamento firme en las Escrituras contra los errores traicioneros, un fundamento contra el cual nadie se atrevería a hablar que de alguna manera sería considerado cristiano. Porque cuando se ofreció a ellos para que lo tocaran, no le bastaba si no confirmaba también con las Escrituras el corazón de los creyentes, pues preveía que llegaría el tiempo en que no tendríamos nada que tocar sino algo que leer. . 28 ¿Debemos creer que Agustín *quiso* decir, en la cita inmediatamente anterior, "Él previó que llegaría el tiempo en que no tendríamos nada que tocar sino que tendríamos algo para leer *y otra cosa se transmitiría oralmente"?* ¿No se refirió Agustín a la tradición? Sí, lo hizo, pero lo hizo en el mismo contexto que lo hizo Basil arriba. 29 El conflicto es a menudo una gran y rica fuente de información sobre las creencias de los primeros padres. Cuando se enfrentaron a la oposición, los padres "mostraron sus verdaderos colores", por así decirlo. ¿Cómo manejaron las afirmaciones de sus contradictores? ¿Lo hicieron como católicos romanos modernos y se refirieron a la "tradición" como la base de sus creencias doctrinales? ¿O los encontramos presentando las Escrituras como su autoridad final y total?

Atanasio de Alejandría. Ningún padre temprano responde a esta pregunta más claramente y con más poder que Atanasio. Durante años se enfrentó al poder combinado del Imperio Romano y la iglesia, aferrándose firmemente a la fe de Nicea en la plena deidad de Jesucristo. Durante un tiempo, incluso se enfrentó a Liberio, el obispo de Roma, quien cedió a las presiones que se le impusieron. 30 En verdad se dijo de él, *Athanasius contra mundum,* "Athanasius contra el mundo". — ¡Qué asombrosa actitud protestante mostró este obispo de Alejandría! Contra el peso de la iglesia combinada se aferró a la

testimonio de las Escrituras, refutando a sus enemigos no por referencia a alguna “tradición” oral mítica, sino por una exégesis lógica y perspicaz de las Escrituras inspiradas por Dios.

Comenzaremos tomando las afirmaciones más fuertes de la oposición y demostrando que Athanasius no logra ayudarlos. Luego proporcionaremos un pequeño subconjunto de los numerosos testimonios que esta rica fuente proporciona para nuestra defensa de la *sola Scriptura.* Comenzamos examinando un pasaje que ha sido citado como evidencia de que Atanasio negó la *sola Scriptura:* “Pero lo que también es pertinente, notemos que la misma tradición, enseñanza y fe de la Iglesia Católica desde el principio, que el Señor dio, fue predicado por los Apóstoles, y fue preservado por los Padres. Sobre esto fue fundada la Iglesia; y si alguno se aparta de esto, no es ni debe llamarse ya más cristiano.” 31

Esta sección se cita porque es susceptible de ser leída con ojos y entendimiento modernos, ¿no es así? "¡Ajá!" viene el grito. "¡Ver! Atanasio habla de tradición!” Pero, ¿qué quiere *decir* Atanasio con “tradición”? Simplemente permitiré que continúe la cita para que él pueda hablar por sí mismo. ¿Qué es esta “tradición” a la que se refiere?

> Hay una Trinidad, santa y perfecta, reconocida como Dios, en Padre, Hijo y Espíritu Santo, que no tiene nada extraño o externo mezclado con ella, no compuesta de un formador y originario, sino enteramente creadora y formadora... y así se predica en la Iglesia un solo Dios, “que está sobre todos, y por todos, y en todos.” Y el Señor envió a los Apóstoles y mandó para hacer de esto el fundamento de la Iglesia, cuando dijo: “Id e instruid a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

32

Esto es muy importante, porque es indiscutible que Atanasio desarrolla y *defiende* la Trinidad sobre la base de las Escrituras. Él no apela para esta verdad a alguna revelación no escrita que existe *fuera* de las Escrituras, que de alguna manera contiene una revelación que no se encuentra en las Escrituras. Esto debe tenerse en cuenta al definir su visión del término *tradición* y lo que incluye. Esta “tradición” a la que se refiere Atanasio, vemos entonces, es secundaria y subordinada a las Escrituras. 33

Otro pasaje que a menudo se presenta en contra de los muchos testimonios claros que presentaremos de Atanasio es el siguiente: “Que de lo que ahora alegan de los Evangelios ciertamente dan una interpretación errónea, podemos ver fácilmente, si ahora consideramos el alcance de esa fe. que sostenemos los cristianos, y usándolo como regla, nos aplicamos, como enseña el Apóstol, a la lectura de la Escritura inspirada.

Porque los enemigos de Cristo, ignorando este alcance, se han desviado del camino de la verdad.” 34 35 y dice: “Aquí hay una regla que los apologistas romanos señalan con

Atanasio que viola cualquier concepto de la *sola Escritura” alcance* al que se refiere. Nuevamente, tomado solo, uno puede ver cómo se podría sacar tal conclusión. Pero este pasaje no existe solo. Está en el tercer discurso de cuatro escritos por Atanasio contra los arrianos. Antes de llegar a este punto, Athanasius ha abordado una amplia gama de temas. De hecho, en el primer discurso, llegó a un punto que le habría brindado la oportunidad perfecta para cantar las alabanzas de la "tradición oral".

Escribió: “Si tal desconcierto y palabras vacías provienen de la ignorancia, las Escrituras les enseñarán que el diablo, el autor de las herejías, debido al mal sabor que acompaña al mal, toma prestado el lenguaje de las Escrituras, como un manto con el cual sembrar la tierra. con su propio veneno también, y para seducir a los simples.” 36

¿Cómo manejan los apologistas romanos modernos las declaraciones de los herejes que reclaman el respaldo de las Escrituras? ¿No se refieren rápidamente a la necesidad de algo *más* que la Escritura? ¿No vemos a menudo las sectas y los “ismos” usados como ejemplos de por qué la *sola Scriptura* no funciona? Sin embargo, no encontramos ningún canto de alabanza a la “tradición oral” aquí en Atanasio. En cambio, encontramos a Atanasio diciendo: “Porque, he aquí, tomamos la Escritura divina y de allí discutimos con libertad de fe religiosa...” 37 Y al comienzo del siguiente párrafo escribe: “¿Cuál de las dos teologías establece nuestro Señor Jesucristo como Dios e Hijo del Padre, esto que tú vomitaste, o lo que nosotros hemos dicho y mantenemos del Este, a su vez, es hablar, una condenación segura, y si estas palabras: “¿Por qué las Escrituras seguido de cerca por sus propios dichos: ¿las pruebas de las Escrituras?” 38 les serán lanzadas desde todos lados.” 39

¿Pruebas bíblicas? ¿Por qué no simplemente arrojarles el peso de la tradición oral y terminar con eso? Seguramente así es como uno debe manejar doctrinas tales como la infalibilidad papal y la Asunción Corporal. Pero este no era el camino de Atanasio. En cambio, mostró la consistencia de su propia creencia con la Escritura, y la inconsistencia de las creencias de los herejes, todo de acuerdo con el mismo estándar: “La Escritura tampoco les proporciona ningún pretexto; porque a menudo se ha demostrado, y se demostrará ahora, que su doctrina es ajena a los oráculos divinos.” 40

Lo que sigue a esto es otra larga discusión de la eternidad del Hijo, todo tomado, sin excepción, de las Escrituras mismas, por lo que concluye: “Es claro, pues, por lo anterior, que las Escrituras declaran la eternidad del Hijo”. 41

El resto del primer discurso se ocupa de proporcionar una interpretación ortodoxa de varios pasajes presentados por los herejes. Aquí nuevamente tenemos la oportunidad de ver el punto de vista de la autoridad de Atanasio, porque esta sección comienza

así: "Pero ya que alegan los oráculos divinos y les imponen una mala interpretación, de acuerdo con su sentido privado, se hace necesario encontrarlos hasta el punto de vindicar estos pasajes, y mostrar que tienen un sentido ortodoxo, y que nuestros oponentes están en un error".[42]

¿Y cómo hizo esto Atanasio? ¿Apeló a la tradición no escrita para probar que la interpretación de los herejes estaba equivocada? No, hizo exégesis de los pasajes mismos y mostró las inconsistencias de las interpretaciones arrianas. Así como le respondería a un Testigo de Jehová que usaría los mismos pasajes, Atanasio lo hizo hace mil quinientos años.

Seguimos adelante con la sección antes citada de este discurso. Como ya hemos visto, el contexto es vital al citar a los padres. En este caso, el significado del término *alcance* se define con más detalle en el siguiente párrafo:

> Ahora bien, el alcance y el carácter de la Sagrada Escritura, como hemos dicho a menudo, es este: contiene un doble relato del Salvador; que Él siempre fue Dios, y es el Hijo, siendo la Palabra y el Resplandor y la Sabiduría del Padre; y que después por nosotros tomó carne de Virgen, María Madre de Dios, y se hizo hombre. Y este alcance se encuentra en toda la Escritura inspirada, como ha dicho el Señor mismo: "Escudriñad las Escrituras, porque ellas son las que dan testimonio de mí".[43]

Este "alcance", se nos dice, "se encuentra en toda la Escritura inspirada". Obviamente, por lo tanto, no es algo que exista *separado* de la Escritura. Así como podría decir: "El concepto de la soberanía de Dios es una creencia que se encuentra en todas las Escrituras", Atanasio se refiere a la verdad de la naturaleza de Cristo de la misma manera. Por lo tanto, este "alcance" no califica para el concepto romano de tradición oral, y no se encuentra que Atanasio esté violando la doctrina de *sola Scriptura.*

¿Qué hay entonces del testimonio positivo de Atanasio? Ante todo, notamos las claras palabras de su obra *Contra los paganos:* "Porque ciertamente las Sagradas Escrituras, inspiradas por Dios, son suficientes para la predicación de la [44] verdad".

En este pasaje, Atanasio comienza con un principio fundamental de su fe: la plena suficiencia de la Escritura para la proclamación de la verdad. Inmediatamente pasa a notar que Dios también usa otras fuentes para enseñar la verdad, incluidos hombres piadosos con conocimiento de las Escrituras. Pero comienza donde los protestantes y los católicos romanos se separan: con la suficiencia de las Escrituras. Había aprendido tales cosas de aquellos que vinieron antes que él. Incluso menciona las palabras de Antonio: "Las Escrituras bastan para instruir, pero es un buen

para animarnos unos a otros en la fe, y para estimularnos con las palabras". 45 —

Asimismo, al escribir a los obispos egipcios afirmaba: "Pero desde la santa La Escritura es de todas las cosas más suficiente para nosotros, por lo tanto, recomendando a aquellos que desean saber más de estos asuntos, que lean la Palabra Divina, ahora me apresuro a presentarles lo que más demanda atención, y por el bien de lo cual principalmente he escrito estas cosas." 46

Esta alta visión de la Escritura continúa en este pasaje de la obra de Atanasio. sobre la Encarnación del Verbo de Dios:

> Que este, pues, hombre amante de Cristo, sea nuestra ofrenda para vosotros, sólo como un esbozo y bosquejo rudimentario, en un breve compás, de la fe de Cristo y de Su Divinidad apareciendo hacia nosotros. Pero tú, aprovechando esto, si te adentras en el texto de las Escrituras, aplicándoles genuinamente tu mente, aprenderás de ellas más completa y claramente el detalle exacto de lo que hemos dicho. Porque fueron dichas y escritas por Dios, por medio de hombres que hablaron por Dios. 47

Se buscará en vano una referencia en la que este padre describa así la "tradición oral", y sin embargo Trento no temía hablar así de "tradición". En lugar de encontrar la idea de O'Brien de que las Escrituras no son una "guía segura" en cuanto a lo que debemos creer, Athanasius dijo: "Las señales de la verdad son más exactas extraídas de las Escrituras que de otras fuentes". fuentes." concilios eclesiásticos, como el de Nicea, que Atanasio defendió con tanta fuerza. Sin embargo, se dio cuenta de que su suficiencia no se basaba en la supuesta autoridad de un concilio, sino que el poder de ese concilio procedía de su fidelidad a las Escrituras. Note sus palabras con referencia a los arrianos:

> En vano, pues, corren con el pretexto de que han exigido Concilios por causa de la fe; porque la divina Escritura es suficiente sobre todas las cosas; pero si se necesita un Concilio sobre este punto, están los procedimientos de los Padres, porque los obispos de Nicea no descuidaron este asunto, sino que establecieron las doctrinas con tanta exactitud, que las personas que leen sus palabras honestamente, no pueden sino recordarlas. religión hacia Cristo anunciada en la divina Escritura.
> 49

A estas alturas, la frase "porque la divina Escritura es suficiente sobre todas las cosas" debería ser familiar, ya que es un hilo conductor constante en los escritos de Atanasio. Y es crucial notar que el peso del Concilio de Nicea se describe en términos de la coherencia de las enseñanzas del Concilio con la "religión hacia Cristo

anunciado en la divina Escritura.”

CONCLUSIONES

¿Qué podemos concluir de nuestra breve revisión de solo algunos de los materiales patrísticos disponibles? Primero notamos que la posición católica romana tradicional con respecto a una “tradición oral” separada no es la fe unánime, antigua o constante de la iglesia. La idea de que las Escrituras son insuficientes, que carecen de un contrapeso importante en la tradición oral, y que son incapaces de funcionar como una guía única en cuanto a lo que debemos creer, es obviamente el "novum teológico", el desarrollo posterior, la salida de la fe antigua.

Sin embargo, encontramos apologistas católicos romanos tratando de hacer que suene como si *sola Scriptura* fuera la innovación.

En el proceso de atacar la *sola Escritura,* los apologistas romanos se ven obligados a tergiversar los materiales patrísticos y a participar en lo que yo llamo "interpretación anacrónica", la lectura de conceptos e ideas de fuentes antiguas que no estaban en los contextos originales en absoluto. Roma hace esto con casi todas sus doctrinas únicas y falsas (el papado, las doctrinas marianas, etc.). Lamentablemente, sin embargo, muchos protestantes se dejan engañar por estos argumentos. La mayoría de los protestantes son ahistóricos en su visión de la iglesia y tienen poco o ningún conocimiento de la historia de la iglesia. Incluso aquellos con algún entrenamiento a menudo no se toman el tiempo para examinar las fuentes originales de las que los apologistas romanos derivan sus citas fuera de contexto. Pero si nos tomamos el tiempo para reconocer claramente lo que Roma afirma exactamente, y luego miramos las fuentes patrísticas, encontramos una inconsistencia flagrante. Faltan las pretensiones de Roma de un fundamento histórico, no solo con referencia a *sola Scriptura,* sino por todos sus dogmas únicos, de desarrollo posterior, que impone a los hombres bajo pena de anatema.

Al igual que con todos los elementos de la verdad cristiana, un examen completo siempre apoyará, defenderá y verificará que *sola Scriptura* ha sido durante mucho tiempo la regla del pueblo cristiano creyente, incluso antes de que fuera necesario usar la terminología específica contra los innovadores posteriores que usurparían las Escrituras. supremacía en la iglesia. Es la enseñanza de las Escrituras *acerca de sí mismas* (2 Timoteo 3:16-17; Mateo 15:1-9, etc.), y encontramos un amplio y profundo testimonio de ello en los primeros padres de la iglesia. Agradezcamos a Dios por el don misericordioso de Su suficiente

y Palabra vivificante, las Sagradas Escrituras.

notas

1 Cirilo de Jerusalén, *Catechetical Lectures,* 4:17. Se puede encontrar una traducción alternativa en Philip Schaff y Henry Wace, eds., *A Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church* (en adelante *NPNF),* Serie II (Grand Rapids: Eerdmans, 1980), VII:23.

2 Se anima al lector a ver el ensayo de Robert Strimple, "La relación entre las Escrituras y la tradición en la teología católica romana contemporánea" *(Wesininster Theological journal,* otoño de 1977, 40:22-38), para un excelente resumen de las posiciones de muchos de estos católicos romanos modernos que niegan la visión romana más tradicional de *partim-partim,* es decir, "parcialmente" parcialmente en la Escritura, en parte en la tradición. Strimple señala que muchos de los teólogos católicos romanos a los que se hace referencia como "progresistas" en el sentido de negar *el concepto partim-partim* están, de *hecho, más* alejados de una posición protestante conservadora debido a su visión posterior a la Ilustración. de la revelación como un todo.

3 Traducción del Rev. HJ Schroeder en *The Canons and Decretos of the Council of Trent* (Rockford, I11.: TAN Books, 1978), 17. Para el latín del texto, véase Philip Schaff, *The Creeds of Christendom* (Grand Rapids: Baker, 1985), II:80.

4 Los escritos católicos romanos están llenos de ambigüedades con respecto a la naturaleza exacta de la "tradición". Incluso la diferencia de capitalización puede ser significativa. Por ejemplo, mientras que muchos escritores romanos usan "Tradición Sagrada" para representar tanto la combinación oral como la escrita, el Vaticano II usó la forma sin mayúsculas, "tradición sagrada", para referirse a lo oral en distinción de lo escrito: "En consecuencia, no es sólo de la Sagrada Escritura saca la Iglesia su certeza de todo lo que le ha sido revelado. Por tanto, tanto la sagrada tradición como la sagrada Escritura deben ser acogidas y veneradas con el mismo sentido de devoción y reverencia» (Dei *Verbum* 9). Y: "La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura forman un depósito sagrado o la palabra de Dios, que está encomendada a la Iglesia. Ella siempre ha considerado las Escrituras junto con la Sagrada Tradición como el supremo

regla de la fe, y lo hará siempre» (Dei *Verbum* 10, 21).

5 Cuán vacía es realmente la afirmación de "suficiencia material" por parte de los apologistas romanos se puede ver fácilmente en estas palabras de John Hardon, *The Catholic Catechism* (Nueva York: Doubleday, 1975), 161, en el que describe la fuente del dogma de la Asunción de María: "El Papa Pío definió la Asunción de María como una verdad divinamente revelada. De las dos fuentes de revelación, los teólogos comúnmente dicen que la Asunción estaba implícita en la Tradición, a pesar de la práctica ausencia de evidencia documental antes del año 300 d.C. Sin embargo, el Papa finalmente declaró que la doctrina estaba en la revelación. ¿Como sabemos? En la respuesta a esta pregunta descansa una nueva visión de la Tradición cristiana que ha ido ganando impulso desde el siglo XVIII. Dicho brevemente, la Tradición se está identificando más con el magisterio de la Iglesia o el oficio de enseñar y menos exclusivamente como la fuente, junto con la Escritura, de las verdades de la salvación... 'Junto con las fuentes de la revelación (Escritura y Tradición) Dios ha dado a su Iglesia un magisterio viviente para dilucidar y explicar lo que está contenido en el depósito de la fe sólo oscuramente y, por así decirlo, por implicación.' El grado de oscuridad, podemos agregar, no es importante. Dada esta facultad por su fundador, cuyo Espíritu de verdad mora con ella en todo momento, la Iglesia puede discernir infaliblemente lo que pertenece a la revelación, sin importar cuán crípticos puedan ser los contenidos".

¿Qué se gana al adoptar tal punto de vista? El apologista romano no tiene que defender la idea de una tradición oral inspirada, pero ahora tiene que defender la idea de que el magisterio romano en sí está tan divinamente guiado que puede "discernir infaliblemente" qué es y qué no es revelación, y que no importa cuál sea el "grado de oscuridad " con el que se puede encubrir una verdad tan divina! En el nivel práctico, lo que esto significa es realmente peor que la visión tradicional: Roma puede "encontrar" lo que quiera encontrar en la "revelación" e imponer esta supuesta "verdad" a todos los creyentes, y eso con el dolor del anatema. Ella hizo exactamente eso con la Asunción de María, una doctrina completamente ausente de las Escrituras *y* de la historia de la iglesia primitiva. Sin embargo, es una creencia que debe ser abrazada *de fide* y, en palabras del Papa Pío IX, "si alguno pensara en su corazón de manera diferente a lo que hemos definido (lo que Dios no permita), sabrá y comprenderá cabalmente que es condenados por su propio juicio, han naufragado en cuanto a la fe, y se han apartado de la unidad de la Iglesia; y, además, que por este mismo hecho se sujetan a las penas ordenadas por la ley, si de palabra o por escrito, o por cualquier otro medio exterior, se atreven a manifestar lo que piensan en su corazón." Los apologistas romanos que adoptan este punto de vista no están argumentando a favor de la "Escritura

y tradición.” En realidad, están argumentando a favor de “Escritura e Iglesia”.

6 John O'Brien, *Encontrando la Iglesia de Cristo* (Notre Dame, Ind.: Ave Maria Press, 1950), 18.

7 Henry G. Graham, *Where We Got the Bible* (Rockford, Ill.: TAN Books, 1977), pág. 152.

8 Por ejemplo, vea el artículo “Tradiciones de Dios, no de los hombres” en *This Rock,* la revista de la organización de apologética católica romana Catholic Answers, octubre de 1990, 21-22.

9 Martin Chemnitz identificó e ilustró al menos ocho usos diferentes del término *tradición* en fuentes patrísticas en su *Examen del Concilio de Trento* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1971), I: 219-307.

10 Ireneo, *Contra las Herejías,* 3, 4:1. Véase Alexander Roberts y James Donaldson, eds., *The Ante-Nicene Fathers* (Grand Rapids: Eerdmans, 1981), 1:416-417. Este pasaje se cita en el artículo “Tradiciones de Dios, no de los hombres” en *This Rock.*

11 Ibíd., 1, 10:2.

12 Ibíd., 3, 1:1. Es importante señalar por qué Ireneo estaba tan preocupado por la enseñanza de la "tradición" de que hay un Dios que creó todas las cosas por medio de Jesucristo. Estaba luchando contra el gnosticismo, un sistema que negaba que el único Dios verdadero creó todas las cosas. En cambio, los gnósticos postularon seres intermedios entre el único Dios verdadero y la creación.

13 Ibíd., 3, 4:2. Lo mismo ocurre con la cita de *Against Heresies,* 1, 10:2-

esta tradición se presenta claramente en su totalidad en 1, 10:1, ¡y este texto está repleto de numerosas citas directas de las Escrituras!

14 Basilio, *Sobre el Espíritu,* 66 en *NPNF,* Serie II, VIII:40-41. Este mismo pasaje se cita en el artículo de *This* Rock "Tradiciones de Dios, no de los hombres", comenzando y terminando en el mismo punto.

15 Ibíd.

16 Ibíd., Serie II, VIII:229. Véase también la defensa de Basilio de la Trinidad y su total confianza en las "Escrituras inspiradas por Dios", no en la "tradición oral", en lugares como su carta a Gregorio que se encuentra en el mismo volumen, 137-141, en particular la sección 4.

17 *Padres de la Iglesia, vol. 9, San Basilio: Obras ascéticas,* trad. M. Monica Wagner (Nueva York: Padres de la Iglesia, Inc., 1950), 185-186.

18 Ibíd., 59.

19 Podríamos notar de pasada el hecho de que ambos padres revisados hasta ahora también son problemas para las afirmaciones romanas con respecto a la supremacía papal, Ireneo en su reprensión a Víctor y Basilio en su rechazo a la interferencia de Roma en el asunto de Melecio de Antioquía. Para el texto de la reprimenda de Ireneo a Víctor, véase *The Ante Nicene Fathers,* 1:569 y para la posición de Basilio con Melecio contra Roma, véase *NPNF* Serie II, VIII:253.

20 Frases como "la fe constante de la Iglesia" y el "consentimiento unánime de los Padres" se extraen directamente de las afirmaciones de Trento y el Vaticano I.

21 Agustín, *De bono viduitatis,* 2. *Véase NPNF* Serie 1, III:442 para una traducción alternativa. JP Migne proporciona el texto: "Quam id quod apud

¿Apostolum legimus? Sancta enim Scriptura nostræ docrtinæregulum figit, ne audeamus *sapereplus yuam oportet sapere; ...* Non sit ergo mihi aliud te docere, nisi verba tibi doctoris exponere" (Patrología *Latina,* 40:431; en adelante PL). Note especialmente el uso de la frase, "Scriptura nostrædoctrinæregulam figit," porque *sola Scriptura* es la doctrina que enseña que la Escritura es la única infalible y suprema *regula fidei,* la "regla de fe," para la iglesia.

22 Augustine, *To Maximin the Arian,* citado por George Salmon, *The Infalibility of the Church* (Grand Rapids: Baker Book House, 1959), 295. Salmon traduce el texto como, "Sed nun nec ego Nicaenum, nec tu debes Ariminense, tanquam praejudicaturus, proferre concilium. Nec ego hujus auctoritate, ne tu illius detineris. Scripturarum auctoritatibus, non quorumque propriis, sed utrique communibus testibus, res cum re, causa cum causa, ratio cum ratione concertet" (Agustín, *Cont. Maximin. Arian.* II 14, vol. VIII:704).

23 Agustín, *De unitate ecclesiae,* 3, citado por Chemnitz, *Examen del Concilio de Trento,* I:157.

24 Ibíd.

25 Ibíd.

26 Ibíd., 10, citado por Chemnitz, 159.

27 Agustín, *Contra litteras Petiliani,* Libro 3, Cap. 6. Migne aporta el texto: "Proinde sive de Christo, sive de ejus Ecclesia, sive de quacumque alia re quæpertinet ad fidem vitamque vestram, non dicam nos, nequaquam comparandi ei qui dixit, Licet si *nos;* sed omnino quod secutus adjecit, *Si angelus de cælovobis annuntiaverit præter quam quod* in Scripturis legalibus et evangelicis *accepistis, anatema sit" (PL* 43:351).

28 Agustín, *In Epistolam johannis* tractus, 2. Véase NPNF, Serie I, VII:469.

La frase final en latín es, “in quo quod palpemus nos non habemus, sed quod legamus habemus” (Migne, PL 35:1989).

29 Ver especialmente la carta de Agustín a Januarius para una discusión completa de su punto de vista sobre este punto *(NPNF,* Series I, 1:300-303). Nótese especialmente el hecho de que el mismo Agustín diferencia entre aquellas prácticas basadas en la Escritura y aquellas basadas en la “tradición” (cap. 6).

30 Ver la discusión de Liberio y todo el concepto de infalibilidad papal en Schaff, *The Creeds of Christendom* 1: 134-188, y su *History of the Christian Church* (Grand Rapids: Eerdmans, 1985), III: 635-636, especialmente la nota al pie 2.

31 Athanasius, *To Serapion,* 1, 28, citado en Jurgens, *The Faith of the Early Fathers,* 1:336. Texto en Migne, *Patrologix Cursus Completus, Series Græca* (1857), 26:593-596 (en adelante, *PG).*

32 Ibíd.

33 Compare el uso de la frase “normas subordinadas” con referencia a varias confesiones protestantes como un ejemplo del uso moderno de este concepto.

34 Atanasio, *Cuatro discursos contra los arrianos,* III:28 en *NPNF* Serie II, IV:409. Texto en Migne, *PG,* 26:384-385.

35 griego es ÿÿÿÿÿÿ

36 *NPNF* IV:310; Migne, PG, 26:25.

37 Ibíd., IV:311; Migne, PG, 26:28.

38 Ibíd.

39 Ibíd.

40 Ibíd., IV:312; Migne; PG, 26:33.

41 Ibíd., IV:313, Migne; PG, 26:37.

42 Ibíd., IV:327-328; Migne, PG, 26:88.

43 Ibíd., IV:409; Migne, PG, 26:385.

44 Traducción del autor. Texto griego encontrado en Robert Thomson, ed., *Athanasius: Contra Gentes and De Incarnatione* (Oxford: Clarendon Press, 1971), 2, o Migne, PG, 25:4. Las lecturas griegas, ÿÿÿÿÿÿÿ ÿ ÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿÿ ÿ ÿÿ ÿÿ ÿ ÿÿì ÿÿÿÿÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿì ÿÿÿÿ ÿÿv ÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿÿÿ. Con referencia al término ÿÿÿÿÿÿÿ ÿ notamos la definición proporcionada por Bauer, "autosuficiencia", "suficiencia, una competencia" y "satisfacción, autosuficiencia". Véase Walter Bauer, William Arndt, F. Wilbur Gingrich y Frederick William Danker, A Greek-English *Lexicon* of the New *Testament and Other Early Christian Literature,* 3.ª ed. (Chicago: The University of Chicago Press, 2000), 152. El trabajo más útil de Johannes P. Louw y Eugene A. Nida, *Greek-English Lexicon of the New Testament Based on Semantic Domains* (United Bible Societies: 1988), 680 , dice del término, "un estado de adecuación o suficiencia—'lo que es adecuado, lo que es suficiente, lo que se necesita, adecuación.' ... En varios idiomas el equivalente de esta expresión en 2 Cor. 9:8 puede ser 'siempre tener todo lo que necesitas' o, expresado negativamente, 'no carecer de nada'". Lampe's *A Patristic Greek Lexicon* (Oxford: Oxford University Press, 2008), 266, da "autosuficiencia" como un significado también.

45 Athanasius, *Vita* S. *Antoni,* 16, *NPNF* Serie II, IV:200. El texto griego dice, ÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿ ÿiÿÿ ÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿÿ por EP Meijering, *Athanasius:*

Contra Gentes (Leiden: EJ Brill, 1984), 10; Migne, PG, 26:868). Uno no puede dejar de notar el estrecho paralelo con las palabras de Pablo en 2 Timoteo 3:16, donde escribe que las Escrituras inspiradas por Dios son ÿÿÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿÿ. Los apologistas romanos tratan de debilitar el término ÿÿÿÿÿÿÿÿ tanto como sea posible, afirmando que la Escritura es *meramente* provechosa. Es interesante notar cómo Atanasio obviamente entiende que el significado de ÿÿÿÿÿÿÿÿ es paralelo a ÿÿÿÿÿÿ, un término que claramente habla de suficiencia (ver nota siguiente).

46 Atanasio, *Ad Episcopos Ægyptiæ, NPNF,* Serie II, IV:225. El texto griego se encuentra en Migne, PG, 25:548. Se lee, ÿÿÿ ÿÿ ÿÿ ÿ ÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿ ÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿÿ ÿoÿÿoÿ ÿÿÿ ÿ ÿoÿÿ ÿoÿÿÿÿÿÿÿo ÿ ÿÿ ÿoÿÿÿ ÿÿÿÿ ÿoÿÿÿÿ ÿ ÿÿÿÿÿiÿ ÿÿÿÿoÿÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿÿÿiÿ ÿoÿÿ ÿÿÿoiÿ ÿÿÿo ÿ, ÿÿÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿÿoÿ ÿÿÿoÿÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿ, ÿ ÿ ÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿÿ oÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿ. El término que Atanasio usa aquí para describir la suficiencia de las Escrituras es ÿÿÿÿÿÿÿ. La forma comparativa que se usa aquí se traduce como “lo más suficiente de todas las cosas” o “es más suficiente que todas las cosas”. La forma sustantiva se define como “aptitud, capacidad, cualificación” por Bauer; la forma adjetival, “suficiente, adecuado, suficientemente grande”; la forma verbal, “hacer suficiente, calificar”; y la forma adverbial, “suficientemente” (Bauer, *Greek-English Lexicon,* 472-473). Tan común es el uso de Atanasio de ÿÿÿÿÿ y ÿÿÿÿÿÿ ÿ con referencia a las Escrituras que los combina en su carta a Serapion (1:19; Migne, *PG,* 26:573) de la siguiente manera: ÿÿÿoÿ ÿÿ ÿÿ ÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿÿ. Aÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿÿÿÿ ÿÿ ÿÿ ÿÿÿÿÿ ÿ ÿÿÿÿÿÿÿ (“Aprendamos solamente las cosas que están en la Escritura; porque suficientes y adecuadas son las cosas que en ella hay”). Los apologistas romanos deben rechazar por completo el entendimiento obvio de Atanasio del término *provechoso* en 2 Timoteo 3:16 como una referencia a la suficiencia y la suficiencia.

47 Atanasio, *De Incarnatione Verbi* Dei, 56, *NPNF,* Serie II, IV:66. La frase final es ÿÿÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿÿ ÿ ÿ ÿÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿÿ ÿÿoÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿ. Texto en Meijering, *Athanasius: Contra Gentes,* 10, y Migne, *PG,* 25:196.

48 Athanasius, *De Decretis,* 32, *NPNF,* Serie II, IV:172; Migne, *PG,* 25:476.

49 Atanasio, *De Synodis,* 6, *NPNF,* Serie II, IV:453; Migne, *PG,* 26:689. los

El texto sobre la suficiencia de las Escrituras ya es familiar: ”Eÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿÿ ÿÿÿÿÿÿÿÿÿ[ÿ] ÿÿÿÿÿÿ ÿ ÿÿÿÿ ÿÿÿÿÿ.

CAPÍTULO TRES

EL ESTABLECIMIENTO DE LAS ESCRITURAS

ÿ RC Sproul ÿ Norma de
normas y sin norma." Con estas palabras, la iglesia histórica confesó su fe en la autoridad de la Sagrada Escritura. La frase "norma de normas" fue diseñada para indicar el grado superlativo de una manera similar a la expresión del Nuevo Testamento para Cristo, que Él es "Rey de reyes y Señor de señores". Ser Rey de reyes es ser el Rey supremo que gobierna sobre todos los reyes menores. Ser Señor de señores es ser exaltado por encima de todos los demás señores. Asimismo, la frase "norma de normas" indica una norma que está por encima de normas menores. La frase adicional, "sin norma", indica que el carácter normativo de la Escritura es una norma en una clase en sí misma. No funciona como un *primus inter pares,* un primero entre iguales. Es simplemente primero.

Cuando hablamos del canon de la Escritura, estamos hablando de una norma o regla. El término *canon* se deriva por transliteración de la palabra griega *kanon,* que significa "una vara de medir", "regla" o "norma". En el uso popular, el término *canon* se refiere a la colección de libros individuales que juntos comprenden el Antiguo y el Nuevo Testamento. Es la lista completa de libros que fue recibida por la iglesia y codificada en lo que llamamos la Biblia. La palabra *Biblia* proviene de la palabra griega para "libro". Estrictamente hablando, la Biblia no es un libro, sino una colección de sesenta y seis libros. Al menos la Biblia protestante clásica contiene sesenta y seis libros. La Biblia católica romana incluye los apócrifos y, por lo tanto, contiene más de sesenta y seis libros. Esta diferencia ilustra el debate en curso sobre la naturaleza precisa del canon. Roma y el protestantismo histórico no están de acuerdo sobre la composición adecuada del canon bíblico. Los credos protestantes excluyen los apócrifos del canon.

Este desacuerdo sobre los apócrifos apunta al problema más amplio que rodea la cuestión del canon. ¿Cómo se estableció el canon? ¿Por la autoridad de quién? ¿El canon está cerrado a más adiciones? Estas y otras preguntas atienden al tema más amplio de la naturaleza del canon bíblico.

LA COMPILACIÓN DEL CANON

Una de las cuestiones más importantes con respecto al canon se refiere a su recopilación histórica. ¿El canon surgió por mandato de la iglesia? ¿Existía ya en la comunidad cristiana primitiva? ¿Fue establecido el canon por una providencia especial? ¿Es posible que no se hayan incluido ciertos libros que se abrieron paso en el presente canon? ¿Es posible que los libros que fueron excluidos deberían haber sido incluidos?

Sabemos que, al menos por un tiempo, Martín Lutero cuestionó la inclusión de la epístola de Santiago en el canon del Nuevo Testamento. Que Lutero una vez se refirió a Santiago como una "epístola de paja" o una "epístola de paja derecha" es un asunto de registro histórico. Los críticos de la inspiración bíblica no se han cansado de señalar estos comentarios para argumentar que Lutero no creía en la inspiración o infalibilidad de las Escrituras. Este argumento no solo no hace justicia a las repetidas afirmaciones de Lutero sobre la autoridad divina de la Escritura y su ausencia de error, sino que, lo que es más grave, no hace la distinción adecuada entre la cuestión de la naturaleza de la Escritura y la extensión de la Escritura. Lutero fue inequívoco en su convicción de que toda la Escritura es inspirada e infalible. Su pregunta sobre Santiago no era una pregunta sobre la inspiración de las Escrituras, sino una pregunta sobre si Santiago era de hecho Escritura.

Aunque Lutero no cuestionó la infalibilidad de las Escrituras, cuestionó más enfáticamente la infalibilidad de la iglesia. Permitió la posibilidad de que la iglesia pudiera errar, incluso cuando la iglesia se pronunció sobre la cuestión de qué libros pertenecían propiamente al canon. Para ver este tema más claramente, podemos referirnos a una distinción que a menudo hacía el difunto Dr. John Gerstner. Gerstner distinguió entre la visión católica romana del canon y la visión protestante del canon de esta manera:

Punto de **vista católico romano:** La Biblia es una colección infalible de libros infalibles.

Punto de **vista protestante:** La Biblia es una colección falible de libros infalibles.

La distinción a la vista aquí tiene que ver con la convicción de la Iglesia Católica

que el canon de la Escritura fue declarado infaliblemente por la iglesia. El punto de vista protestante es que la decisión de la iglesia con respecto a qué libros componen el canon fue una decisión falible. Esto significa que la iglesia pudo haber errado en su compilación de los libros que se encuentran en el presente canon de las Escrituras.

Cuando Gerstner hizo esta distinción, no estaba afirmando ni insinuando que la iglesia de hecho *se* equivocó en su juicio de lo que pertenece propiamente al canon. Su punto de vista no fue diseñado para poner en duda el canon sino simplemente para protegerse contra la idea de una iglesia infalible. Una cosa es decir que la iglesia *pudo* haber errado; otra cosa es decir que la iglesia *se* equivocó.

La fórmula de Gerstner a menudo ha sido recibida tanto con consternación como con duras críticas en los círculos evangélicos. Parece sugerir que él y los que están de acuerdo con su evaluación están socavando la autoridad de la Biblia. Pero nada podría estar más lejos de la verdad. Al igual que Lutero y Juan Calvino antes que él, Gerstner fue un ferviente defensor de la infalibilidad e infalibilidad de las Escrituras.
Su fórmula fue simplemente diseñada para reconocer que hubo un proceso de selección histórico por el cual la iglesia determinó qué libros eran las Escrituras y cuáles no. El punto es que en este proceso de zarandeo o selección, la iglesia buscó identificar aquellos libros que en realidad debían ser considerados como Escritura. En este proceso de selección, la iglesia (siendo falible) *pudo* haber errado.

Puede decirse que Roma tiene cierta "ventaja" con respecto a la infalibilidad. Roma cree que la iglesia es infalible al igual que las Escrituras. La infalibilidad de la iglesia se extiende no solo a la cuestión de la formación del canon sino también a la cuestión de la interpretación bíblica. Para resumir, podemos decir que según Roma tenemos una Biblia infalible cuya extensión es decretada infaliblemente por la iglesia y cuyo contenido es interpretado infaliblemente por la iglesia.
Sin embargo, el cristiano individual todavía queda en su propia falibilidad mientras busca entender la Biblia infalible tal como la interpreta la iglesia infalible. Nadie está extendiendo la infalibilidad al creyente individual.

Para el protestante clásico, aunque el creyente individual tiene derecho a la interpretación privada de las Escrituras, es capaz de malinterpretar la Biblia. Pero si bien tiene la capacidad de malinterpretar las Escrituras, no tiene el derecho de hacerlo. Es decir, con el derecho de interpretación privada viene la responsabilidad de hacer una interpretación *precisa .* Nunca tenemos el derecho de distorsionar la enseñanza de las Escrituras. Ambos lados están de acuerdo en que el individuo es falible cuando busca entender las Escrituras, pero el protestantismo histórico limita el alcance de la infalibilidad a las Escrituras mismas. La tradición de la iglesia y los credos de la iglesia pueden errar. Los intérpretes individuales de las Escrituras pueden errar. Únicamente las Escrituras son las que no tienen error.

Aunque está claro que la iglesia pasó por un proceso de selección o clasificación

al establecer una lista formal de los libros canónicos, esto no significa que no haya ningún canon o regla anterior a las decisiones de los concilios de la iglesia. Los escritos del Antiguo Testamento sirvieron como un canon funcional desde el principio. cama y desayuno Warfield comenta:

> La iglesia no creció por ley natural: fue fundada. Y los maestros autorizados enviados por Cristo para fundar su iglesia llevaron consigo, como su posesión más preciosa, un cuerpo de Escrituras divinas, que impusieron a la iglesia que fundaron como su código de ley. Ningún lector del Nuevo Testamento puede necesitar prueba de esto; en cada página de ese libro se difunde la evidencia de que desde el mismo comienzo el Antiguo Testamento fue reconocido cordialmente como ley tanto por los cristianos como por los judíos. el cristiano
> 1 iglesia, por lo tanto, nunca estuvo sin una "Biblia" o un "canon".

El punto de Warfield de que la iglesia fue fundada llama la atención sobre el hecho de que la iglesia tenía un Fundador y un fundamento. El Fundador fue Cristo. El fundamento eran los escritos de los profetas y los apóstoles. En la metáfora de la iglesia como edificio, Cristo es la principal piedra del ángulo. Él no es el fundamento de la iglesia. Él es el Fundador. El fundamento de la iglesia fue puesto por Cristo y en Cristo. Pero nuevamente, los profetas y los apóstoles formaron el fundamento a través de su enseñanza, y esa enseñanza fue recopilada en sus escritos. Por esta razón, Warfield continúa:

> Los libros del Antiguo Testamento no fueron los únicos que los apóstoles... impusieron a las iglesias nacientes, como su regla autorizada de fe y práctica. No habitaba más autoridad en los profetas del antiguo pacto que en ellos mismos, los apóstoles, quienes habían sido "hechos ministros competentes de un nuevo pacto" (2 Cor. 3:6). entregó, en su propia estimación, en sí misma una revelación divina, pero también fue predicada "en el Espíritu Santo" (1 Pedro 1:12); no sólo la materia, sino las mismas palabras con las que estaba revestido eran "del Espíritu Santo" (1 Cor. 2:13). Sus propios mandamientos eran, por lo tanto, de autoridad divina (1 Tes. 4:2), y sus escritos eran los depositarios de estos mandamientos (2 Tes. 2:15).... Inevitablemente, tales escritos, que reclamaban tan terriblemente su aceptación, fueron recibidos por las iglesias nacientes como de una calidad igual a la de la antigua "Biblia"; colocado al lado de sus libros más antiguos como una parte adicional de la única ley de Dios; y leen como tales en sus reuniones de adoración, una práctica que además fue requerida por los apóstoles (1 Tes. 5:27; Col. 4:16; Apoc. 1:3). [2]

El canon del Nuevo Testamento descansa sobre una “tradición”. Los evangélicos a menudo ven el término *tradición* con malos ojos. Sufre del problema de la culpa por asociación. Para distanciarse del papel que juega la tradición en Roma, los evangélicos celosos se enfrentan al peligro de tirar al bebé con el agua del baño. El principio de la Reforma de *sola Scriptura* rechaza enfáticamente la teoría de la fuente dual de Roma con respecto a la revelación especial, como dijo el Dr.
James White lo demostró en el capítulo anterior. En la Cuarta Sesión del Concilio de Trento, Roma declaró que la verdad de Dios se encuentra tanto en las Escrituras como en la tradición de la iglesia. Los reformadores rechazaron esta teoría de la fuente dual y se negaron a elevar la tradición de la iglesia a un nivel tan alto.
Asimismo, Cristo reprendió a los fariseos por suplantar la palabra de Dios con las tradiciones de los hombres.

Este juicio negativo de la tradición humana junto con la aversión a la visión católica romana de la tradición ha inclinado a algunos evangélicos a rechazar la tradición por completo. El peligro en esto es pasar por alto el importante papel que juega la tradición dentro del alcance de la Escritura misma. La Escritura no rechaza toda tradición. Repudia las tradiciones de los hombres, pero afirma otra tradición: la tradición divina. Pablo, por ejemplo, habla frecuentemente de la tradición en un sentido positivo. Habla de ese cuerpo de verdad que fue entregado a la iglesia por Cristo y los apóstoles. Esta es la *paradosis,* la “entrega” de la verdad de Dios.

LA IGLESIA RECIBIÓ EL CANON

La tradición positiva de la que habla la Escritura puede denominarse tradición apostólica, que tuvo un papel importante en la formación del canon. La iglesia no creó una nueva tradición al establecer el canon. De hecho, no es realmente apropiado hablar del canon establecido por la iglesia. La iglesia no estableció el canon; el canon estableció la iglesia. La iglesia simplemente reconoció el canon y se sometió a su regla.

En el centro de la cuestión del canon está el tema de la autoridad apostólica. En el Nuevo Testamento, un apóstol *(apostolos)* es "uno que es enviado". El oficio de apóstol conlleva la autoridad delegada de Aquel que envía o autoriza al apóstol a hablar en Su nombre. La tradición apostólica comienza con Dios Padre. El Padre es el que primero comisionó a un apóstol. El primer apóstol en el Nuevo Testamento fue Cristo mismo, porque fue enviado por el Padre y habló con la autoridad delegada del Padre. Fue a Cristo a quien el Padre dio "toda potestad... en el cielo y en la tierra" (Mat. 28:18b). El segundo apóstol es el Espíritu Santo, que fue enviado por el Padre y el Hijo. Los siguientes en la línea de autoridad delegada fueron los apóstoles del Nuevo Testamento como Pedro y Pablo (y el resto).

En el período patrístico de la historia de la iglesia, Ireneo de Lyon entendió este vínculo. Al defender a los apóstoles de los herejes, Ireneo argumentó que rechazar a los apóstoles era rechazar a Aquel que los envió, es decir, a Cristo. Asimismo, rechazar a Cristo es rechazar a Aquel que lo envió, es decir, a Dios Padre. Así, para Ireneo, rechazar la enseñanza apostólica era rechazar a Dios. En este punto, Ireneo simplemente estaba haciendo eco de las palabras de Jesús cuando les dijo a sus apóstoles que quien las recibió, lo recibió a Él y quien las rechazó, lo rechazó a Él (Mat. 10:40).

Fue la tradición apostólica que fue codificada en el canon del Nuevo Testamento. La tradición apostólica no se limitó exclusivamente a los escritos de los apóstoles. Más bien, el canon de la Escritura contiene los escritos de los apóstoles y sus *compañeros.* De nuevo Warfield comenta:

> Sin embargo, quede bien claro que no era exactamente apostólica

autoría que, en la estimación de las iglesias más antiguas, constituía un libro o parte del "canon". La autoría apostólica fue, de hecho, tempranamente confundida con la canonicidad. Fue la duda sobre la autoría apostólica de Hebreos, en Occidente, y de Santiago y Judas, aparentemente, lo que subyace en la lentitud de la inclusión de estos libros en el "canon" de ciertas iglesias. Pero desde el principio no fue así. El principio de canonicidad no era la autoría apostólica, sino la imposición de los apóstoles *como "ley".*
De ahí que el nombre de Tertuliano para el "canon" sea *instrumentum;* y habla del Antiguo y Nuevo *Instrumento* como lo haríamos del Antiguo y Nuevo Testamento.[3]

Que la iglesia tenía un "canon funcional" desde el principio se ve en los escritos del mismo Nuevo Testamento. Pedro, escribiendo en el año 68 d. C., se refiere a los escritos de Pablo como junto al "resto de las Escrituras" (2 Pedro 3:16). Además, Pablo cita del Evangelio de Lucas en 1 Timoteo 5:18. Desde el período más temprano de la era post-apostólica, los padres de la iglesia trataron los escritos del Nuevo Testamento como Escritura. Aunque los primeros padres no solían usar la palabra *Escritura,* consideraban que los escritos apostólicos tenían autoridad bíblica. Las citas tomadas de los escritos del Nuevo Testamento y citadas como autorizadas se pueden encontrar en los escritos de Clemente, Ignacio, Policarpo, Papías, Justino Mártir y otros.

Hacia finales del siglo II, el *Diatessaron* de Taciano contenía una armonía de los Evangelios. El Canon Muratoriano (probablemente de finales del siglo II) contenía una lista de libros del Nuevo Testamento que quizás pretendía contrarrestar el falso canon creado por el hereje Marción. El canon de Marción fue un intento deliberado de crear una versión expurgada del Nuevo Testamento para acomodar su visión negativa del Dios del Antiguo Testamento. El "Nuevo Testamento" de Marción incluía el Evangelio de Lucas y diez de las epístolas de Pablo.

Desde el período más antiguo de la iglesia, está claro que la gran mayoría de los libros que ahora están contenidos en el canon del Nuevo Testamento funcionaban como "canon". Surgieron algunas dudas con respecto a algunos de estos libros, incluidos Hebreos, Santiago, 2 Pedro, 2 y 3 Juan, Judas y Apocalipsis. Durante un tiempo, estos libros carecieron del respaldo universal. No fue sino hasta el siglo IV que terminaron las disputas y se completó la sanción formal de todo el canon del Nuevo Testamento. En 363, el Concilio de Laodicea enumeró todos los libros actuales excepto Apocalipsis. Atanasio de Alejandría citó los veintisiete libros en 367. El Tercer Concilio de Cartago en 397 incluyó todos los libros actuales en el canon.

Durante los debates de los primeros siglos, surgieron ciertos criterios por los cuales los libros se determinaban como canónicos. Estas *notae canonicitatis* incluidas (1)

origen apostólico, (2) recepción por parte de las iglesias originales, y (3) coherencia con el núcleo indiscutible de los libros canónicos. El origen apostólico incluía no solo los libros que fueron escritos por los mismos apóstoles sino también aquellos libros que fueron autorizados por los apóstoles. Por ejemplo, se consideraba que el Evangelio de Marcos llevaba el visto bueno de Pedro y el Evangelio de Lucas la sanción de Pablo.

La recepción de libros por parte de las iglesias originales se refería al uso de estos escritos en el culto y la enseñanza de las iglesias. La palabra latina *recetare* se usó en el Canon Muratoriano para indicar que la iglesia "recibió" los [4] libros del Nuevo Testamento. Los libros que fueron excluidos del canon incluyeron escritos como la Didaché, el Pastor de Hermas, la epístola de Bernabé y 1 Clemente. Un estudio de estos libros revela rápidamente su estatus subcanónico.
Hay un claro reconocimiento, por ejemplo, en los escritos de Clemente de que existe una línea entre la autoridad apostólica y la sub-apostólica.

EF Harrison escribe sobre estos libros subcanónicos:

> Un libro puede ser ampliamente recibido y apreciado y, sin embargo, resultar no apostólico. Tal fue el caso del *Pastor de Hermas,* que tuvo que ser excluido del uso en el culto público, pero que fue aprobado para fines de edificación privada. Esto ayuda a explicar el origen de una clase de literatura cristiana primitiva conocida como eclesiástica, distinguida tanto de los escritos canónicos como de los espurios, que contiene obras como la Epístola de Clemente y la *Epístola de Bernabé,* así como el *Pastor de* [5] *Hermas.*

Además de estas obras, la iglesia rechazó una serie de libros falsos conocidos como escritos apócrifos que aparecieron ya en el siglo II. Estos libros a menudo se relacionaban con los escritos de los herejes gnósticos que buscaban usurpar la autoridad conferida a los apóstoles del Nuevo Testamento. Los gnósticos afirmaban tener un conocimiento de élite especial *(gnosis)* que trascendía el conocimiento impartido por los apóstoles. Al mismo tiempo, trataron de ganar credibilidad apostólica para sus libros afirmando que fueron escritos por los mismos apóstoles. Estos libros eran literatura de propaganda que buscaba socavar la tradición apostólica. Orígenes dijo de estos escritos:

> La iglesia recibe solo cuatro evangelios; los herejes tienen muchos, como el evangelio de los egipcios, el evangelio de Tomás, *etc.* Estos los leemos, para que no parezcamos ignorantes a los que piensan que saben algo extraordinario, si están enterados de las cosas que están escritas. en estos libros. A Ambrose se le atribuye haber dicho: "leemos estos que

> puede no parecer ignorante; los leemos, no para recibirlos, sino para rechazarlos; y puedan saber qué son esas cosas, de las cuales se jactan tanto.” 6

Los llamados evangelios apócrifos abundan en historias fantasiosas y enseñanzas heréticas. Algunos intentan completar los detalles de los años de la infancia de Jesús. El Evangelio de Tomás, por ejemplo, contiene un relato de milagros frívolos realizados por el niño Jesús, como modelar pájaros con arcilla y luego hacerlos volar.

EL CANON DEL ANTIGUO TESTAMENTO

La principal diferencia entre el canon católico romano y el canon protestante se encuentra con respecto a la inclusión de los apócrifos del Antiguo Testamento. Los apócrifos (que no deben confundirse con los escritos apócrifos del Nuevo Testamento) se refieren a una serie de libros compuestos durante el período intertestamentario. La Iglesia Católica Romana incluye los apócrifos y el protestantismo histórico los excluye. Este desacuerdo se centra en la cuestión histórica de la extensión del canon del Antiguo Testamento. ¿El canon judío incluía los apócrifos?

Se hace referencia frecuente a la diferencia entre el canon palestino y el canon alejandrino. La historia indica que el canon de los judíos helenizados de Alejandría incluía los apócrifos pero que la Biblia hebrea de los judíos palestinos los excluía. RK Harrison escribe:

> En cualquier discusión del canon del Antiguo Testamento es importante distinguir entre el de la Biblia hebrea y su contraparte en otras versiones de la Escritura. El grado de diferencia en la idea de un canon de las escrituras sagradas se puede ver en referencia, por un lado, a la versión samaritana, en la que solo se le otorgó canonicidad al Pentateuco, y por el otro a la LXX, que incluía los escritos conocidos como los apócrifos. [7]

El debate sobre la cuestión de los apócrifos es complejo y continuo. Algunos han argumentado que incluso en el canon de Alejandría, a los apócrifos se les otorgaba un estatus secundario y se los consideraba “deuterocanónicos”. Este punto de vista es discutido por los eruditos católicos romanos, quienes argumentan que los apócrifos pertenecían al canon judío original.

Los reformadores excluyeron los apócrifos porque estaban convencidos de que no pertenecían al canon hebreo reconocido en los días de Jesús. Francis Turretin comenta:

> La iglesia judía, a la que se encomendaron los oráculos de Dios (Rom. 3:2), nunca los consideró canónicos, sino que mantuvo el mismo canon con nosotros (como admitió Josefo, *Contra* Apion)... Nunca se citan. como

canónico por Cristo y los apóstoles como los demás. Y Cristo, al dividir todos los libros del Antiguo Testamento en tres clases (la ley, los Salmos y los profetas), aprueba claramente el canon de los judíos y excluye de él aquellos libros que no están incluidos en estas clases. La iglesia cristiana por cuatrocientos años reconoció con nosotros el mismo y ningún otro libro canónico.... Los autores no fueron ni profetas ni hombres inspirados, ya que escribieron después de Malaquías (el último de los profetas); ni sus libros fueron escritos en lengua hebrea (como los del Antiguo Testamento), sino en griego. Por lo tanto, Josefo reconoce que las cosas que fueron escritas por su pueblo después de la época de Artajerjes no eran tan creíbles ni autorizadas como las que las precedieron "debido a que no hubo una sucesión indiscutible de profetas". [8]

IGLESIA Y CANON

La autoridad relativa de las Escrituras y la iglesia fue una de las grandes controversias de la Reforma. A menudo se dice que aunque *sola fide* fue la causa material de la Reforma, *sola Scriptura* fue su causa formal. Lutero insistió en que tanto los papas como los concilios de la iglesia podían errar. Él apoyó su caso para la justificación por la fe solamente en las Escrituras solamente. Roma respondió argumentando que, en un sentido real, las Escrituras debían su autoridad a la autoridad de la iglesia porque la iglesia había "creado" el canon. Este punto de vista fue duramente criticado por Calvino: Nada, por lo tanto, puede ser más absurdo que la ficción de que el poder de juzgar a las Escrituras está en la iglesia, y que de ella depende su certeza.

> Cuando la iglesia la recibe y le da el sello de su autoridad, no hace auténtico lo que de otro modo era dudoso o controvertido, sino que, reconociéndola como la verdad de Dios, ella como obligada, muestra su reverencia con un asentimiento sin vacilación. . En cuanto a la pregunta, ¿cómo seremos persuadidos de que vino de Dios sin recurrir a un decreto de la Iglesia? Es como si se preguntara: ¿Cómo aprenderemos a distinguir la luz de la oscuridad, el blanco del negro, el dulce del amargo?
>
> La Escritura se presenta sobre la faz de ella como clara evidencia de su verdad, como blanco y negros hacen de su color, dulces y amargos de su gusto. [9]

Para Calvino, la Biblia es objetivamente la Palabra de Dios y deriva su autoridad de Él y no de la iglesia. La iglesia no crea la Escritura sino que la recibe *(recipimus),* sometiéndose a una autoridad que ya está ahí. Calvino no sabía nada de una Biblia que se "convierte" en la Palabra de Dios solo después de una declaración de la iglesia o incluso después de que el Espíritu Santo la ilumina al pueblo de Dios cuando la leen o la escuchan predicada y explicada (Hebreos 4:12).

Para los reformadores, la Biblia era "canon" tan pronto como fue escrita. La Palabra de Dios tiene autoridad inherente. La iglesia está obligada a reconocer esa autoridad ya someterse a ella.

EL PROBLEMA DE LA REDUCCIÓN DEL CANON

El problema de la reducción del canon puede manifestarse en términos crudos y descarados o en formas refinadas y sutiles. El antiguo hereje Marción representó la forma cruda de tal reducción al rechazar aquellas porciones del Nuevo Testamento que se referían al Dios del Antiguo Testamento en una luz positiva. La antipatía de Marción hacia Yahvé controló su selección de libros para incluirlos en su versión abreviada del Nuevo Testamento.

Las formas modernas de reducción de canon son más refinadas y, a veces, sutiles. Sin embargo, logran un propósito similar en el sentido de que resultan en un canon dentro de un canon. Desde la obra épica de Albert Schweitzer, *La búsqueda del Jesús histórico,* se han hecho muchos intentos posteriores para llegar a la historia "real" de Jesús que subyace en la obra del Nuevo Testamento. La forma actual del Nuevo Testamento es vista como la creación de la iglesia primitiva, con redacciones de editores que embellecieron la historia narrativa de Jesús.

Quizás el trabajo más importante de reducción de canon en el siglo XX fue el realizado por Rudolf Bultmann. El programa de Bultmann de "desmitologizar" fue un intento de despojar al Nuevo Testamento de su capa mitológica para penetrar hasta el núcleo de la verdad que se oculta en su interior. Fue un intento de reconstruir la historia original extrapolada del *kerygma* o "mensaje". Bultmann declaró:

> El origen de los diversos temas se puede rastrear fácilmente en la mitología contemporánea de la apocalíptica judía y en los mitos de redención del gnosticismo. Hasta este punto *el kerygma es increíble* para *el hombre moderno, porque está convencido de que la visión mítica del mundo está obsoleta.* Por lo tanto, estamos obligados a preguntarnos si, cuando predicamos el Evangelio hoy, esperamos que nuestros conversos acepten no solo el mensaje del Evangelio, sino también la visión mítica del mundo en el que se sitúa. Si no, ¿encarna el Nuevo Testamento una verdad que es bastante independiente de su marco mítico? Si lo hace, la teología debe emprender la tarea de despojar al Kerygma de su marco mítico, de "desmitologizarlo". [10]

Bultmann se propuso liberar el evangelio atemporal de un marco mítico limitado en el tiempo. Buscó una teología de la atemporalidad, una teología que fuera relevante para el *hic et nunc.* Ofreció un canon de "aquí y ahora", que reducía el canon original mediante el método crítico radical de tijera y engrudo. Para que el evangelio sea relevante para el hombre moderno, dijo Bultmann, el intérprete debe llegar al texto con una "comprensión previa", un cierto *Vorverstandnis,* que Bultmann descubrió convenientemente en la filosofía de Martin Heidegger.

Para decirlo de otra manera, para que la gente moderna descubra algo significativo para la fe, debe acudir al texto de las Escrituras haciendo las preguntas correctas. Estas preguntas están formadas por las intuiciones captadas a través de la filosofía existencial. Para Bultmann, la salvación no está atada a los estratos de la historia sino que es *puntual.* No ocurre en el plano horizontal del tiempo y el espacio, sino que nos llega desde arriba en un momento de decisión.

En este esquema, el evangelio debe ser rescatado del universo de tres pisos de la cosmovisión bíblica, que presenta una tierra que está situada debajo del cielo arriba y el infierno abajo. El escribe:

> *El conocimiento y el dominio del mundo por parte del hombre* han avanzado hasta tal punto a través de la ciencia y la tecnología que ya no es posible que nadie sostenga seriamente la visión del mundo del Nuevo Testamento; de hecho, no hay nadie que lo haga. ¿Qué significado, por ejemplo, podemos atribuir a frases del credo como "descendió a los infiernos" o "ascendió al cielo"? ... Es imposible utilizar la luz eléctrica y la tecnología inalámbrica y valernos de los modernos descubrimientos médicos y quirúrgicos, y al mismo tiempo creer en el mundo de los espíritus y los milagros del Nuevo Testamento. Podemos pensar que podemos manejarlo en nuestras propias vidas, pero esperar que otros lo hagan es hacer que la fe cristiana sea ininteligible e inaceptable para el mundo moderno.[11]

Aquí nos encontramos con la reducción del canon con creces. GC Berkouwer comentó una vez acerca de la opinión de Bultmann de que la teología no podía hundirse más. Esta visión optimista del asunto revela que Berkouwer estaba leyendo la historia a través de lentes color de rosa. Hizo este comentario antes del movimiento teológico Muerte de Dios y el más reciente Seminario de Jesús, en el que la crítica bíblica degeneró en vandalismo bíblico.

Los escritos de Bultmann manifiestan un cambio en la atención de la autenticidad de libros específicos en el canon bíblico a la cuestión de la autenticidad del material dentro de ciertos libros a los que se les ha otorgado estatus canónico. El programa de Bultmann atacó la naturaleza *formal* del canon al atacar varias formas de literatura que se encuentran dentro del canon histórico.

Normalmente, las cuestiones planteadas por la alta crítica se consideran principalmente cuestiones de hermenéutica, no cuestiones de canonicidad. Pero la nueva hermenéutica está llena de implicaciones para el canon. El canon se reduce efectivamente no sustrayendo libros de la Biblia de una lista designada, sino eliminando el contenido de la Escritura con un trazo de la pluma hermenéutica. La hermenéutica de la Reforma se caracterizó por el principio normativo de la exégesis gramático-histórica. Pero una vez que el contenido de la Escritura fue arrancado de su marco histórico, esta norma quedó devastada.

La hermenéutica reformada representó un compromiso por buscar el significado "objetivo" del texto histórico. Bultmann evitó esta metodología, argumentando que la interpretación objetiva de la Biblia no solo no era posible, sino más importante, ni siquiera deseable. Desde su punto de vista, todo lo que obtendríamos con una lectura objetiva de las Escrituras sería un evangelio atado a una cosmovisión mitológica irrelevante.

La crisis del canon actual es una crisis de cosmovisión. Es el resultado de una lucha continua entre el naturalismo y el sobrenaturalismo. La hermenéutica moderna es un intento de recuperar un canon naturalista del mensaje de la Escritura concebido sobrenaturalmente. Todo lo que huela a algo sobrenatural queda descartado desde el principio. El nuevo "canon" es el canon rígido del naturalismo. Emil Brunner estaba en lo cierto cuando observó desde el principio que el verdadero problema al que nos enfrentamos en este debate es una crisis de incredulidad. El bultmannianismo y la teología posbultmanniana son un monumento a tal incredulidad en el que el "Cristo de la fe" tiene poco que ver con el Cristo de la historia o el Cristo del Nuevo Testamento.

Los círculos evangélicos no han escapado a las formas modernas de reduccionismo. La controversia sobre la infalibilidad del siglo XX no fue simplemente una guerra entre el modernismo y el fundamentalismo o entre el liberalismo y la ortodoxia. Llegó al núcleo del evangelicalismo mismo, ya que los evangélicos profesantes estaban muy divididos sobre la cuestión.

Una forma de reducción del canon surgió dentro de las filas de los evangélicos en formas a veces sutiles. Los conceptos de "inerrancia limitada" y la "visión orgánica de las Escrituras" efectuaron una reducción en la función normativa de las Escrituras. Por ejemplo, la afirmación histórica de que las Sagradas Escrituras son la "única regla infalible de fe y práctica" sufrió un cambio sutil en algunos sectores. La nueva expresión fue articulada por esta fórmula: "La Biblia es infalible solo en asuntos de fe y práctica". Estas fórmulas suenan muy parecidas, pero significan dos cosas muy diferentes. Para discriminar entre ellos, examinémoslos más de cerca:

Premisa A: La Biblia es la única regla infalible de fe y práctica.

Premisa B: La Biblia es infalible solo en asuntos de fe y práctica.

En la Premisa A, el término *sólo* es restrictivo respecto de las normas. Declara que solo hay una norma o regla que es infalible, a saber, la Biblia. Esto indica que la Biblia en su conjunto y en todas sus partes es una regla o norma infalible.

En la Premisa B, el término *solo* es restrictivo en un sentido muy diferente. Lo que está restringido aquí es el alcance de la infalibilidad dentro de la Biblia. Es decir, solo una parte de la Biblia es infalible, a saber, aquella parte de la Biblia que habla de asuntos relacionados con la fe y la práctica. Aquí tenemos un canon que se reduce a ese contenido de la Escritura que trata de cuestiones de doctrina y ética. Cuando la Biblia habla de otros asuntos, como la historia, por ejemplo, puede ser falible. Esto, por supuesto, tiene un gran impacto en las doctrinas mismas, pero a menudo se pasa por alto.

La segunda diferencia crítica en estas dos fórmulas puede verse en el uso que hacen de la frase “fe y práctica”. En la Premisa A, la frase “fe y práctica” define y delinea la vida del cristiano y la vida de la iglesia. ¿Qué más tiene el cristiano o la iglesia además de la fe y la práctica? Aquí fe y práctica se refieren a la suma de la vida cristiana. La premisa A significa entonces que tenemos una sola regla infalible que gobierna toda la vida.

La función de la frase “fe y práctica” es bastante diferente en la Premisa B. Aquí la fe y la vida son límites del alcance de la regla bíblica. Restringen la infalibilidad bíblica a ciertas porciones de las Escrituras que hablan de la fe y la práctica, reduciendo así el alcance de la regla canónica.

El verdadero canon de las Escrituras es la regla de Dios que contiene todo el consejo de Dios, nada menos y nada más. Cuando sustraemos de ese consejo, somos culpables de reduccionismo canónico. Quizás la sustracción práctica más común en nuestro tiempo dentro de la comunidad evangélica es la sustracción del Antiguo Testamento en general y de la ley de Dios en particular. La unión reformada de la ley y el evangelio casi ha sido destruida en el evangelicalismo moderno. Lutero y Calvino no fueron neonomianos que buscaron construir una nueva forma de legalismo. Eran feroces oponentes tanto del legalismo como del antinomianismo. Sin embargo, creían firmemente que toda la Escritura es reveladora. En cierto sentido, la Reforma fue testigo de un redescubrimiento del Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento revela el carácter de Dios. Aunque Calvino, por ejemplo, argumentó que ciertas porciones del Antiguo Testamento han sido abrogadas por su perfecto cumplimiento en Cristo, la ley aún tiene un papel saludable que desempeñar en la vida del cristiano. El famoso triple uso de la ley por parte de Calvino defendió esta tesis.

Quizás estemos viviendo en el período más antinómico en la historia de la iglesia. Es un momento en que la atención a la ley de Dios no se considera tan importante. Esta

representa una forma perniciosa de reduccionismo canónico. Como resultado, la regla misma de Dios mismo queda fuera de nuestra consideración.

ADICIÓN DE CANON

El canon de la Escritura es susceptible no sólo de reducirse sino también de aumentarse. Una forma burda de eso se lograría simplemente agregando libros a la lista de las Escrituras canónicas. Pocas personas, si es que hay alguna, están presionando para agregar escritos contemporáneos al Nuevo Testamento. Sin embargo, vivimos en una época en la que se hacen innumerables afirmaciones de nuevas revelaciones. La teología neopentecostal a menudo ve los mensajes entregados en lenguas o la expresión de "profecías" como nuevas formas de revelación. A veces, estas revelaciones se describen como revelaciones verdaderas pero no necesariamente normativas para la iglesia (a pesar de que a menudo contienen información que podría beneficiar a toda la iglesia). Si de hecho estas son nuevas revelaciones que tienen valor para la iglesia, nos preguntamos, ¿por qué no se agregarían al canon?

Las pretensiones de las revelaciones privadas son muchas. Pat Robertson ha recibido rutinariamente una "palabra de conocimiento" en la televisión nacional. Él dice que Dios revela enfermedades específicas de las personas que viven en varias partes de la nación mientras ora. Lo he visto decir cosas como: "Alguien en Topeka, Kansas, está siendo sanado de un bocio en este momento". Esto es algo asombroso. Aquí hay un hombre a cientos de millas de la escena que está recibiendo una revelación sobrenatural de la curación de una enfermedad específica en una ciudad específica. Pero lo que me desconcierta es la especificidad restringida de estas revelaciones. Se nombra la enfermedad y la ciudad, pero nunca el nombre y la dirección de la persona que se cura. En consecuencia, la profecía no puede ser ni verificada ni refutada.

Oral Roberts le dijo una vez a la nación que Dios le había revelado que le quitarían la vida si no recaudaba una gran cantidad de dinero en donaciones. Robert Tilton prometió a sus electores que les enviaría un mensaje especial de Dios si enviaban sus donaciones. Estas, por supuesto, son formas crudas de afirmaciones modernas de revelación adicional. Cómo estos reclamos pueden ser considerados por los crédulos es un asunto de consternación para mí.

Pero se vuelve más sutil. Escuchamos a líderes cristianos respetados que afirman que Dios les ha "hablado" y les ha dado orientación e instrucciones específicas que tienen el deber de obedecer. Tienen cuidado de notar que este discurso divino no fue en forma audible y hay un descargo de responsabilidad de que esta no es una nueva "revelación". Sin embargo, el mensaje

que está “puesto en el corazón” es tan claro y poderoso que desobedecerlo es desobedecer la voz de Dios. No me refiero aquí a la obra del Espíritu Santo, por la cual ilumina el texto de la Escritura de manera tan nítida como para convencernos o dirigir nuestros caminos; en tales tiempos, el Espíritu obra *en* la Palabra ya *través* de la Palabra. Estoy hablando de la voz del Espíritu que los hombres afirman que está obrando *aparte de* la Palabra y *además de* la Palabra.

Aunque tales afirmaciones a menudo van acompañadas del descargo de responsabilidad de que no son revelación, la forma en que *funcionan* es como revelación, de modo que la distinción entre ellas y la revelación fidedigna es, en realidad, una distinción sin diferencia.

CONCLUSIONES

Aunque estos son tiempos peligrosos para la iglesia con respecto a la función normativa de la Biblia en nuestras vidas, nos mantenemos optimistas sobre el futuro. Ese optimismo se basa en nuestra convicción de la providencia de Dios. Fue por Su singular providencia que la Biblia fue dada bajo Su supervisión y por Su inspiración. También fue por Su providencia que los libros originales de la Biblia fueron preservados y se les otorgó el estatus de canon. Es en la Providencia que confiamos para el futuro de la iglesia. La Confesión de Fe de Westminster declara: "Como la providencia de Dios, en general, alcanza a todas las criaturas; así, de la manera más especial, cuida de su iglesia y dispone todas las cosas para el bien de ella." 12 Que el canon se estableciera originalmente por un proceso de selección histórica, y lo llevaran a cabo seres humanos falibles e instituciones falibles, no es razón para excluir de nuestra consideración el papel de la providencia de Dios en estos asuntos.

Algunos en la tradición reformada han señalado una *providentia specialissima* (providencia especial) a este respecto. Abraham Kuyper se refirió particularmente a nuestra capacidad para rastrear el curso de la providencia en el establecimiento del canon. 13 Está la mano invisible de la Providencia en la historia de la iglesia junto con las promesas explícitas de las Escrituras con respecto a la iglesia y la propia Palabra de Dios que dan consuelo a nuestras almas mientras descansamos en la obra permanente de esa misma Providencia.

notas

1 Benjamin Breckinridge Warfield, *Revelation and Inspiration* (Grand Rapids: Baker, 1927), 451.

2 Ibíd.

3 Ibíd., 455.

4 GC Berkouwer, *De Heilige Schrift I* (Kampen: JH Kok, 1966), 89.

5 Everett F. Harrison, *Introducción al Nuevo Testamento* (Grand Rapids: Eerdmans, 1964), 112.

6 Citado en ibíd., 122.

7 RK Harrison, *Introducción al Antiguo Testamento* (Grand Rapids: Eerdmans, 1969), 262.

8 Francis Turretin, *Institutos de Teología Elenctic,* vol. 1, trad. George Musgrave Giger, ed. James T. Dennison Jr. (Phillipsburg, Nueva Jersey: P&R, 1992), 102.

9 Juan Calvino, *Institutos de la Religión Cristiana,* vol. 1, trad. Henry Beveridge (Grand Rapids: Eerdmans, 1969), 69.

10 Rudolf Bultmann, *Kerygma and Myth* (Nueva York: Harper & Row, 1961), 3.

11 Ibíd., 4-5.

12 Confesión de Fe de Westminster, V.7.

13 Berkouwer, *De Heilige Schrift* I, 93.

CAPÍTULO CUATRO

LA AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS

ÿ Derek WH Thomas ÿ De acuerdo con la Confesión de Fe de Westminster (1645), "El juez supremo por el cual se determinarán todas las controversias de religión, y todos los decretos de los concilios, opiniones de escritores antiguos, doctrinas de hombres y espíritus privados, deben ser examinados, y en cuya sentencia debemos descansar, no puede ser otro sino el Espíritu Santo hablando en la Escritura".[1] Más recientemente, el Consejo Internacional sobre la Inerrancia Bíblica, en su "Declaración de Chicago sobre la Inerrancia Bíblica" (1978), declaró como Artículo 1: "Afirmamos que las Sagradas Escrituras deben recibirse como la palabra autorizada de Dios".[2] El mismo concilio, en una declaración posterior titulada "La Declaración de Chicago sobre la Hermenéutica Bíblica" (1982), agregó: "Afirmamos que la autoridad normativa de las Sagradas Escrituras es la autoridad de Dios mismo, y está atestiguada por Jesucristo, el Señor de la Iglesia. Negamos la legitimidad de separar la autoridad de Cristo de la autoridad de la Escritura, o de oponer una a la otra".[3] Claramente, la afirmación de que la Biblia tiene autoridad es una característica central de la doctrina reformada y evangélica. Puede resumirse en el eslogan de la Reforma, *"sola Scriptura".*

Incluso si la Biblia no hiciera ningún reclamo en cuanto a su inspiración y consecuente infalibilidad/infalibilidad,[4] todavía se podría decir que la Escritura posee cierta autoridad en virtud tanto de su testimonio (único) de los eventos de la historia de la redención *como* de la tradición de varios miles de años, por la cual ha sido considerada como autoridad en asuntos de doctrina y práctica dentro de la comunidad de la iglesia. Incluso los liberales moderados, que no afirman una visión de la inspiración plenaria (verbal) de las Escrituras, admiten que la Biblia tiene[5] un papel único en la vida de la iglesia.

Sin embargo, la pretensión de la Biblia de ser la Palabra de Dios añade una dimensión de autoridad que va más allá del mero sentimiento o la tradición. Con esta afirmación, la Biblia reclama para sí misma la autoridad de Dios. Además, dado que la Escritura es dada por "inspiración de Dios", o más exactamente, es el producto de la "exterioridad" de Dios.

respirando” (2 Timoteo 3:16, *theopneustos),* la autoridad de la Biblia es comprensiva y total, hasta las mismas palabras. Esta es la opinión que la Biblia reclama de sí misma. Para citar a Juan Calvino en la edición final de sus Instituciones (1559), “La Escritura exhibe una evidencia tan clara de su propia verdad como lo hacen las cosas blancas y negras de su propio color, o las cosas dulces o amargas de su sabor... [A]quellos a quienes el Espíritu Santo ha enseñado interiormente descansan verdaderamente en las Escrituras, y esas Escrituras en verdad son autenticadas por sí mismas *[autopistón]”.* [6] Es por esta razón que el La Confesión de Westminster declara: “La autoridad de la Sagrada Escritura, por la cual se debe creer y obedecer, no depende del testimonio de ningún hombre o Iglesia; sino enteramente en Dios (que es la verdad misma) el autor de ella y por lo tanto, debe recibirse, porque es la Palabra de Dios”. [7]

El hecho de que la Biblia afirme para sí misma la inspiración divina plenaria y la consiguiente autoridad no significa que la naturaleza de esta autoridad sea evidente por sí misma. La posmodernidad, con su aversión a las afirmaciones de la verdad, ha llevado tanto al mundo moderno como (lamentablemente) a la iglesia a ver la autoridad de la Biblia de manera diferente; mientras que la idea de la autoridad y las Escrituras todavía se puede dar de boquilla, muchos ya no ven la autoridad de la Biblia como “más allá de refutación o la red más conservadora de adscripción acordada a la crítica”. [8] Incluso dentro de la infalibilidad/ significa el término *autoridad* infalibilidad de la Biblia, puede haber diferencias de opinión en cuanto a lo que En tiempos recientes, por ejemplo, se ha sugerido que el agnosticismo en cuanto a la historicidad de la persona llamada Job o la historia de Jonás tragando pescado es “aceptable” dentro de una confesión de la infalibilidad de la Biblia.

Además, ha surgido una hermenéutica posmoderna dentro del mismo evangelicalismo que sugiere que los mismos conceptos de *verdad* y *error* son inapropiados para abordar los géneros complejos de los textos antiguos y sus escritores. [9]

LA NATURALEZA DE LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA

Establecer el hecho de la autoridad de la Biblia es una cosa; preguntar precisamente cómo funciona esta autoridad es otra. Claramente, es insuficiente simplemente pronunciar que “Creo que la Biblia tiene autoridad para mí” sin especificar qué significa esa declaración. Hay que decir varias cosas en este punto.

Primero, la autoridad de la Biblia debe mantenerse dentro de un sentido adecuado de las características distintivas de las diversas épocas de la historia de la redención. Por ejemplo, como miembro de la comunidad del nuevo pacto, no estoy obligado por la prohibición de hervir un cabrito en la leche de su madre, aunque no esté dispuesto a hacerlo (Éxodo 23:19; cf. Marcos 7:19). ; Romanos 14:14). Esta prohibición pertenece a un período o contexto específico de la historia redentora. Sin embargo, aunque esta ley precisa ha sido abrogada por el amanecer del nuevo pacto, su autoridad no se ve disminuida por el hecho de que ha sido superada por eventos históricos dentro de la propia línea de tiempo de la Biblia. De manera similar, mantengo el cese de ciertos dones sobrenaturales con el fallecimiento de los apóstoles, pero estoy obligado por las restricciones que Pablo le impuso a la iglesia de Corinto con respecto a [10] El hablar en lenguas y ejercer el don de profecía (1 Corintios 12, 14). Los pasajes de 1 Corintios no son menos autorizados por el hecho de que los fenómenos que describen ya no están entre nosotros hoy.

Segundo, la autoridad de la Biblia debe mantenerse dentro de principios hermenéuticos sólidos. Por ejemplo, debe haber una apreciación clara de la diferencia entre lo descriptivo y lo prescriptivo. Aunque los miembros de la iglesia posterior a Pentecostés en Jerusalén vendieron todos sus bienes y renunciaron a sus derechos de propiedad privada, no estoy obligado a seguir su ejemplo (Hechos 2:44-45).
La Biblia *describe* con precisión e infalibilidad estas acciones de la iglesia primitiva para nuestra edificación, pero en ninguna parte *prescribe* que todas las iglesias hagan estas cosas en todo momento. Asimismo, el mandato de Jesús al joven gobernante rico de vender todos sus bienes y dárselos a los pobres no es un requisito universal para todos sus seguidores (Marcos 10:21). De manera similar, por muy tentador que pueda ser hacer un mandamiento universal de las palabras de Pablo a los corintios: "El primer día de la semana, cada uno de ustedes debe separar algo y almacenarlo, según pueda prosperar", el contexto se refiere claramente a la colecta de Paul para el alivio del hambre en

Jerusalén, como lo aclara el resto del pasaje: "para que no haya colecta cuando yo venga" (1 Cor. 16:2). El texto puede contener una guía universal para el efecto de las ofrendas semanales, pero aquí no se da un mandato específico que tenga importancia para todas las iglesias en todo momento y lugar. [11]

Tercero, la autoridad total en todo lo que enseña la Biblia supone una hermenéutica válida y consistente al interpretar la variedad de géneros contenidos en la Escritura (historia, poesía, parábola, proverbio, apocalipsis, evangelio, profecía, etc.).
Solo en la medida en que la Escritura se interprete correctamente se puede decir que tiene autoridad. Un ministro que vive en Mississippi, por ejemplo, puede reclamar la autoridad de la Biblia para mudarse y asumir un pastorado en Maine sobre la base de las palabras de Jeremías 3:12 ("Ve y proclama estas palabras hacia el norte, y di: ' Vuélvete, incrédulo Israel, declara el SEÑOR. No te miraré con ira, porque soy misericordioso, declara el SEÑOR; no estaré enojado para siempre.'"). Claramente, sin embargo, incluso si tal movimiento fuera parte de los propósitos de Dios para él, no podría reclamar este texto como la base de su autoridad para hacerlo. "La Escritura interpretada erróneamente ya no es la palabra de Dios, como lo subraya la confrontación de Jesús con Satanás en el desierto (Mat. 4:1ff.; Juan 10:34)." [12]

Se debe hacer referencia en este punto al relato bíblico de la creación en Génesis 1 y 2. La famosa y citada declaración de Calvino de que "el que quiera aprender astronomía y otras artes recónditas, que se vaya a otra parte", parece acertada aquí. [13] Estos capítulos no pretenden ser una guía para la física, la química o incluso la biología. Una cosa es argumentar, por ejemplo, que la palabra *día* (hebreo, *yom)* en Génesis se refiere al día solar de veinticuatro horas; otra es sugerir que el relato proporciona información científica sobre por qué una araña es diferente de una serpiente o revela detalles de los vínculos genéticos entre varias criaturas. Escritos como estos capítulos fueron para ayudar a un grupo de pastores nómadas en el desierto del Sinaí a celebrar la bondad del Creador, están (en la terminología de Calvino) en forma "acomodada" para apelar a las formas finitas, incluso infantiles, de nuestro pensamiento. y entendimiento. [14] Esto significa que cuando Génesis 1 y 2 hablan, no emplean el lenguaje técnico que encontraríamos en un libro de texto universitario sobre física nuclear o química orgánica. Esto de ninguna manera disminuye su autoridad, pero resalta para nosotros la necesidad de "usar bien la palabra de verdad" (2 Timoteo 2:15). El hecho de que la Biblia no tenga nada que decir específicamente sobre la fabricación de artilugios en una fábrica industrializada moderna no significa que un fabricante de artilugios deba perder la esperanza de utilizar la Biblia como una autoridad en la vocación que ha elegido. Por el contrario, la Biblia tiene muchas cosas generales que decir sobre el trabajo, entre ellas que todos los fabricantes de artilugios en todas partes deben hacer su trabajo de una manera ética y que honre a Dios. Todo lo que tal persona hace debe ser

influenciado por lo que la Biblia enseña acerca de la naturaleza de vivir para la gloria de Dios.

Cuarto, la Biblia tiene autoridad en todos los asuntos de fe y práctica. Esta es evidentemente la propia visión que la Biblia tiene de sí misma: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir y para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea competente, equipado para toda buena obra”. ” (2 Ti. 3:16-17). La naturaleza de la Biblia como la Palabra infalible de Dios es un corolario de su origen inspirado por Dios. Además, la Biblia se ve a sí misma como adecuada y suficiente para suministrar los materiales a partir de los cuales discernimos la doctrina y la ética.

Toda la verdad necesaria para la salvación en su sentido más completo se encuentra en las Escrituras. Igualmente, toda la verdad contenida en las Escrituras debe ser creída sin vacilación como una marca de nuestro discipulado. Algunas verdades están contenidas en un solo versículo de la Escritura. Por ejemplo, la deidad de Cristo se da en términos claros en la frase inicial del Evangelio de Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios” (Juan 1:1). Otras verdades se perciben a través de una formulación sistemática de muchos pasajes de las Escrituras. Por ejemplo, la doctrina de la Trinidad se considera verdadera porque la Biblia afirma que hay un solo Dios verdadero (Deut. 6:4), pero que más de una persona es Dios: el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios (respectivamente, Gal. 1:1; Heb.

1:1-12; Hechos 5:3-4). Todo lo que la Biblia enseña debe creerse sobre la base de que es la verdad revelada de Dios. Vincula la conciencia con la certeza epistémica. [15]

Pero la Biblia también proporciona una base para la autoridad ética: es útil “para redargüir, para corregir y para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:17).
Dondequiera que la Biblia emita mandamientos y prohibiciones, estamos bajo la obligación moral de obedecerlos porque provienen de Dios mismo. La Biblia se aplica a todas las situaciones éticas contemporáneas, y se pueden formular estándares autorizados sobre temas que no se encuentran específicamente en la Biblia (p. ej., investigación con células madre, clonación o eutanasia). Wayne Grudem escribe:

> Cuando no existe un equivalente moderno exacto para algún aspecto de un mandato (como, "honra al emperador" en 1 Pedro 2:17), entonces todavía estamos obligados a obedecer el mandato, pero lo hacemos aplicándolo a situaciones que son esencialmente similares a las que se encuentran en el NT. Por lo tanto, “honrar al emperador” se aplica a honrar al presidente o al primer ministro. De hecho, en varios de estos casos, el contexto inmediato contiene indicadores de aplicaciones más amplias (como 1 Pedro 2:13-14, que menciona estar sujeto a "toda institución humana", incluido el "emperador" y los "gobernadores" como

ejemplos concretos).[dieciséis]

De hecho, el trabajo de comprender el significado de las Escrituras no está terminado hasta que haya una “transferencia [de] lo que se ha aprendido del texto a la Iglesia que espera”, necesita”.[17][18] resultando en una “aplicación dinámica del texto al propio

LA VISTA DEL NUEVO TESTAMENTO DE LAS ESCRITURAS AUTORIDAD

¿Qué queremos decir cuando hablamos de la autoridad de la Biblia? Nada es más característico de la apelación del Nuevo Testamento al Antiguo Testamento como "Escritura" que la afirmación "escrito está" (gegraptai). [19] Además, el Nuevo Testamento se ve a sí mismo como a la par de los "escritos" del Antiguo Testamento (2 Pedro 3:15-16; Apocalipsis 1:3), en ninguna parte más impactante que las palabras de Pablo a los corintios: "las cosas que soy escribiros es mandato del Señor" (1 Co. 14:37). Que se debe considerar que tales escritos tienen una autoridad distintiva es evidente. Esto es más que la apelación ingenua a "Lo he leído en alguna parte y, por lo tanto, debe ser cierto". La frase "escrito está" significa que las palabras provienen de una fuente que reclama para sí la autoría divina y que la iglesia acepta como canónica. [20] No puede haber mayor autoridad que ésta. Resuelve toda discusión y silencia todo contraargumento. No es la autoridad del genio o del carisma lo que está a la vista aquí.

La autoridad de la Biblia se basa en su propia pretensión de ser la Palabra de Dios. Pero también se basa en la visión de Jesús de las Escrituras. Tomando solo una línea de pensamiento—la referencia en Juan 10:35 en el sentido de que "la Escritura no puede ser quebrantada"—vemos el punto de vista de Jesús sobre la autoridad de la Escritura (en este caso, el Antiguo Testamento) de una manera casi casual y fuera de lugar. manera manual. Desafiados por el hecho de que Él había estado haciendo las afirmaciones más asombrosas acerca de Sí mismo, los judíos lo acusaron de blasfemia. En respuesta, citó el Salmo 82:6, diciendo en efecto: "No siempre puede ser incorrecto atribuir el término *dios* a un hombre porque la Biblia misma hace esto con respecto a los antiguos gobernantes judíos". Jesús preguntó: "¿No está escrito en vuestra ley: 'Yo dije: dioses sois?'" y agregó: "La Escritura no puede ser quebrantada" (Juan 10:34-35). Su argumento era acerca de una sola palabra en el Antiguo Testamento *(dioses),* y señaló que el Antiguo Testamento no puede ser desgarrado o descartado de ninguna manera. Lo que es igualmente interesante es que ninguno de Sus detractores sugirió nada en contrario. La autoridad de una sola palabra en el Antiguo Testamento se consideraba inviolable.

Las palabras embrionarias de Jesús en la Gran Comisión en

Mateo 28:18—20. Los apóstoles aprendieron de Jesús mismo una sumisión incondicional a la Biblia. Entendieron que cuando Jesús les encargó ir por todo el mundo y proclamar un mensaje, debían enseñar y exigir el cumplimiento de “todo lo que os he mandado” (Mat. 28:20). Debían enseñar lo que Él les había enseñado. Estaban conscientes, por lo tanto, de que lo que escribieron era Escritura, en el mismo sentido y con la misma autoridad que las Escrituras del Antiguo Testamento, y que estaba destinado no solo a esa generación sino a toda la iglesia que estaba por venir.

En ninguna parte se ve con mayor fuerza la comprensión apostólica de la naturaleza del Nuevo Testamento que en las palabras de Pedro sobre los escritos de Pablo. En un contexto en el que Pedro admite que su colega a veces podía escribir de una manera que era “difícil de entender”, agrega la observación de que “los ignorantes e inconstantes tuercen [las palabras de Pablo] para su propia destrucción, como también las otras Escrituras. ” (2 Pedro 3:16). Uno podría haber esperado que Pedro dijera todo lo contrario en ese punto: que cuando Pablo se vuelve un poco obtuso, ya no está escribiendo bajo la inspiración del Espíritu. En cambio, y algo contradictorio, hace lo que es casi una declaración casual y descartable de que los escritos de Pablo deben ser vistos de la misma manera y con la misma reverencia que “las otras Escrituras” (el Antiguo Testamento).

CONCLUSIONES

La doctrina de la autoridad absoluta e indiscutible de las Escrituras es, al final, una cuestión cristológica. La pregunta que tenemos que hacernos es esta: ¿Estoy dispuesto a aferrarme a un punto de vista de las Escrituras diferente al que sostuvo Jesús? Dar una respuesta afirmativa es sugerir que Jesús estaba de alguna manera equivocado en su punto de vista sobre la autoridad de la Biblia. Es aferrarse a una visión *kenótica* de Jesús, una que sugiere que sus evaluaciones estaban gobernadas por la fragilidad de la percepción humana o que estaba tan sumergido en la cultura judía del primer siglo que simplemente era "un hombre de su tiempo". [21] De cualquier manera, no debemos confiar en Sus juicios como algo absolutamente cierto para todos los tiempos. El enorme problema con esta formulación es que nos deja inseguros de que *todo lo* que Jesús dijo fuera cierto en el sentido último, incluso acerca de Su misión como Salvador de los pecadores. Si Jesús está equivocado sobre un tema (la doctrina de la autoridad absoluta del Antiguo Testamento), bien puede estar equivocado sobre todo lo demás que dijo, incluidas declaraciones como: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14). :9), "Doy mi vida por las ovejas" (Juan 10:15), o "Nadie viene al Padre sino por mí" (Juan 14:6). Tal visión es desastrosa en todos los sentidos.

En última instancia, dado que nuestra salvación depende de nuestra visión de quién es Jesús, Su visión de las Escrituras debe ser la nuestra.

Además de la afirmación de Jesús sobre la naturaleza inquebrantable de lo que está escrito en las Escrituras, Él también nos proporcionó un entendimiento de la naturaleza de la autoridad de la Biblia al usarla en Su propia vida como Siervo del Señor.

Cuando, después de Su bautismo en el Jordán, se encontró con toda la fuerza de la tentación satánica en el desierto, en un estado físico y mental debilitado después de un ayuno de cuarenta días, respondió a las tres tentaciones citando las Escrituras, agregando la fórmula habitual , "Escrito está" (Mat. 4:4, 6, 7). No se encontró con Satanás en el desierto en el poder de Su condición exaltada como el Hijo del Hombre, sino en la humilde condición de Su humanidad. Él no usó poderes divinos para apagar "los dardos de fuego del maligno" (Ef. 6:16), sino la Biblia. Enfrentado con el epítome del mal en el asalto de Satanás, Jesús lo enfrentó en la debilidad de Su estado encarnado con el arma de la Escritura. La confianza de Jesús descansaba enteramente en el poder de las Escrituras: "Una pequeña palabra lo derribará" [22] Nuestra confianza debe descansar

ahí también.

notas

1 Confesión de Fe de Westminster, 1.10.

2 Véase Stephen Nichols y Eric T. Brandt, *Ancient Word, Changing Worlds: The Doctrine of Bible in a Modern Age* (Wheaton, Ill.: Crossway, 2009), 162.

3 Ibíd., 166.

4 Utilizo aquí los términos *infalibilidad* e *infalibilidad* como sinónimos, aunque estrictamente hablando no lo son. El primero se relaciona con la confiabilidad de las Escrituras y el segundo con su veracidad. Véase Carl FH Henry, "La autoridad de la Biblia", en *El origen de la Biblia,* ed. Philip Wesley Comfort (Wheaton, Ill.: Tyndale, 1992), 22. Harold OJ Brown define los términos de esta manera: "[La infalibilidad] define las Escrituras como fiables y fidedignas para aquellos que recurren a ellas en busca de la verdad de Dios... 'Inerrancia' es un concepto estrechamente relacionado.... Connota que la Biblia no contiene errores de hecho (errores materiales) ni contradicciones internas (errores formales). El concepto de infalibilidad se refiere al conocimiento personal de Dios y la seguridad de la salvación. La infalibilidad se relaciona más específicamente con la transmisión precisa de los detalles de la revelación". (Harold OJ Brown, "The Inerrancy and Infalibility of the Bible", en *The Origin of the Bible,* pág. 38). La naturaleza sinónima de la intención general de los conceptos de infalibilidad e infalibilidad ha sido desafiada a favor de adoptar la primera y rechazarla. este último. Véase A. T B. McGowan, *La autenticidad divina de las Escrituras: Recuperando una herencia evangélica* (Downers Grove, Ill.: IVP Academic, 2007). En su declaración final, McGowan señala lo siguiente: "La noción de infalibilidad... argumenta que las Escrituras son como Dios pretendía que fueran, pero que optó por usar autores humanos con todas las implicaciones de esa decisión. En otras palabras, argumentar que el único tipo de Biblia que Dios pudo darnos fue una con *autógrafos* infalibles es insostenible. Más bien, debemos tomar en serio la Biblia que Dios, de hecho, nos dio y permitir que los datos empíricos en lugar de las afirmaciones teológicas determinen nuestra doctrina de las Escrituras" (209).

Este punto de vista tiene implicaciones radicales para el concepto de autoridad. McGowan

expresa con preocupación, "si se demuestra que un nombre en una genealogía en 2 Crónicas está equivocado, toda la doctrina infalible de las Escrituras se derrumba, a pesar de las protestas en contrario, el hábil trabajo de pies y los argumentos poco persuasivos" (209). Su preocupación, por supuesto, está justificada: el punto de vista inerrantista requiere una falta total de error, ya sea pequeño o grande. Pero retirarse de la posición de infalibilidad no es la respuesta, porque los *autógrafos* bíblicos se muestran, bajo cualquier grado de escrutinio, sin error.

5 La inspiración verbal plenaria de las Escrituras afirma que la totalidad (en latín *plenus,* que significa "lleno") de las Escrituras (y todas sus palabras) es inspirada.

6 Juan Calvino, *Institutos de la Religión Cristiana,* ed. John T McNeill, 2 vols. (Filadelfia, Pensilvania: Westminster, 1960), 1:76, 80.

7 Confesión de fe de Westminster, I.4.

8 Véase David Wells, *God in the Wasteland* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1994), 25, 192-193, 212; *The Courage to* be Protestant (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 2008), 75-76). Desde Jacques Derrida y Jean-François Lyotard, la forma en que se ve el texto de las Escrituras *"como* texto" ha cambiado para siempre. Se considera que las palabras y las oraciones ya no poseen un significado rígidamente definible. Lo que significa un pasaje para uno puede diferir de lo que significa para otro. Cualquier concepto de autoridad dentro de estos parámetros está destinado a ser fluídico. Ver Nichols y Brandt, *Ancient Word, Changing Worlds: the Doctrine of Bible in a Modern Age,* 13-16.

9 Ver, por ejemplo, Peter Enns, *Inspiration and Encarnation: Evangelicals and the Problem of the Old Testament* (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2005). Enns, entre otras cosas, adopta un "modelo de encarnación" de las Escrituras, argumentando que así como Jesús abrazó "las trampas culturales del mundo en el que vivía", también debe hacerlo la Biblia. Lo que nos parece errores fácticos y conceptuales son, de hecho, formas culturales pertenecientes (en el caso de gran parte del Antiguo Testamento) al Antiguo Cercano Oriente. Para un análisis perspicaz (y crítico) del libro de Enns, véase GK Beale, *The Erosion of Inerrancy in Evangelicalism:*

Respondiendo a los nuevos desafíos a la autoridad bíblica (Wheaton, Ill.: Crossway, 2008).

10 Por supuesto, estoy obligado a mantener el orden que subraya las declaraciones específicas que hace Pablo de acuerdo con lo que parece ser un principio regulativo de la adoración.

11 Esto no quiere decir que la Biblia no ordene a los cristianos que provean para las necesidades de la iglesia semanalmente o que pasajes tan *descriptivos* como 1 Corintios 16:1-2 no se puedan usar para proporcionar pautas para la permanencia de la iglesia. utilizar.

12 Sinclair Ferguson, "¿Cómo se ve la Biblia a sí misma?" en *Inerrancia y hermenéutica: una tradición, un desafío, un debate,* ed. Harvie M. Conn (Grand Rapids, Michigan: Baker, 1988), 59.

13 Juan Calvino, *Comentario sobre Génesis,* trad. y ed. John King, 2 vols. (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1948), 1:79.

14 Para una evaluación del uso que hace Calvino de la idea de "adaptación", véase Ford Lewis Battles, "God Was Accommodating yourself to Human Capacity", en *Interpretation* 31 (1977), 19-38; David E Wright, "Revisión del alojamiento de Calvin", ed. Peter De Klerk, *Calvino como exégeta. Documentos ... Noveno Coloquio sobre Calvino y Calvin Studies Princeton Theological Seminary ... 20, 21 y 22 de mayo ... de 1995* (Grand Rapids, Mich.: Calvin Studies Society, 1995), 171-190.

15 Cfr . Confesión de Fe de Westminster, I.6: "Todo el consejo de Dios, concerniente a todas las cosas necesarias para Su propia gloria, la salvación del hombre, la fe y la vida, está expresamente establecido en las Escrituras, o *por consecuencia buena y necesaria puede deducirse* de Escritura: a la cual nada en ningún tiempo ha de añadirse, ya sea por nuevas revelaciones del Espíritu, o por tradiciones de los hombres" (énfasis añadido).

16 Wayne Grudem, “Artículo de revisión: ¿Deberíamos ir más allá del Nuevo Testamento hacia una mejor ética?” *Revista de la Sociedad Teológica Evangélica* 47, 2 (junio de 2004), 302-303.

17 Grant R. Osborne, *La Espiral Hermenéutica: Una Introducción Completa a la Interpretación Bíblica,* 2da Ed. (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2006), 410.

18 Walter C. Kaiser, *Hacia una teología exegética: Exégesis bíblica para la predicación y la enseñanza* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1981), 149.

19 Herman Ridderbos, *Studies in Bible and its Authority* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1978), pág. 21. Los pasajes son demasiado numerosos para citarlos aquí, pero van desde Mateo 2:5 hasta 1 Pedro 1:16.

20 Los desafíos académicos al concepto de canon por parte de Bart Ehrman y otros han influido significativamente en la discusión en curso sobre la autoridad de la Biblia. Véase, por ejemplo, Ehrman, *Misquoting Jesus: The Story Behind Who Changed the Bible and Why* (San Francisco: Harper One, 2005); *Jesús interrumpió* (San Francisco: Harper One, 2009). Consulte la respuesta de Ben Witherington en http://benwitherington.blogspot.com/2009/04/bart-interrupted-detailed-analysis of.html (consultado el 13 de abril de 2009). Aunque escrito antes de los desafíos de Ehrman, véase NB Stonehouse, "La autoridad del Nuevo Testamento", en *La palabra infalible: un simposio de los miembros de la facultad del Seminario Teológico de Westminster,* eds. NB Stonehouse y Paul Woolley (Phillipsburg, NJ: P&R Publishing, 1967 [1946]), 92-140.

21 Donald MacLeod, *Una Fe para Vivir: Entendiendo la Doctrina Cristiana* (Fearn, Ross-shire: Mentor, 1998), 9-36;

22 Del himno “Castillo fuerte es nuestro Dios”, de Martín Lutero (1529).



CAPÍTULO CINCO

LA SUFICIENCIA DE LA PALABRA ESCRITA

ÿ *John Mac Arthur* ÿ La tendencia a venerar la tradición es muy fuerte en la religión. El mundo está lleno de religiones que han seguido tradiciones establecidas durante cientos, incluso miles, de años. Las culturas van y vienen, pero la tradición religiosa muestra una asombrosa continuidad.

De hecho, muchas religiones antiguas, incluido el druidismo, las religiones de los nativos americanos y varios de los cultos orientales, evitaron los registros escritos de su fe y prefirieron transmitir sus leyendas, rituales y dogmas de boca en boca. Tales religiones suelen tratar su cuerpo de tradiciones como una autoridad *de facto* igual a los escritos sagrados de otras religiones.

Sin embargo, incluso entre las religiones del mundo que reverencian los escritos sagrados, la tradición y las escrituras a menudo se mezclan. Esto es cierto en el hinduismo, por ejemplo: los antiguos Vedas son las escrituras, pero las tradiciones transmitidas por los gurús completan la fe de la mayoría de los seguidores.

En efecto, la tradición se convierte en una lente a través de la cual se interpreta la palabra escrita. Por lo tanto, la tradición se erige como la más alta de todas las autoridades, porque ofrece la única interpretación autorizada de las Sagradas Escrituras.

Esta tendencia a ver la tradición como la autoridad suprema no es exclusiva de las religiones paganas. El judaísmo tradicional, por ejemplo, sigue el paradigma de las Escrituras más la tradición. Los libros familiares del Antiguo Testamento solo se consideran Escritura, pero la verdadera ortodoxia en realidad se define por una colección de antiguas tradiciones rabínicas conocidas como el Talmud. En efecto, las tradiciones del Talmud tienen una autoridad igual o mayor que la de las Escrituras inspiradas.

Este no es un desarrollo reciente dentro del judaísmo. Los judíos de la época de Jesús también colocaron la tradición en pie de igualdad con las Escrituras. Pero en realidad hicieron que la tradición fuera superior a la Escritura, porque la Escritura fue interpretada por la tradición y, por lo tanto, quedó sujeta a ella.

ENSEÑANDO COMO DOCTRINAS LOS PRECEPTOS DE

HOMBRES

Cada vez que la tradición se eleva a un nivel tan alto de autoridad, inevitablemente se vuelve perjudicial para la autoridad de las Escrituras. Jesús hizo este mismo punto cuando confrontó a los líderes judíos. Mostró que en muchos casos sus tradiciones en realidad anulaban las Escrituras. Por eso los reprendió con las más duras condiciones:

> Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está lejos de mí. Mas en vano me honran, enseñando como doctrinas preceptos de hombres.
>
> "Descuidando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres". También les decía: "Ustedes son expertos en dejar de lado el mandamiento de Dios para guardar su tradición. Porque Moisés dijo: 'Honra a tu padre ya tu madre'; y, 'El que hable mal del padre o de la madre, que se le dé muerte'; pero decís: 'Si un hombre dice a su padre o a su madre, todo lo que tengo que te ayudaría es Corban (es decir, dado a Dios),' ya no le permites hacer nada por su padre o su madre; invalidando así la palabra de Dios por vuestra tradición que habéis transmitido; y haces muchas cosas como esa." (Marcos 7:6-13)

Era inexcusable que la tradición fuera elevada al nivel de Escritura en el judaísmo, porque cuando Dios le dio la ley a Moisés, estaba escrita por una razón: hacerla permanente e inviolable. El Señor dejó muy en claro que la verdad que estaba revelando no debía ser manipulada, aumentada o disminuida de ninguna manera. Su Palabra era la autoridad final en todos los asuntos: "No añadirás ni quitarás de la palabra que yo te mando, para que guardes los mandamientos de Jehová tu Dios que yo te ordeno" (Deut.

4:2). Debían observar Sus mandamientos asiduamente, y no complementarlos ni abrogarlos por ningún otro tipo de "autoridad": "Todo lo que yo te mando, tendrás cuidado de hacerlo; no le añadirás ni quitarás" (Deuteronomio 12:32).

Así que la Palabra revelada de Dios, y nada más, era la autoridad suprema y única en el judaísmo. Esta sola fue la norma de la verdad que Dios mismo les entregó. Moisés recibió instrucciones de escribir las mismas palabras que Dios le dio (Ex. 34:27), y ese *registro escrito* de la Palabra de Dios se convirtió en la base del pacto de Dios con la nación (Ex. 24:4, 7). La Palabra escrita fue colocada en el arca del pacto (Deut. 31:9), simbolizando su suprema autoridad en la vida y el culto de los judíos para siempre. Dios incluso le dijo al sucesor de Moisés, Josué: "Sé fuerte y muy valiente; cuídate de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te desvíes de ella ni a la derecha ni a la izquierda, para que tengas éxito dondequiera que vayas. Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que cuides de hacer todo lo que en él está escrito" (Josué 1:7-8a).

Por supuesto, otros libros de las Escrituras inspiradas además de los escritos por Moisés se agregaron más tarde al canon judío, pero esta era una prerrogativa reservada solo para Dios. *Sola Scriptura ,* por lo tanto, se estableció en principio con la promulgación de la ley. Ninguna tradición transmitida de boca en boca, ninguna opinión rabínica, y ninguna innovación sacerdotal debía recibir autoridad igual a la Palabra de Dios revelada tal como está registrada en las Escrituras.

Agur entendió este principio: "Toda palabra de Dios es probada; Es escudo para los que en él se refugian. No añadas a sus palabras, no sea que te reprenda, y seas probado mentiroso" (Prov. 30:5-6).

Por lo tanto, las Escrituras iban a ser el único estándar por el cual se probaría a todos los que afirmaban hablar por Dios: "A la ley y al testimonio: si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (Es un.
8:20, NVI).

En resumen, la tradición no tenía un lugar legítimo de autoridad en la adoración de Jehová. Todo debía ser probado por la Palabra de Dios como está registrado en las Escrituras. Por eso la reprensión de Jesús a los escribas y fariseos fue tan dura.
Su misma fe en la tradición rabínica era en sí misma una grave transgresión de la alianza y los mandamientos de Dios (cf. Mateo 15:3).

EL AUGE Y LA RUINA DE LA CATÓLICA TRADICION

Desafortunadamente, el cristianismo a menudo ha seguido el mismo camino trágico que el paganismo y el judaísmo en su tendencia a elevar la tradición a una posición de autoridad igual o superior a la Escritura. La Iglesia Católica en particular tiene su propio cuerpo de tradición que funciona exactamente como el Talmud judío: es el estándar por el cual se debe interpretar la Escritura. En efecto, la tradición suplanta la voz de la Escritura misma.

¿Cómo pasó esto? Como James White ha demostrado en su capítulo, *"Sola Scriptura* y la iglesia primitiva", los primeros padres de la iglesia pusieron un fuerte énfasis en la autoridad de las Escrituras sobre la tradición verbal. Feroces debates se produjeron en la iglesia primitiva sobre asuntos tan cruciales como la deidad de Cristo, sus dos naturalezas, la Trinidad y la doctrina del pecado original. Los concilios de la iglesia primitiva resolvieron esas preguntas apelando a las Escrituras como la más alta de todas las autoridades. Los concilios mismos no emitieron simplemente decretos ex *cathedra ,* razonaron las cosas por medio de las Escrituras y dictaron sus fallos en consecuencia. La autoridad estaba en la apelación a las Escrituras, no en los concilios per se.

Desafortunadamente, la cuestión de la autoridad bíblica en sí misma no siempre estuvo claramente delineada en la iglesia primitiva y, a medida que la iglesia crecía en poder e influencia, los líderes de la iglesia comenzaron a afirmar una autoridad que no tenía base en las Escrituras. La iglesia como institución se convirtió, a los ojos de muchas personas, en la fuente de autoridad y el árbitro en todos los asuntos de la verdad. Comenzaron a apelarse más a la tradición que a las Escrituras. Como resultado, se canonizaron doctrinas extrabíblicas y se comenzó a afirmar como infaliblemente cierto un cuerpo de opinión que no encontró apoyo en las Escrituras.

La doctrina católica romana está plagada de leyendas, dogmas y supersticiones que no tienen ninguna base bíblica. Las estaciones de la cruz, la veneración de los santos y los ángeles, las doctrinas marianas como la Inmaculada Concepción, la Asunción corporal y la noción de que María es co-mediadora con Cristo, ninguna de esas doctrinas puede ser corroborada por las Escrituras. Son el producto de la tradición católica romana.

Oficialmente, la Iglesia Católica es muy directa acerca de su combinación de Escritura y tradición. El *Catecismo de la Iglesia Católica* (en adelante CCC, citas que se refieren a[1] números de párrafo en lugar de números de página) reconoce que la Iglesia Católica Romana "no deriva su certeza sobre todas las verdades reveladas solo de las Sagradas Escrituras. *Tanto la Escritura como la Tradición deben ser acogidas y honradas con iguales sentimientos de devoción y reverencia" (CIC* 82, énfasis añadido).

La tradición, según el catolicismo romano, es tanto "la Palabra de Dios" como las Escrituras. Según el *Catecismo,* la tradición y la Escritura "están íntimamente unidas y se comunican entre sí. Porque ambos, brotando de la misma fuente divina, se unen de alguna manera para formar una sola cosa y avanzar hacia la misma meta" (CIC 80). El "depósito sagrado de la fe", esta mezcla de Escritura y tradición, supuestamente fue confiada por los apóstoles a sus sucesores (CCC 84), y "La tarea de dar una interpretación auténtica de la Palabra de Dios, ya sea en su forma escrita o en forma de tradición, ha sido encomendada a la función viva y docente de la Iglesia solamente... Esto significa que la tarea de interpretación ha sido encomendada a los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma" (CIC 85).

El *Catecismo* se apresura a negar que esto haga que la autoridad docente de la iglesia (llamada Magisterio) sea superior a la Palabra de Dios misma (CCC 86). Pero luego advierte a los fieles que deben "leer la Escritura dentro de 'la tradición viva de toda la Iglesia'" (CCC 113). El *Catecismo* en este punto dice: "Según un dicho de los Padres, la Sagrada Escritura está escrita principalmente en el corazón de la Iglesia más que en documentos y registros, porque la Iglesia lleva en su Tradición el memorial vivo de la Palabra de Dios" (CCC 113) .

Entonces, en efecto, la tradición no solo se iguala a la Escritura, sino que se convierte en la verdadera Escritura, escrita no en documentos sino místicamente dentro de la iglesia misma. Y cuando la iglesia habla, su voz se escucha como si fuera la voz de Dios, dando el único sentido verdadero a las palabras de los "documentos y actas". Así, la tradición suplanta y reemplaza por completo a las Escrituras.

APOLOGÉTICA CATÓLICA MODERNA Y *SOLA ESCRITURA*

En otras palabras, la posición católica oficial sobre las Escrituras es que las Escrituras no hablan ni pueden hablar por sí mismas. Debe ser interpretado por la autoridad docente de la iglesia y a la luz de la "tradición viva". *De facto* esto dice que la Escritura no tiene autoridad inherente, pero como toda verdad espiritual, deriva su autoridad de la iglesia. Solo lo que dice la iglesia se considera la *verdadera* Palabra de Dios, el "Sagrado escrito principalmente en el corazón de la Iglesia en lugar de documentos Escritura ... y registros".

Esta posición obviamente castra la Escritura. Es por eso que la postura católica contra la *sola Scriptura* siempre ha planteado un gran problema para los apologistas católicos romanos. Enfrentados por un lado a la tarea de defender la doctrina católica y por otro lado deseando afirmar lo que la Escritura dice sobre sí misma, se encuentran ante un dilema. No pueden afirmar la autoridad de las Escrituras aparte de la advertencia de que la tradición es necesaria para explicar el verdadero significado de la Biblia. Claramente, eso hace de la tradición una autoridad superior.
Además, en efecto, hace que las Escrituras sean superfluas, porque si la tradición católica abarca y explica infaliblemente toda la verdad de las Escrituras, entonces la Biblia es simplemente redundante. Comprensiblemente, por lo tanto, *sola Scriptura* siempre ha sido un argumento muy eficaz para los defensores de la Reforma.

Así que no es difícil entender por qué los apologistas católicos han atacado la *sola Escritura* con venganza en los últimos años. Si pueden derribar esta única doctrina, todos los otros puntos de los reformadores caerán con ella. Porque bajo el sistema católico, cualquier cosa que diga la iglesia debe ser el estándar por el cual interpretar toda la Escritura. La iglesia, no las Escrituras escritas en "documentos y registros", define la verdad sobre la justificación por la fe, la veneración de los santos, la transubstanciación y una serie de otros temas que dividieron a los reformadores de Roma.

Para decirlo de otra manera, si aceptamos la voz de la iglesia como infaliblemente correcta, entonces lo que dice la Escritura sobre estas preguntas es, en última instancia, irrelevante. En la práctica, esto es precisamente lo que sucede. Para citar sólo un ejemplo, las Escrituras

muy claramente dice: “Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). No obstante, la Iglesia Católica insiste en que María es la “co-mediadora” de su Hijo. [2]

A los ojos de millones de católicos, lo que dice la iglesia es visto como la Palabra de Dios final y autorizada. 1 Timoteo 2:5 es así anulado por la tradición de la iglesia.

Como se señaló anteriormente, si Roma puede probar su caso contra la *sola Escritura,* anula todos los argumentos a favor de la Reforma de un solo golpe. Si ella puede establecer su tradición como una autoridad infalible, ningún simple argumento bíblico tendría efecto contra los dictados de la iglesia.

Por lo tanto, los apologistas católicos romanos modernos han montado un ataque cuidadosamente enfocado contra la *sola Escritura.* Con la esperanza de convertir la mayor fortaleza de la Reforma en un argumento en contra de la Reforma, han comenzado a argumentar que en realidad es posible desacreditar la *sola Scriptura* ¡usando solo las Escrituras! Esta línea de argumentación está siendo empleada ahora por los católicos contra el evangelicalismo en prácticamente todos los foros imaginables.

Por ejemplo, aquí hay algunos extractos de artículos publicados en Internet:

> La enseñanza protestante de que la Biblia es la única autoridad espiritual —sola *Scriptura*— no se encuentra en ninguna parte de la Biblia. San Pablo le escribió a Timoteo que la Escritura es “útil” (lo cual es un eufemismo), pero ni él ni nadie más en la Iglesia primitiva enseñó *sola Scriptura.* Y, de hecho, nadie lo creía hasta la Reforma. [3]

> La Biblia en ninguna parte enseña que es la única autoridad en materia de fe. De hecho, la Biblia enseña que la Tradición —las enseñanzas orales dadas por Jesús a los apóstoles y sus sucesores, los obispos— es una fuente paralela de fe auténtica. [Citas de 2 Tes. 2:15 y 1 Cor. 11:2 sigue]. [4]

Aquí hay ejemplos adicionales de libros de apologistas católicos:

> En ninguna parte [la Biblia] reduce la Palabra de Dios a las Escrituras solamente. En cambio, la Biblia nos dice en muchos lugares que la Palabra autorizada de Dios se encuentra en la iglesia: su tradición (2 Tes. 2:15; 3:6), así como su predicación y enseñanza (1 Pedro 1:25; 2 Pedro 1:20-21; Mateo 18:17).

> Por eso creo que la Biblia apoya el principio católico de *sola verbum* Dei, “la Palabra de Dios solamente” [con “Palabra de Dios” abarcando ambos

tradición y Escritura], en lugar del eslogan protestante, *sola Scriptura,* "Solo la Escritura". 5

La Biblia en realidad niega que sea la regla completa de la fe. Juan nos dice que no todo lo relacionado con la obra de Cristo está en las Escrituras (Juan 21:25), y Pablo dice que mucha enseñanza cristiana se encuentra en la tradición que se transmite de boca en boca (2 Timoteo 2:2). Él nos instruye a "mantenerse firmes y retenidos en las tradiciones que habéis aprendido, ya sea por palabra o por nuestra epístola" (2 Tes. 2:15). Se nos dice que los primeros cristianos "perseveraban en la doctrina de los apóstoles" (Hechos 2:42), que era la enseñanza oral dada mucho antes de que se escribiera el Nuevo Testamento, y siglos antes de que se estableciera el canon del Nuevo Testamento. 6

Finalmente, aquí hay ejemplos de un debate público sobre la cuestión de *sola Escritura:*

Sola Scriptura misma debe probarse solo con las Escrituras. Y si no se puede hacer, *sola Scriptura* es una proposición que se refuta a sí misma, y por lo tanto es falsa. 7

[En] 2 Tesalonicenses 2:15, Pablo ordena a la Iglesia que se mantenga firme y se aferre a las tradiciones que le han sido dadas, ya sea oralmente, habladas o por medio de una epístola de ellos. En otras palabras, la tradición es una categoría principal, y hay dos subconjuntos en una categoría: tradición oral, tradición escrita. Eso es lo que dice la Palabra de Dios. 8

Muchas de estas afirmaciones serán refutadas en otras partes de este libro. Mi enfoque principal será explicar los pasajes bíblicos citados en apoyo de la veneración católica de la tradición. Pero primero permítanme hacer una breve respuesta resumida a la esencia de todos estos argumentos.

LA SUFICIENCIA DE LAS ESCRITURAS

Es necesario entender lo que afirma y no afirma *sola Scriptura* . El principio de la Reforma de *sola Scriptura* tiene que ver con la suficiencia de las Escrituras como nuestra autoridad suprema en todos los asuntos espirituales. *Sola Scriptura* simplemente significa que toda la verdad necesaria para nuestra salvación y vida espiritual se enseña explícita o implícitamente en las Escrituras.

No es una afirmación de que toda la verdad de todo tipo se encuentra en las Escrituras. El defensor más ferviente de la *sola Scriptura* concederá, por ejemplo, que las Escrituras tienen poco o nada que decir sobre las estructuras del ADN, la microbiología, las reglas de la gramática china o la ciencia espacial. Esta o aquella "verdad científica", por ejemplo, puede o no ser realmente cierta, ya sea que las Escrituras las respalden o no, pero las Escrituras son una "Palabra más segura", que está por encima de todas las demás verdades en su autoridad y certeza. Es "más seguro", según el apóstol Pedro, que los datos que recopilamos de primera mano a través de nuestros sentidos (2 Pedro 1:19). Por lo tanto, la Escritura es la autoridad más alta y suprema sobre cualquier asunto del que habla.

Pero hay muchas preguntas importantes sobre las cuales las Escrituras guardan silencio. *Sola Scriptura* no afirma lo contrario. Tampoco *sola Scriptura* afirma que todo lo que Jesús o los apóstoles alguna vez enseñaron se conserva en las Escrituras. Solo significa que todo lo necesario, todo lo que obliga a nuestras conciencias y todo lo que Dios requiere de nosotros se nos da en las Escrituras (2 Pedro 1:3).

Además, se nos prohíbe añadir o quitar de la Escritura (cf. Deut. 4:2; 12:32; Apocalipsis 22:18-19). Añadirle es poner sobre las personas una carga que Dios mismo no quiere que lleven (cf. Mt. 23:4).

Por lo tanto, la Escritura es el estándar perfecto y único de la verdad espiritual, que revela infaliblemente todo lo que debemos creer para ser salvos y todo lo que debemos hacer para glorificar a Dios. Eso, ni más ni menos, es lo que significa *sola Scriptura* .

La Confesión de Fe de Westminster define la suficiencia de las Escrituras de esta manera: "Todo el consejo de Dios concerniente a todas las cosas necesarias para su propia gloria, la salvación del hombre, la fe y la vida, está expresamente establecido en las Escrituras, o por buenas y buenas consecuencia necesaria puede deducirse de las Escrituras: a las cuales nada en ningún momento debe ser añadido, ya sea por nuevas revelaciones del Espíritu, o por tradiciones de los hombres."[9]

Los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia Anglicana incluyen esta declaración sobre *sola Scriptura:* “Las Sagradas Escrituras contienen todas las cosas necesarias para la salvación: de modo que lo que no se lea en ellas, ni pueda probarse en ellas, no debe exigirse de ningún hombre, que debe creerse como un artículo de fe, o debe considerarse un requisito o necesario para la salvación”. 10 Entonces *sola Scriptura* simplemente significa que la Escritura es suficiente. El hecho de que Jesús hizo y enseñó muchas cosas que no están registradas en las Escrituras (Juan 20:30; 21:25) es totalmente irrelevante para el principio de *sola Scriptura.* El hecho de que la mayoría de los sermones reales de los apóstoles en las iglesias primitivas no fueron escritos y preservados para nosotros no disminuye la verdad de la suficiencia bíblica ni un poco. Lo que es seguro es que todo lo *necesario* está en las Escrituras, y se nos prohíbe “exceder lo que está escrito” (1 Cor. 4:6).

Como demuestran otros capítulos de este volumen, las Escrituras claramente reclaman para sí esta suficiencia, y en ninguna parte más claramente que en 2 Timoteo 3:15-17. Un breve resumen de ese pasaje es quizás apropiado aquí. En resumen, el versículo 15 afirma que la Escritura es suficiente para la salvación: “Las Sagradas Escrituras. . . pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”. El versículo 16 afirma la autoridad absoluta de la Escritura, que es “soplada por Dios” (griego, *theopneustos)* y útil para nuestra instrucción. El versículo 17 declara que la Escritura puede equipar al hombre de Dios “para toda buena obra”. Entonces, la afirmación de que la Biblia misma no enseña *sola Scriptura* es simplemente incorrecta.

¿CÓMO CONOCEMOS LA DOCTRINA DE LOS APÓSTOLES?

Ahora examinemos las Escrituras clave que cita Roma para tratar de justificar la existencia de la tradición extrabíblica. Dado que muchos de estos pasajes son similares, bastará con responder a los principales. Primero examinaremos los versículos clave que hablan de cómo se transmitió la doctrina apostólica, luego exploraremos qué quiso decir el apóstol Pablo cuando habló de "tradición".

2 Timoteo 2:2: "Lo que has oído de mí en presencia de muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros". Aquí el apóstol Pablo instruye a Timoteo, un joven pastor, a entrenar a otros hombres fieles para la tarea de liderazgo en la iglesia. No hay indicios de sucesión apostólica en este versículo, ni se sugiere que, al entrenar a estos hombres, Timoteo les estaría transmitiendo una tradición infalible con autoridad igual a la Palabra de Dios.

Por el contrario, lo que describe este versículo es simplemente el proceso del discipulado. Lejos de impartirles a estos hombres alguna autoridad apostólica que garantizara su infalibilidad, Timoteo debía elegir a hombres que habían demostrado ser fieles, enseñarles el evangelio y equiparlos en los principios del liderazgo de la iglesia que había aprendido de Pablo. Lo que Timoteo les iba a confiar era la verdad esencial que Pablo mismo había predicado "en presencia de muchos testigos".

¿Cuál era esta verdad? No fue una tradición no revelada, como la Asunción de María, que sería inaudita o discutida durante siglos hasta que un Papa declaró *ex cathedra* que era verdad. Lo que Timoteo iba a transmitir a otros hombres era la misma doctrina que Pablo había predicado ante "muchos testigos".
Pablo estaba hablando del evangelio mismo. Era el mismo mensaje que Pablo le ordenó a Timoteo que predicara, y es el mismo mensaje que se conserva en las Escrituras y es suficiente para equipar a todo hombre de Dios (2 Ti. 3:16-4:2).

En resumen, este versículo es completamente irrelevante para la afirmación católica de que la tradición recibida de los apóstoles es preservada infaliblemente por sus obispos. Nada en este versículo sugiere que la verdad que Timoteo enseñaría a otros hombres fieles sería

conservado sin error de generación en generación. De hecho, eso es lo que la Escritura dice de sí misma: "Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar" (2 Timoteo 3:16), pero tal afirmación *nunca* se hace para la tradición transmitida oralmente.

Como Timoteo, debemos guardar la verdad que nos ha sido confiada. Pero el único canon confiable, la única doctrina infalible, los únicos principios vinculantes y el único mensaje salvador es la verdad de las Escrituras inspirada por Dios.

Hechos 2:42: "Estaban continuamente dedicados a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión, al partimiento del pan y a la oración". Este versículo simplemente declara que la iglesia primitiva siguió las enseñanzas de los apóstoles como su regla de fe. Una vez más, este pasaje no dice nada acerca de la sucesión apostólica y no contiene ningún indicio de garantía de que "las enseñanzas de los apóstoles" serían preservadas infaliblemente a través de cualquier otro medio que no sea la Escritura.

Tenga en cuenta también que este versículo describe la actitud de los primeros *convertidos* al cristianismo. El "ellos" al comienzo del versículo se refiere al versículo 41 ya las tres mil almas que se convirtieron en Pentecostés. En su mayor parte, estos eran laicos de base. Su única fuente de doctrina cristiana (esto fue antes de que se escribiera nada del Nuevo Testamento) era la enseñanza oral de los apóstoles.

Este versículo es aún más irrelevante para la cuestión de la tradición infalible que 2 Timoteo 2:2. El único punto que afirma que está remotamente relacionado con el tema es que la fuente de autoridad para la iglesia primitiva era la enseñanza apostólica. Nadie que sostenga la doctrina de *sola Scriptura* discutiría ese punto. Explíquelo lo más claramente posible: los protestantes no niegan que la enseñanza oral de los apóstoles fuera una verdad autorizada e inerrante, obligatoria como regla de fe *para aquellos que la escuchaban.* Además, si hubiera promesas en las Escrituras de que las *palabras exactas* o *el sentido completo* del mensaje apostólico serían preservados infaliblemente de boca en boca por una sucesión ininterrumpida de obispos, estaríamos obligados a obedecer esa tradición como regla de fe.

La Escritura inspirada por Dios, sin embargo, nunca habla de ninguna otra autoridad inspirada por Dios; nunca nos autoriza a ver la tradición en un plano de autoridad igual o superior; y mientras hace la pretensión de infalibilidad por sí mismo, nunca reconoce ninguna otra fuente infalible de autoridad. Nunca se dice que la tradición de boca en boca sea *theopneustos,* inspirada por Dios o infalible.

¿A QUÉ TRADICIÓN MANDÓ PABLO ADHERIRSE?

Sin embargo, ya hemos notado que los apologistas católicos afirman que ven versículos en las Escrituras que otorgan autoridad a la tradición. Incluso las versiones no católicas de las Escrituras hablan de cierta “tradición” que debe ser recibida y obedecida con reverencia incondicional.

¿Qué hay de estos versos? Los protestantes a menudo las encuentran difíciles de explicar, pero en realidad presentan mejores argumentos contra la posición católica que contra la *sola Scriptura.* Examinemos los principales:

1 Corintios 11:2: “Ahora os alabo porque en todo os acordáis de mí, y os aferráis a las tradiciones, tal como os las entregué”.
Estas palabras de Pablo a los corintios hablan de tradición, ¿no es así?

Este versículo ciertamente *menciona* la tradición. Sin embargo, como suele ser cierto, el significado se vuelve claro cuando miramos el contexto. Al examinar el contexto, descubrimos que este versículo no ofrece apoyo alguno para la noción católica romana de tradición infalible.

En primer lugar, el apóstol no está hablando de una tradición transmitida a los corintios por otra persona de boca en boca. Esta “tradición” no es otra cosa que la doctrina que los corintios habían escuchado directamente de los propios labios de Pablo durante su ministerio en su iglesia. La palabra griega traducida como “tradiciones” es *paradosis,* traducida como “ordenanzas” en la versión King James. La raíz griega contiene la idea de *transmisión,* y la idea es doctrina que se transmitió por vía oral. En este caso, sin embargo, se refiere únicamente a la predicación del propio Pablo, no al informe de otra persona sobre lo que Pablo enseñó.

Los corintios habían tenido el privilegio de sentarse bajo el ministerio del apóstol Pablo durante un año y medio (Hechos 18:11), por lo que es irónico que de todas las iglesias descritas en el Nuevo Testamento, Corinto fuera una de las más problemáticas.
La primera epístola de Pablo a esta iglesia trata de una serie de problemas profundos relacionados con la disciplina y la práctica de la iglesia, incluyendo el pecado grave entre ellos, la desunión entre los hermanos, el desorden en las reuniones de la iglesia, los cristianos que se llevaban a los tribunales, el abuso de los dones espirituales. , y así. Segunda de Corintios es una

defensa extendida del ministerio de Pablo frente a la oposición y la hostilidad. Alguien en la iglesia, posiblemente incluso alguien a quien Pablo le había confiado una posición de liderazgo, evidentemente había fomentado una rebelión contra Pablo durante su larga ausencia.

Los corintios conocían a Pablo. Él había sido su pastor. Sin embargo, obviamente se estaban desprendiendo de las amarras que había establecido con tanto cuidado durante su pastorado allí. Lejos de ser instrumentos a través de los cuales la tradición de Pablo se preservaba y transmitía infaliblemente, ¡los corintios se rebelaban contra su apostolado! Por eso Pablo les animó a recordar lo que habían oído de él y seguirlo al pie de la letra. ¿Qué enseñó durante ese año y medio en medio de ellos? No tenemos forma de saberlo con precisión, pero tenemos todas las razones para creer que la sustancia de su enseñanza era la misma verdad que está registrada a lo largo de sus epístolas y en otras partes del Nuevo Testamento. Una vez más, sabemos con certeza que todo lo esencial para equipar completamente a los cristianos para la vida y la piedad fue preservado en las Escrituras (2 Timoteo 3:15-17; 2 Pedro 1:3). El resto no está registrado para nosotros, y nada en las Escrituras indica que se transmitió a través de la tradición oral, especialmente no a través de ningún medio que garantizara que sería inspirado e infalible.

1 Corintios 11:2 en particular no enseña tal cosa. No es más que la exhortación de Pablo a los corintios para que recuerden y obedezcan su enseñanza apostólica. Refleja la lucha personal de Pablo para proteger y preservar la tradición doctrinal que había establecido cuidadosamente en Corinto. Pero de nuevo, no hay implicación alguna de que Pablo esperara que esta tradición fuera preservada infaliblemente a través de cualquier medio inspirado que no sea la Escritura. Al contrario, Pablo se preocupó de que su ministerio entre los corintios resultara en vano (cf. 2 Co 6, 1).

2 Tesalonicenses 2:15: “Así que, hermanos, estad firmes y retened las tradiciones que habéis sido enseñadas, ya sea de boca en boca o por carta nuestra”. Este es quizás el verso favorito de los apologistas católicos cuando quieren apoyar la apelación católica a la tradición, porque el verso claramente delimita entre la palabra escrita y las “tradiciones” orales.

Una vez más, la palabra griega es *paradosis.* Claramente, el apóstol está hablando de doctrina, y no se puede discutir que la doctrina que él tiene en mente es una verdad autorizada e inspirada.

Entonces, ¿cuál es esta tradición inspirada que los tesalonicenses recibieron “por palabra de boca"? ¿No apoya este versículo bastante claramente la posición católica?

No, no lo hace. Una vez más, el contexto es esencial para una comprensión clara de lo que Pablo estaba diciendo. Evidentemente, los tesalonicenses habían sido engañados por una carta falsificada,

supuestamente del apóstol Pablo, diciéndoles que el día del Señor ya había llegado (2 Tes. 2:2). Aparentemente, toda la iglesia se había disgustado por esto, y el apóstol Pablo estaba ansioso por animarlos.

Por un lado, quería advertirles que no se dejaran engañar por la falsa "verdad inspirada". Así que les dijo claramente cómo reconocer una epístola genuina de él: sería firmada de su puño y letra: "Yo, Pablo, escribo este saludo de mi propia mano, y esta es una marca distintiva en cada letra; así escribo" (3:17). Quería asegurarse de que no fueran engañados nuevamente por epístolas falsificadas.

Pero aún más importante, quería que se mantuvieran firmes en la enseñanza que ya habían recibido de él. Ya les había dicho, por ejemplo, que el día del Señor sería precedido por una apostasía y la revelación del hombre de iniquidad. "¿No te acuerdas que cuando aún estaba contigo, te decía estas cosas?" (2:5). No había excusa para que se preocuparan por una carta falsa, porque ya habían escuchado la verdad real de su propia boca.

Ahora bien, nadie, ni siquiera el defensor más apasionado de la *sola Scriptura ,* negaría que Pablo les había enseñado a los tesalonicenses muchas cosas de boca en boca. Nadie negaría que la enseñanza de un apóstol conllevaba autoridad absoluta. El punto de debate entre católicos y protestantes es si esa enseñanza se ha preservado infaliblemente de boca en boca. Así que la mera referencia a la verdad recibida de primera mano del mismo Pablo es, de nuevo, irrelevante como apoyo a la posición católica.

Ciertamente, nada aquí sugiere que la tradición que Pablo entregó a los tesalonicenses haya sido preservada infaliblemente para nosotros en cualquier lugar excepto en las Escrituras mismas. De hecho, la idea central de lo que Pablo está escribiendo aquí es la antítesis del espíritu de la tradición católica romana. Pablo no está alentando a los tesalonicenses a recibir alguna tradición que les había sido entregada a través de informes de segunda o tercera mano. Al contrario, *les ordenaba recibir como verdad infalible sólo lo que habían oído directamente de sus propios labios.*

Pablo estaba muy preocupado por corregir la tendencia de los tesalonicenses a ser descarriados por epístolas falsas y tradiciones espurias. Desde el principio, los tesalonicenses no habían respondido al mensaje del evangelio tan noblemente como los de Berea, quienes "recibieron la palabra con gran solicitud, examinando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así" (Hechos 17:11).

Es muy significativo que los bereanos sean *elogiados* explícitamente por examinar el mensaje apostólico a la luz de las Escrituras. Tenían el derecho de prioridad: la Escritura es la regla suprema de la fe, por la cual todo lo demás debe ser probado. Inseguros de si podían confiar en el mensaje apostólico, que, por cierto, era tan inspirado, infalible y verdadero como las Escrituras mismas, los bereanos

borró todas sus dudas al verificar dos veces el mensaje con las Escrituras. ¡Sin embargo, los católicos romanos tienen prohibido por su iglesia adoptar tal enfoque! Se les dice que la iglesia a través de sus obispos imparte el único entendimiento verdadero e infalible de las Escrituras.

Por lo tanto, es inútil probar el mensaje de la Iglesia Católica por las Escrituras; porque si parece haber un conflicto—y no se equivoquen, hay muchos—Roma dice que sus tradiciones tienen más peso que la interpretación de las Escrituras por parte de sus críticos.

Lo que el apóstol les estaba diciendo a los tesalonicenses no se parecía en nada a lo que Roma les dice a los fieles católicos. Pablo estaba instando a los tesalonicenses a probar todas las afirmaciones de verdad con las Escrituras y con las palabras que habían escuchado personalmente de sus propios labios. Dado que las únicas palabras de los apóstoles que se conservan infaliblemente para nosotros se encuentran en las Escrituras, eso significa que nosotros, como los de Berea, debemos comparar todo con las Escrituras para ver si es válido.

Los apologistas católicos romanos protestan que solo una fracción de los mensajes de Pablo a los tesalonicenses se conservan en las dos breves epístolas que Pablo escribió a esa iglesia. Cierto, pero no podemos suponer que enseñó a los tesalonicenses las mismas verdades que se encuentran en generosa medida a lo largo de todas sus epístolas: la justificación solo por la fe, el verdadero evangelio de la gracia, la soberanía de Dios, el señorío de Cristo y una hueste de otras enseñanzas? El Nuevo Testamento nos da una teología cristiana completa. ¿Quién puede probar que se omite algo esencial?

Por el contrario, estamos seguros de que la Escritura es suficiente para la salvación y la vida espiritual (2 Timoteo 3:15-17). ¿Dónde sugiere alguna vez la Escritura que hay verdades no escritas que son necesarias para nuestro bienestar espiritual? Una cosa es cierta: las palabras en 2 Tesalonicenses 2:15 no implican tal cosa.

2 Tesalonicenses 3:6: "Ahora os mandamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que lleve una vida indisciplinada y no conforme a la tradición que recibisteis de nosotros". Este es el único otro versículo en todo el Nuevo Testamento donde Pablo usa las palabras *tradición* o *tradiciones* para hablar de la verdad apostólica que debe ser obedecida.

A estas alturas, el uso que hace Pablo de este término debería estar bien establecido. Esto *no puede* ser una referencia a la verdad transmitida de generación en generación. De nuevo, Pablo está hablando de una "tradición" recibida de él de primera mano.

Esta es la sección final de la epístola. Pablo está resumiendo. Y vuelve a subrayar la importancia de la enseñanza que los tesalonicenses habían recibido directamente de su boca. La "tradición" de la que habla aquí es una doctrina tan crucial que cualquier persona que se niegue a prestarle atención y a vivir de acuerdo con ella debe ser rechazada de la confraternidad.

¿Qué es esta "tradición"? ¿Es la teología mariana, dogma sobre la eficacia de

reliquias u otras enseñanzas exclusivas del catolicismo romano? En absoluto: es una doctrina apostólica sencilla y práctica, enseñada y vivida con el ejemplo mientras Pablo estaba entre los tesalonicenses. Pablo continúa definiendo específicamente qué "tradición" tiene en mente:

> No actuamos de manera indisciplinada entre vosotros, ni comimos el pan de nadie sin pagarlo, sino que con trabajo y fatiga trabajamos día y noche para no ser una carga para ninguno de vosotros; no porque no tengamos derecho a ello, sino para ofrecernos como modelo para vosotros, para que sigáis nuestro ejemplo. Porque aun cuando estábamos con vosotros, os solíamos dar esta orden: si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. Porque oímos que algunos de vosotros llevan una vida indisciplinada, sin hacer ningún trabajo, sino actuando como entrometidos. A tales personas les mandamos y exhortamos en el Señor Jesucristo a que trabajen tranquilamente y coman su propio pan. Pero vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien. (3:7b-13)

En otras palabras, Pablo estaba hablando de una doctrina sencilla y práctica sobre la mayordomía del tiempo propio, la responsabilidad del hombre de trabajar y mantener a su familia, y la disciplina personal en la vida diaria. Estas verdades ahora son parte de la Sagrada Escritura, en virtud de que Pablo las incluyó en esta epístola. Póngalos junto con todo lo demás que enseña el Nuevo Testamento y tendrá cada parte del mensaje apostólico que fue preservado infaliblemente para nosotros.

¿Es la suma de la verdad bíblica una regla de fe suficiente para el cristiano? Tenemos la propia seguridad de la Biblia de que lo es. Las Escrituras por sí solas son suficientes para llevarnos a la salvación y equiparnos completamente para la vida y la eternidad (2 Timoteo 3:15-17). Por lo tanto, podemos saber con certeza que cada aspecto *esencial* del mensaje apostólico está incluido en las Escrituras.

Note que Pablo claramente consideraba sus epístolas como Escritura inspirada y autorizada. Él encargó a los tesalonicenses con estas instrucciones: "Y si alguno no obedece nuestra instrucción en esta carta, mirad especialmente a ese hombre y no os asociéis con él, para que sea avergonzado" (2 Tesalonicenses 3:14).).

CONCLUSIONES

Así que las palabras escritas de la Escritura son vinculantes. La predicación apostólica era igualmente vinculante *para aquellos que la escuchaban de boca de los propios apóstoles.* Más allá de eso, la Escritura no pone ninguna carga sobre los hombros de nadie. Pero, gracias a Dios, Su propia Palabra nos asegura que la Escritura es completamente suficiente para llevarnos a la salvación y equiparnos espiritualmente para todo lo que Dios exige de nosotros.

Ningún hombre, ninguna iglesia, ninguna autoridad religiosa tiene autorización de Dios para aumentar la Palabra inspirada de la Escritura con tradiciones adicionales o para alterar el sentido simple de la misma al someterla a los rigores de un significado "tradicional" que no se encuentra en la Palabra misma. . Hacer eso es claramente invalidar la Palabra de Dios—y sabemos lo que nuestro Señor piensa de eso (Mat. 15:6-9).

notas

1 Liguori, Missouri: Publicaciones de Liguori, 1994.

2 De los documentos del Vaticano II, *Lumen Gentium,* 62.

3 De un artículo de George Sim Johnston publicado en la Red de Información Católica.

4 De un tratado publicado por Catholic Answers.

5 Scott Hahn, *Rome Sweet Home* (San Francisco: Ignatius, 1993), 74.

6 Karl Keating, *Catolicismo y Fundamentalismo* (San Francisco: Ignatius, 1993), 136.

7 Patrick Madrid, en un debate con James White. Se puede acceder a una transcripción de este debate en http://vintage.aomin.org/SANTRAN.html. Puede obtener información sobre cómo solicitar una grabación de este debate escribiendo a Alpha and Omega Ministries, PO Box 37106, Phoenix, *AZ* 85069.

8 Ibíd.

9 Confesión de fe de Westminster, I.6.

10 Los Treinta y Nueve Artículos, Artículo 6.

CAPÍTULO SEIS

ESCRITURA Y TRADICIÓN

- *Sinclair B. Ferguson* - Las famosas Noventa y cinco tesis de Martín Lutero provocaron un incendio religioso en Europa que la Iglesia Católica Romana no pudo extinguir. El conflicto teológico que siguió a menudo se ha caracterizado por centrarse en los cuatro "solos" de la Reforma: *sola gratia, solo Christo, sola fide, sola Scriptura :* la salvación es solo por gracia, solo en Cristo, solo por fe y todo eso. es necesario para la salvación se enseña solo en las Escrituras. Cada uno de estos principios, y ciertamente los cuatro juntos, sirvieron como un canon por el cual la enseñanza de la Iglesia Católica Romana fue evaluada y encontrada deficiente.

En estos grandes lemas, los sustantivos —gracia, Cristo, fe, Escritura— fueron y son de gran importancia. Pero en cada caso la calificación *sola* (solamente) fue y es en cierto modo aún más significativa. Roma siempre había enseñado que la salvación era por gracia a través de la fe en Cristo, y siempre había sostenido que la Biblia era la Palabra de Dios, pero nunca *sola.* Hablar de *sola Scriptura* casi siempre ha sido visto en Roma como una receta para la anarquía espiritual en la que cada uno crearía para sí mismo un mensaje personalizado de la Biblia. La única salvaguardia contra esto era la tradición viva de la iglesia, que se consideraba un canal separado de la revelación divina.

Los niveles de alfabetización eran bajos en la Edad Media (antes de la imprenta, un desarrollo del Renacimiento que provocó un acceso generalizado a la Biblia). Pero esto por sí solo no explica las historias de terror de la Reforma sobre la ignorancia bíblica a gran escala entre los sacerdotes y el pueblo. Sin embargo, sería poco caritativo extrapolar desde esos días oscuros hasta el día de hoy como si no se hubieran producido contrarreformas dentro del catolicismo en el ínterin. Y los protestantes también deben reconocer que se ha desarrollado un interés generalizado en la Biblia dentro de la Iglesia Católica Romana en el siglo pasado.

¿Será entonces que ahora nos enfrentamos a una nueva situación en el catolicismo romano? Después de todo, las Biblias “comunes” se publican por primera vez desde la Reforma. Además, no sólo dentro del Consejo Mundial de Iglesias (en gran parte

dominado por la teología liberal), pero también dentro del evangelicalismo, se ha visto posible un acercamiento sustancial en nuestro propio tiempo. Por lo tanto, es oportuno preguntar: ¿Ha sucedido algo sin precedentes dentro de la interpretación de la Biblia por parte del catolicismo romano para que las viejas diferencias puedan, por fin, ser superadas?

Entre el Concilio Vaticano I (1870) y la publicación de la importante obra de la Pontificia Comisión Bíblica *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993), el Magisterio Romano publicó una serie de declaraciones significativas sobre la naturaleza, interpretación y papel de la Biblia. en la iglesia.

Estos comenzaron en el siglo XIX en la crisis generalizada de la fe creada por el efecto del pensamiento de la Ilustración y, posteriormente, por la embestida del humanismo científico que encontró su ímpetu en el evolucionismo naturalista.

Los pronunciamientos han seguido apareciendo hasta el día de hoy, cuando el Vaticano ha buscado casar los métodos histórico-críticos contemporáneos de interpretación bíblica con los antiguos dogmas de la iglesia. Cada una de estas declaraciones tiene interés por sí misma; juntos marcan un desarrollo que ha sido significativo para el trabajo de un gran número de eruditos bíblicos católicos romanos.

La historia de este desarrollo no es muy conocida entre los protestantes. De hecho, probablemente la mayoría de los católicos romanos no estén familiarizados con él. Vale la pena narrarlo, al menos a grandes rasgos.

DESARROLLOS EN ROMA

En 1893, el Papa León XIII publicó la Carta Encíclica *Providentissimus Deus.* Fue el primer intento de gran alcance de la Iglesia Romana de abordar específicamente el impacto de las metodologías críticas que habían llegado a caracterizar la erudición teológica en la última parte del siglo XIX. Estas metodologías trataron la Biblia como un texto antiguo del Cercano Oriente y la evaluaron desde el punto de vista de la investigación histórica crítica y el desarrollo lingüístico y religioso. En términos teológicos sofisticados, se exploró la “humanidad” de las Escrituras (y, de hecho, su divinidad fue ignorada y negada cada vez más).

En este contexto, en el que la idea de la evolución humana jugó un papel importante, *Providentissimus Deus* insistió en un antiguo principio de la ortodoxia cristiana: si Dios es Autor tanto de la naturaleza como de la Escritura, estos dos “libros” de la revelación divina deben estar en armonía unos con otros. La encíclica enfatizó que, por lo tanto, no podría haber un conflicto final entre la Biblia y las ciencias naturales o la investigación histórica. Instó tanto a los teólogos como a los científicos a respetar los límites de sus propias esferas. Además, a los exegetas bíblicos que emplearon los frutos de los estudios científicos e históricos seculares se les aconsejó que recordaran la importancia de la *analogia fidei* (analogía de la fe): las Escrituras siempre deben interpretarse de acuerdo con la regla de fe apostólica a la que la iglesia se suscribió. . Por lo tanto, la última palabra sobre lo que enseñaba la Biblia recaía en el Magisterio Romano.

Providentissimus Deus se caracterizó así por un carácter conservador (algunos habrían dicho “reaccionario”), expresado particularmente en sus críticas negativas a la forma en que se estaban utilizando los principios histórico-críticos. La preocupación subyacente de la encíclica era que las metodologías críticas resultarían perjudiciales para la fe de la cual la iglesia estaba llamada a ser guardiana, no destructora.

Cincuenta años después, el rostro de Europa había cambiado drásticamente. La Gran Guerra se había librado entre 1914 y 1918 y la Segunda Guerra Mundial de 1939 a 1945 estaba en pleno curso. El optimismo fuera de lugar y antropocéntrico de la teología liberal decimonónica se había derrumbado, hecho añicos ante la enormidad de la necesidad humana; la noción de que la humanidad estaba evolucionando de una condición moral más baja a una más alta había

recibido un golpe vergonzoso. El "evangelio" de la paternidad universal de Dios y la hermandad del hombre quedó expuesto en toda su pobreza inherente.
Surgió un nuevo sentido de necesidad de alguna palabra poderosa de Dios. En el protestantismo surge la "teología de la crisis" y comienza a agitarse lo que se conoció como "teología bíblica".

También se habían producido desarrollos significativos dentro del mundo de la erudición bíblica católica romana. A raíz de *Providentissimus Deus,* León XIII creó la Pontificia Comisión Bíblica en 1902. Sus primeras respuestas *(responsa)* a cuestiones de interpretación bíblica se caracterizaron por una reacción negativa a la alta crítica. Pero a su debido tiempo (se reorganizó por completo en 1971 tras el Concilio Vaticano II) resultaría ser la punta de lanza de la nueva forma de leer la Biblia.

En 1943, Pío XII publicó su Carta Encíclica *Divino Afflante Spiritu.* Fue promulgada durante la Segunda Guerra Mundial, pero no fue hasta el cambio de década que comenzó a sentirse todo su impacto. Esta vez se golpeó una nota más positiva. Por un lado, los eruditos bíblicos católicos romanos se liberaron en gran medida de la carga que la iglesia había llevado durante siglos: el uso de la Vulgata (la traducción latina de la Biblia de Jerónimo). Había sido considerado como el texto autorizado para uso eclesiástico desde la época del Concilio de Trento (e incluso en 1943 se declaró "libre de todo error en materia de fe y moral").

De una manera que recuerda a los humanistas del Renacimiento, con el lema *ad fontes* ("volver a las fuentes originales"), los eruditos católicos romanos ahora disfrutaban de una nueva libertad y un nuevo ímpetu para adquirir y emplear experiencia en los idiomas bíblicos para permitir una verdadera comprensión del texto de la Escritura. Se reconoció un nuevo valor en el uso de herramientas tales como la crítica textual, literaria y de formas.
Se afirmó la importancia de la historia, la etnología, la arqueología, "y otras ciencias". Se debía buscar el "verdadero significado", de hecho, el llamado "sentido literal" de la Escritura, así como el "significado espiritual". Las formas precríticas de leer la Biblia fueron reemplazadas ampliamente (pero no del todo) con el nuevo enfoque.
Se hizo una clara distinción entre el "significado" del texto original y la aplicación contemporánea ("significado") del mismo. Los principios de interpretación que durante mucho tiempo habían sido familiares para los protestantes ahora se reconocían cada vez más como esenciales para una exégesis bíblica adecuada. El método histórico-crítico había venido para quedarse.

Todo esto fue alentado (difícilmente podría haberse evitado, pero el genio de Roma, a diferencia de Wittenberg y Ginebra, siempre ha sido su capacidad para mantener unidas las tendencias opuestas). El principio subyacente era que las Escrituras no pueden ser acusadas de error. Se sostenía que los supuestos errores en las Escrituras podían resolverse mediante una lectura correcta del texto. Cualquier tensión entre las Escrituras y

la "realidad" siempre podría resolverse a favor de la integridad bíblica. La armonización era una clave esencial para leer la Biblia como católico moderno.

Los tiempos cambian, y nosotros cambiamos con ellos. La segunda mitad del siglo XX vio un movimiento continuo en la erudición bíblica católica romana. Esto no fue sin derramamiento de sangre eclesiástico (en un momento, a los profesores del Pontificio Instituto Bíblico se les prohibió enseñar). Pero el resultado general ha sido que algunos de los estudios bíblicos más eruditos publicados durante este período llevan el imprimatur *nihil obstat,* que los identifica como el trabajo de eruditos católicos romanos que ha sido declarado "libre de error doctrinal o moral".

La expresión sucinta más reciente de este desarrollo se puede ver en la declaración de la Pontificia Comisión Bíblica sobre interpretación bíblica, publicada en 1993. Aquí los frutos de la erudición crítica dentro del contexto de la tradición de la iglesia fueron calurosamente recibidos. De hecho, sorprendentemente, en vista de la importancia del principio de armonización a toda costa que caracterizó los pronunciamientos católicos romanos anteriores, fue de un enfoque fundamentalista de estilo protestante de las Escrituras que la iglesia parecía haberse vuelto más crítica, y quizás más temerosa.

Pero, ¿por qué este desarrollo desde 1870 debe ser de interés para los cristianos protestantes? La razón se encuentra en la superficie de gran parte de la mejor erudición bíblica católica. Hay, en nuestros días, un claro reconocimiento en la erudición bíblica católica romana de que hay un abismo, o al menos una distancia, entre lo que dice el texto de las Sagradas Escrituras y la enseñanza de la sagrada tradición de la iglesia. También se reconoce que las palabras de Jesús registradas en Juan 16:12-15, a menudo tomadas como una promesa específica que garantiza la verdad y la infalibilidad de la tradición sagrada, no se refieren en absoluto a tal tradición.[1] Por necesidad, por lo tanto, algunos intérpretes católicos romanos de las Escrituras han tenido que desarrollar una visión novedosa de la relación entre las Escrituras y la tradición para mantenerlas unidas: la tradición se suma a las Escrituras, pero las Escrituras están "abiertas" a la tradición.

¿Se puede ilustrar fácilmente esta afirmación con la erudición bíblica católica romana?

En la discusión crítica, siempre es una gran tentación tratar los ejemplos más extremos del punto de vista de la oposición como si fueran representativos. Esa es una táctica indigna, que a menudo simplemente endurece los prejuicios de ambos lados. En este contexto, sin embargo, el punto puede ilustrarse fácilmente no a partir de los peores ejemplos históricos de interpretación bíblica católica romana, sino —aunque a partir de una muestra necesariamente limitada— por lo que se considera ampliamente como lo mejor.

UN ERUDIGO CATÓLICO ROMANO EN EL LIBRO DE ROMANOS

Sería difícil encontrar una mejor ilustración del nuevo enfoque de la Biblia en el catolicismo romano que el reciente comentario ampliamente aclamado sobre Romanos de Joseph A. Fitzmyer. El profesor Fitzmyer es un destacado erudito católico romano cuyas dotes académicas sobresalientes impregnan su comentario de casi 800 pág
Si bien a menudo es cierto en materia de comentarios que “la carne de un hombre es veneno para otro”, es imposible imaginar a cualquier estudiante de las Escrituras que no obtenga un beneficio considerable de la erudición y el estímulo del trabajo de Fitzmyer. Raymond E. Brown, el destacado erudito católico estadounidense juanino, describe a Fitzmyer como “el erudito del N[uevo] T[estamento] más erudito en la escena católica estadounidense”. – En otra parte, dice del trabajo de Fitzmyer sobre Romanos que "puede presumir de ser el mejor comentario sobre Romanos en inglés".[3] Incluso aquellos que podrían otorgar la palma a alguien que no sea Fitzmyer reconocen el valor del elogio.

Pero es precisamente *por* la calidad de este comentario que su contenido es tan significativo. El deseo de una exégesis cuidadosa junto con la fidelidad al Magisterio de la iglesia lleva a Fitzmyer (un jesuita) a afirmar, aunque con la debida sensibilidad y discreción, que la enseñanza de las Escrituras no puede identificarse *simpliciter* (“directamente”) con las enseñanzas del tradición sagrada.
Las siguientes ilustraciones subrayarán esto.

En un extenso capítulo introductorio sobre la teología paulina, Fitzmyer incluye un ensayo sobre la fe. En la teología desarrollada del período medieval, los teólogos habían hablado y escrito mucho sobre la *fides caritate formata,* que justificaba la fe que era “fe formada por el amor”. Esto, no "solo la fe", justifica, dijeron. Esta opinión fue confirmada en el Concilio de Trento.

Muchas de las declaraciones de Trento revelan malentendidos de la enseñanza de Lutero y los otros reformadores; sin embargo, su enseñanza a este respecto tiene la clara intención de rechazar los principios que los reformadores consideraban centrales para el evangelio. El *Decreto sobre la Justificación* de Trento dice así: “Si alguno dijere que los hombres son justificados, ya sea por la sola imputación de la justicia

(justitia) de Cristo o por la sola remisión de los pecados, con exclusión de la gracia y la caridad que es derramada en sus corazones por el Espíritu Santo y es inherente a ellos; o incluso que la gracia por la cual somos justificados es sólo el favor de Dios, sea anatema.” [4]

El gran temor de Roma siempre ha sido que la *sola fide* engendrara antinomianismo y licencia moral. Los cristianos, se sostenía, estaban preservados de esto por el hecho de que la justificación tiene lugar a través de la fe que se forma por el amor; es decir, la justificación involucra la transformación personal.

Pero, comenta Fitzmyer, la noción de fe de Pablo que "florece" en amor es distinguirse de esta *fides caritate formata:*

> Esa es una transposición filosófica de la enseñanza paulina—aceptable o no dependiendo de si uno está de acuerdo con la filosofía involucrada—pero la genuina idea paulina de “la fe que se manifiesta a sí misma a través del amor” está implícita en Romanos— que no equipara la fe (es decir, justificación, salvación) al amor, aunque reconoce la necesidad de que los dos trabajen en tándem. [5]

Aquí hay un reconocimiento importante del hecho de que debemos distinguir entre lo que la tradición ha dicho y lo que las Escrituras realmente afirman. La idea de que la fe y el amor son instrumentos en la justificación no puede leerse fuera del texto como tal. No es parte de la exégesis de las palabras de Pablo.

Nótese, sin embargo, que Fitzmyer es cuidadoso en sugerir solamente que hay distancia entre lo que Pablo afirma y lo que dice la tradición. No afirma que haya ninguna contradicción necesaria entre la Escritura y la tradición.

Más es seguir. Al comentar sobre un pasaje central relacionado con la controversia de la justificación, Romanos 3:21-26, Fitzmyer afirma que Pablo formula “tres, o posiblemente cuatro, efectos del evento de Cristo [es decir, la obra de Cristo]...: justificación, redención , expiación, y posiblemente perdón”, y agrega: “Es importante reconocer que tales efectos del evento de Cristo se apropian a través de la fe en Cristo Jesús, y solo a través de la fe. Es el medio por el cual los seres humanos experimentan lo que Cristo ha hecho”. [6]

Una vez más, el texto paulino debe leerse en sus propios términos sin recurrir a los desarrollos pospaulinos en la iglesia. Fitzmyer sabe que dentro de la iglesia siempre ha habido quienes han leído las palabras de Pablo como implicando el principio de *sola fide.*

Sin embargo, sería bastante erróneo (de hecho ingenuo), leer este distanciamiento de los pronunciamientos de la iglesia de las declaraciones del texto bíblico como una capitulación a la exposición protestante. De hecho, Fitzmyer le da el mismo cuidado a

articulando la diferencia entre el texto y la forma en que ha sido interpretado dentro de los círculos protestantes.

Dentro de una página de la cita anterior encontramos al profesor Fitzmyer rechazando la interpretación de un erudito protestante sobre la base de que “esa lectura introduciría una distinción anselmiana en el texto paulino, lo que no garantiza Pero incluso aquí la [7] eso.” preocupación es permitir que Pablo hable por sí mismo a diferencia de leerlo a través de los ojos de la construcción de una tradición posbíblica (en este caso, una que también apelaba al protestantismo). Sea precisa o no la crítica de Fitzmyer, lo que a primera vista es notable es la forma en que su reconocimiento del énfasis de Pablo en el papel único de la fe podría confundirse fácilmente con el comentario de un exégeta protestante.

Hay otras ilustraciones notables de una exégesis que conscientemente busca dejar que las Escrituras hablen por sí mismas, aparte del dominio de la tradición teológica. En este sentido, el erudito católico romano aborda el texto de manera similar al protestante.

Comentando las palabras “justificados gratuitamente por su gracia” en Romanos 3:24, Fitzmyer señala: “Debería ser superfluo enfatizar que *charis*, Pablo no se está refiriendo a la causa eficiente de la justificación por la primera y la causa formal por este último (como si *charis* fuera 'gracia santificante').
Esa es una exégesis anacrónica, una distinción nacida de la época medieval y tardía. Teología tridentina [del Concilio de Trento]”.[8]

Aquí nuevamente, sin rechazar la enseñanza de Trento como tal, se hace una distinción entre lo que dice el texto mismo y la teología que se ha desarrollado dentro de la tradición católica.

Los comentarios que pueden sorprender a la mente protestante como los más inesperados se encuentran en la exposición del profesor Fitzmyer de Romanos 3:27-31. Fue en su traducción de Romanos 3:28 en 1522 que la apelación de Lutero a la *sola fide* surgió como fundamental para la comprensión del evangelio por parte de la Reforma. Fitzmyer reconoce que este lenguaje es anterior a Lutero y se puede encontrar en los escritos de los primeros padres. Afirma francamente que “en este contexto” Pablo quiere decir “solo por la fe”, aunque sostiene que en el sentido luterano su uso es una extensión de lo que dice Pablo. Esto inevitablemente genera preguntas sobre la naturaleza de esta "extensión" y si existe algún "sentido" católico romano en el que la justificación sea genuinamente "solo por la fe". Pero la admisión en sí misma es significativa.

La misma distancia entre la Escritura y la tradición se indica aún más cuando Fitzmyer vuelve a la exposición de Romanos 5:12. El punto de vista católico romano tradicional de este texto es ver aquí una referencia al pecado “original”. Esto era

hecho explícito por el Concilio de Trento, que no sólo dio su visto bueno a esta exégesis de las palabras de Pablo, sino que también prohibió cualquier otra comprensión de su declaración. Fitzmyer comenta:

> Esta tradición encontró su expresión conciliar formal en el Tridentine *Decretum de peccato originali,* Sess. V, 2-4.... Este decreto dio una interpretación definitiva al texto paulino en el sentido de que sus palabras enseñan una forma del dogma del Pecado Original, texto raro que goza de tal interpretación.
>
> Sin embargo, se debe tener cuidado de entender lo que Pablo está diciendo y de no transformar su modo de expresión demasiado fácilmente en la precisión del desarrollo dogmático posterior... La enseñanza de Pablo se considera seminal y abierta al desarrollo dogmático posterior, pero no lo es. No digas todo lo que dice el decreto tridentino.[9]

Una vez más, difícilmente podemos evitar notar la precaución que surge con respecto a la lectura de la tradición de la iglesia en las Escrituras. El dogma como tal no se rechaza; lo que se aclara es que no debe identificarse *simpliciter* con la enseñanza contenida en el Nuevo Testamento.

Luego, al comentar sobre Romanos 6:12, Fitzmyer alude a la enseñanza del Concilio de Trento de que lo que Pablo a veces llama "pecado" (como, por ejemplo, en Rom. 6:12) no es descrito como tal por los católicos romanos. Iglesia, sino que se entiende como *fomes peccati.* La alusión aquí es a una de las declaraciones más asombrosas (y seguramente vergonzosas) en los documentos de Trento, en el Decreto sobre el Pecado Original: "Esta concupiscencia, que el apóstol llama a veces pecado, el santo Concilio declara que la Iglesia Católica nunca ha entendió que se llama pecado, por ser verdadera y propiamente pecado en los nacidos de nuevo, pero porque es del pecado, y al pecado inclina. Y si alguno es de sentimiento contrario, sea anatema". 10

Nuevamente no debemos cometer el error de pensar que Fitzmyer ha dejado de ser un hijo fiel de la Iglesia Romana. Para esto, señala (de acuerdo con el erudito bíblico anterior MJ Lagrange), "podría ser una transposición teológica exacta", pero es una precisión que aún no se encuentra en el texto paulino.

Nuestra preocupación aquí no es discutir la precisión de la teología involucrada en esta declaración, sino una vez más subrayar la brecha—aunque para Fitzmyer manifiestamente no es un abismo histórico infranqueable—que está fijada entre la revelación tal como nos llega en las Escrituras y lo que la iglesia ha recibido como su tradición autorizada.

Sin duda, todo este enfoque causa ansiedad en los corazones de los católicos romanos que son conservadores y tradicionalistas (hay "fundamentalistas" en ambos

catolicismo romano y protestantismo). Pueden encontrar algo de alivio en la forma en que la concordancia del profesor Fitzmyer con la tradición romana se expresa notablemente en su manejo de la enseñanza de Pablo sobre la justificación. El profesor Fitzmyer matiza el significado de *dikaioo* en la dirección de "ser enderezado". Aquí, quizás en el punto más crítico, su exégesis armoniza con la traducción de la Vulgata del dikaioo del Nuevo Testamento *por justum facere.*

A pesar de la presencia de simpatizantes luteranos en Trento, el concilio comprometió irrevocablemente a la iglesia a una doctrina transformacionista de la justificación: "La justificación no es solamente la remoción de nuestros pecados, sino también la — santificación y renovación del hombre interior a través de la recepción voluntaria de la gracia y los otros dones por los cuales el hombre de ser injusto *(ex injusto)* se convierte en justo, y de ser enemigo se convierte en amigo, para ser heredero según la esperanza de la vida eterna." 11

Incluso la calificación adicional de Fitzmyer —señala que esta justificación tiene lugar "gratuitamente a través de la poderosa declaración de absolución de Dios"— no elimina una exégesis distintivamente tridentina, ya que deja en claro: "El ser humano pecador no solo es 'declarado recto', sino que es enderezado' (como en 5:19), porque la condición del pecador ha cambiado."[12]

Aquí hay mucho en juego. En muchas áreas donde la tradición sagrada aún no está presente y es perspicaz en las Sagradas Escrituras, Fitzmyer y otros eruditos católicos romanos reducen la brecha entre lo que se enseña en el texto bíblico y el dogma de la tradición sagrada apelando al carácter "abierto" de las enseñanzas bíblicas. enseñando. De esta manera, minimizan la fuerza de la crítica de la Reforma de que la tradición contradice las Escrituras.

El lavamiento de los pies de los discípulos por parte de Jesús y su exhortación a que lo imitaran (Juan 13:1-15) dan un ejemplo de este carácter "abierto" de las Escrituras. El lavado de pies bien podría haberse convertido en un sacramento, de manera paralela al desarrollo que tuvo lugar en otro pasaje "abierto", Santiago 5:14. Aquí, "bajo el desarrollo de la Tradición guiado por el Espíritu", el texto se convirtió en la base para el sacramento de la unción de los enfermos. 13 Sin embargo, ninguna

apelación a la teoría del carácter "abierto" de las Escrituras puede ser útil en relación con la doctrina de la justificación. Simplemente no sería posible para Fitzmyer en este momento estar de acuerdo con la exégesis de la Reforma de la justificación como justicia declaratoria e imputada, y sin embargo apelar al carácter "abierto" de la enseñanza de Pablo y a la obra continua del Espíritu en la iglesia como sacando a relucir la plenitud. de significado en la justificación como incluyendo la justicia infusa. Estas dos perspectivas están en contradicción directa entre sí.

No obstante, la interpretación de Fitzmyer se basa en una apelación exegética, a su propia exégesis de Romanos 5:19: "Así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos rectos". [14] Toma el verbo de Pablo *kathistanai* ("hecho") en el sentido de condición subjetiva, es decir, en un sentido transformacionista.

Hay que decir dos cosas aquí. Primero, creemos que se puede demostrar que la interpretación de Fitzmyer de Romanos 5:19 está equivocada. [15] Pero segundo, su lógica es incorrecta. Incluso si *kathistanai* se entendiera en un sentido subjetivo-transformacionista, no se sigue necesariamente que el uso que hace Pablo de *dikaioo* sea transformacionista en lugar de forense y declaratorio. ¡Interpretar consistentemente "justificar" a la luz de esta suposición es un procedimiento exegético sin justificación!

Pero incluso aquí hay un reconocimiento formal del principio: la Sagrada Escritura debe distinguirse de la sagrada tradición; no debemos suponer que el último es una exégesis del primero.

Naturalmente, los protestantes ven esta distinción a través de espectáculos protestantes. Cualquiera que esté convencido de la autoridad única y la suficiencia de las Escrituras está obligado a preguntarse cómo es posible que un erudito íntegro reconozca esta brecha y, sin embargo, siga siendo un católico romano fiel.

Sin embargo, es una construcción demasiado simple concluir que aquí hay una duplicidad manifiesta. Más bien, la consistencia y claridad general con la que la exégesis de Fitzmyer ilustra la brecha entre las Escrituras y la tradición destaca por qué la apelación protestante a las Escrituras únicamente para refutar el dogma católico romano parece cortar el hielo: para Roma, ni las Escrituras ni la tradición pueden sostenerse sobre ellas. su propio. La razón de esto debería quedar clara ahora: en la Iglesia *Católica Romana, la tradición sagrada está al lado de las Sagradas Escrituras como una fuente válida y autorizada de revelación divina. De hecho, ambos emergen dentro de un mismo contexto: la Iglesia Católica.*

Comprender este principio nos ayuda a ver la mentalidad de los romanos.
El enfoque de la Iglesia Católica para interpretar la Biblia en esta coyuntura.

ESCRITURA Y TRADICIÓN: UNA VISIÓN GENERAL

Para Roma, la Biblia misma surge del interior de la iglesia. La iglesia existe antes de la Biblia; la Biblia es en sí misma una expresión de la voz viva de la iglesia; a su manera, es tradición. En palabras del *Catecismo de la Iglesia Católica,* "el Nuevo Testamento mismo demuestra el proceso de vivir la Tradición". 16 El Nuevo Testamento es tradición: la tradición más antigua inscrita en las Escrituras a diferencia de la tradición viva que surge dentro de la vida continua de la iglesia en el contexto de la sucesión apostólica.

Esta perspectiva está bien atestiguada en la sucesión de autoridades de Roma declaraciones doctrinales.

En este contexto se apela a la Profesión de fe compuesta en relación con el Segundo Concilio de Constantinopla (553), al Concilio de Letrán (649) y al Segundo Concilio de Nicea (787). Sin embargo, fue en el contexto de la Contrarreforma que el Concilio de Trento concretó la posición de la iglesia:

> El santo Concilio ecuménico y general de Trento... percibe claramente que esta verdad y regla están contenidas en los libros escritos y en las tradiciones no escritas que nos han llegado... Siguiendo, pues, el ejemplo de los Padres ortodoxos, recibe y venera con el mismo sentido de lealtad y reverencia todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento —pues sólo Dios es el autor de ambos— junto con todas las tradiciones relativas a la fe y la moral, como venidas de la boca de Cristo o inspiradas por él. Espíritu Santo y conservados en continua sucesión en la Iglesia Católica 17 .

La implicación de esto, expresada específicamente por el mismo concilio, fue que nadie debería atreverse a interpretar las Escrituras de una manera contraria al consentimiento unánime de los padres, incluso si tales interpretaciones no están destinadas a la publicación:

> Además, para refrenar los espíritus petulantes, [el Consejo] decreta,

> que nadie, confiando en su propia habilidad, en asuntos de fe y de moral, pertenecientes a la edificación de la doctrina cristiana, torciendo la Sagrada Escritura a sus propios sentidos, se atreva a interpretar dicha Escritura en contra del sentido que la santa la madre Iglesia, a quien corresponde juzgar el verdadero sentido e interpretación de las Sagradas Escrituras, ha sostenido y sostiene; o incluso contrario al consentimiento unánime de los Padres; a pesar de que tales interpretaciones nunca [tenían la intención] de ser publicadas en ningún momento. Los infractores serán dados a conocer por sus Ordinarios, y serán castigados con las penas que establezca la ley. 18 —

Dejando a un lado el dudoso concepto del consentimiento unánime de los padres, es claro aquí por qué la tradición se convierte en el elemento principal en el enlace Escritura-tradición. Históricamente, siempre ha ocurrido que una palabra de revelación "viva" (en el sentido de contemporánea) se convertirá en la regla para los cristianos *de facto* (independientemente de lo que se afirme en sentido contrario). Eso es virtualmente una inevitabilidad psicológica. En el caso de Roma, lo que pudo haber comenzado como un concepto limitante (el *regulum fidei) se* convirtió en el concepto maestro.

Esta posición, apelando a estas mismas citas, fue posteriormente confirmada por la iglesia en el Concilio Vaticano I en la Constitución Dogmática *Dei Filius* (1870). Un cuarto de siglo después, *Providentissimus Deus* (1893) apeló al principio de la analogía de la fe entendida como el *consenso fidelium* como principio esencial para la exposición católica. Los exegetas católicos romanos fueron llamados a usar habilidades críticas con la agenda específica de confirmar la interpretación recibida.

Esto fue declarado dentro del contexto de la afirmación de León XIII de la inerrancia e infalibilidad de la Escritura. Sin embargo, tal fue el impacto continuo del modernismo que en dos décadas se emitió el Decreto *Lamentabili* (1907) para detener la ola de corrupción teológica. Repudió y condenó la opinión de que "el oficio de enseñar de la Iglesia no puede, ni siquiera por definición dogmática, determinar el significado genuino de la Sagrada Escritura".[19]

Tan recientemente como el breve pero seminal trabajo de la Comisión Teológica Internacional, *La Interpretación de las Verdades Teológicas* (1988), Roma ha continuado afirmando que cualquier conflicto entre la exégesis y el dogma es provocado por una exégesis infiel. La exégesis genuinamente católica, por definición, siempre buscará encontrar la armonía adecuada entre el texto bíblico y el dogma eclesiástico. La Comisión Bíblica Pontificia comenta: "Se evitarán los caminos falsos [es decir, en la exégesis] si la actualización del mensaje bíblico comienza con una interpretación correcta del texto y continúa dentro de la corriente de la Tradición viva,

aquí bajo la guía del Magisterio de la Iglesia.” parece ser el razonamiento
[20] El círculo vicioso.

En el siglo XIX, el Magisterio reconoció con razón que el auge de la alta crítica y del modernismo teológico pondrían en peligro la fe de los católicos (como ya había hecho entre los protestantes). Pero Roma enfrentó un problema adicional. La opinión de que la tradición sagrada también es revelación implica que la tradición posee los atributos de la revelación, incluida la infalibilidad y la infalibilidad. En consecuencia, la tradición debía considerarse infalible. El correlato inevitable de esto surgió en la Constitución Dogmática *Pastor Aeternus* del Vaticano I , en la que se promulgó la infalibilidad papal como un “dogma divinamente revelado”. Se afirmó que las definiciones de fe *ex cathedra* del Papa eran “irreformables por sí mismas y no por el consentimiento de la Iglesia” (“Yo soy la tradición”, comentó Pío IX). El *anatema sit* fue pronunciado sobre cualquiera que pudiera “contradecir esta nuestra definición”.

Los pronunciamientos posteriores del Concilio Vaticano II continuaron básicamente afirmando lo que históricamente se consideró como la visión tridentina de la relación entre la Escritura y la tradición reafirmada en la Constitución dogmática sobre la fe católica del Vaticano I, *Dei Filius.* La tradición, declaró el Concilio Vaticano II, “viene de los Apóstoles [y] se desarrolla en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo… Las palabras de los santos padres dan testimonio de la presencia de esta tradición viva… A través de la misma tradición se conoce el canon completo de los libros sagrados de la Iglesia.” [21]

Especialmente significativa es la afirmación que se hace sobre la relación entre tradición y Escritura. Empleaba la fraseología de Trento, aparentemente por insistencia papal (presumiblemente en vista de la necesidad de mantener unidas las alas tradicionalista y progresista de la iglesia):

> De ahí que exista una estrecha conexión y comunicación entre la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura. Pues ambos, manando de la misma fuente divina, en cierto modo se funden en la unidad y tienden hacia el mismo fin. Pues la Sagrada Escritura es Palabra de Dios, mientras que la Sagrada Tradición toma la Palabra de Dios confiada por Cristo Señor y el Espíritu Santo a los Apóstoles, y la transmite a sus sucesores en toda su pureza.
> Por consiguiente, no es sólo de la Sagrada Escritura de donde la Iglesia saca su certeza acerca de todo lo que ha sido revelado. Por lo tanto, tanto la Sagrada Tradición como la Sagrada Escritura deben ser aceptadas y veneradas con el mismo sentido de lealtad y reverencia. La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura forman un depósito sagrado de la Palabra de Dios, encomendada a la Iglesia...

Es claro, pues, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el magisterio de la Iglesia, según el sapientísimo designio de Dios, están tan ligados y unidos que uno no puede subsistir sin los otros, y que todos juntos y cada uno en su a su modo, bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyan eficazmente a la salvación de los hombres.[22]

DIVERSIDAD TEOLÓGICA EN LA ROMANA IGLESIA CATÓLICA

No debemos cometer el error de asumir que la Iglesia Católica Romana es completamente monolítica. Como hemos señalado, también tiene un ala conservadora y liberal. ¡Surgen problemas y desacuerdos al rastrear y hacer exégesis de la tradición tanto como al hacer exégesis de las Escrituras! Así, por ejemplo, se ha convertido en una característica de muchos eruditos católicos romanos releer la tradición de la manera más ecuménica posible.

Uno de los desarrollos más interesantes dentro de este contexto ha sido el surgimiento de una escuela de pensamiento especialmente estimulada por el trabajo del teólogo de Tubinga JR Geiselmann. Esta escuela argumenta que la idea de que la Escritura y la tradición son fuentes gemelas de revelación, que se complementan entre sí, es una interpretación errónea de la enseñanza del Concilio de Trento. Geiselmann apeló a lo que consideró el cambio significativo introducido en el texto final del decreto por influencia del obispo Pietro Bertano de Fano y Angelo Bonucci, el general de los Siervos. El borrador del *Decreto sobre la Escritura y la Tradición* había declarado que la verdad revelada se encontraba en parte en los libros de la Escritura, en parte en las tradiciones *("partim in libris... partim in traditionibus")*. Pero el documento final hablaba de que esta verdad estaba en los libros de las Escrituras y en las tradiciones no escritas *(“in libris scriptis et sine scripto traditionibus”).* Geiselmann argumentó a partir de este cambio que Trento no negó que toda la verdad salvadora está contenida en las Escrituras. La verdad de la revelación divina no se encuentra en parte en las Escrituras mientras que el resto se encuentra en las tradiciones (el borrador de formulación); todo *está* en las Escrituras. También está *todo* en la tradición. Podría argumentarse, por lo tanto, que el principio *sola Scriptura* , propiamente entendido, es consistente con Trento .

Sin embargo, en respuesta a la posición de Geiselmann, el cardenal Ratzinger (ahora Papa Benedicto XVI) ha argumentado que “como teólogo católico, [Geiselmann] tiene que aferrarse a los dogmas católicos como tales, pero ninguno de ellos debe tenerse *sola Scriptura,* ni los grandes dogmas de la antigüedad cristiana, de lo que fue el *consenso quinquesaecularis,* ni, menos aún, los nuevos de 1854 y 1950

En ese caso, sin embargo, ¿qué sentido tiene hablar de la suficiencia de las Escrituras? [24]

En una palabra, el depósito de la fe *(depositum fidei)* está contenido tanto en la Escritura como en la tradición, y la tarea de interpretarlo está "encomendada a los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma". [25]

El reciente documento de la Pontificia Comisión Bíblica, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia,* sigue afirmando esta posición, si bien de una manera menos polémica y dogmática y de manera ecuménicamente consciente: "Lo que caracteriza a la exégesis católica es que se sitúa deliberadamente dentro de la tradición viva de la Iglesia". [26] En este contexto, sin embargo, la comisión se cuida de añadir: "[illegible] a la exégesis católica, se corre el riesgo de atribuir a los textos bíblicos un sentido que no contienen sino que es producto de un desarrollo posterior dentro de la tradición. El exégeta debe cuidarse de tal peligro." [27]

No se hace ningún indicio de crítica al hecho de que la tradición sagrada requiere la creencia en un dogma que no está contenido en la Sagrada Escritura. Pero aquí está presente una insinuación de que los exegetas en el pasado (y aún hoy) pueden leer el Nuevo Testamento como si hubiera sido escrito a la luz de la tradición, y así distorsionar la enseñanza de la Sagrada Escritura (y por implicación quizás también la función de la tradición). Implícito en esto está el reconocimiento de la brecha sustancial entre la Sagrada Escritura y la sagrada tradición.

El punto de vista protestante histórico es que esta brecha se convierte en un abismo en ciertos puntos estratégicos. Hay una discrepancia insoportable, no meramente una sana tensión, entre la Sagrada Escritura y la sagrada tradición en muchas áreas.

Una amplia variedad de factores contribuyeron a la Reforma del siglo XVI. Entre los principales estaba el descubrimiento, alimentado por el espíritu renacentista de *ad fontes,* de que la brecha entre la clara enseñanza de la Escritura y la enseñanza de la tradición era tan grande en algunos puntos que implicaba no solo desarrollo sino contradicción.

CONCLUSIONES

A los eruditos católicos romanos como el profesor Fitzmyer se les ha dado la libertad de explorar lo que enseñan las Escrituras. Se descubren a sí mismos mirando por encima del hombro a los tradicionalistas católicos romanos que no ocultan su ansiedad de que un distanciamiento tan abierto entre las Escrituras y la tradición sea la ruina de la iglesia. En consecuencia, su estribillo característico es que la diferencia entre el contenido de la Escritura y el contenido de la tradición no implica contradicción sino solo desarrollo.

Sin embargo, lo que se está volviendo más claro que nunca es que el principio de *sola Scriptura* sigue siendo un punto de inflexión. Como admitió el cardenal Ratzinger en su reacción a Geiselmann, hay importantes doctrinas romanas que simplemente no se pueden encontrar en las Escrituras. En este sentido, la Escritura por sí sola no puede considerarse suficiente para la vida de la iglesia.

Pero debemos ir más allá. Hay enseñanzas importantes en la tradición que no solo son adicionales, sino diferentes y contradictorias con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. Estos incluyen las mismas doctrinas que fueron la pieza central de la lucha de la Reforma: la naturaleza de la justificación; la importancia del principio de *sola fide;* el número de los sacramentos; la suficiencia de la obra de Cristo; el efecto del bautismo; la presencia de Cristo en la Cena; el sacerdocio de todos los creyentes; el celibato del sacerdocio; el carácter y papel de María; y mucho más. Cuanto más se exégete la Escritura en *sus propios términos,* más claro quedará que en estas áreas la tradición sagrada no se limita a añadir a la Sagrada Escritura, sino que la contradice. Siendo ese el caso, ¿puede la tradición ser realmente “sagrada”?

Entonces, ha tenido lugar un gran desarrollo en la interpretación católica romana de las Escrituras. Por esto podemos estar agradecidos. No debemos minimizar a regañadientes el redescubrimiento de la Biblia. De hecho, podría ayudarnos mucho si recordáramos que la responsabilidad por la confusión en la comprensión de la justificación por parte de Roma recae en parte sobre los hombros del mismo gran Agustín, a quien a menudo reclamamos con Calvino como “totalmente nuestro”.

Habiendo dicho esto, sin embargo, ahora está más claro que nunca *(pace* Geiselmann) que la Iglesia Católica Romana no puede y no se suscribirá a la *sola Scriptura.* Eso

debe negar la suficiencia única de la Biblia. Y, como reconocieron los reformadores, mientras Roma apele a dos fuentes, o incluso afluentes, de la revelación, el contenido de la Escritura y la sustancia de su propia tradición, es inevitable que también resistirá el mensaje de la Escritura y de la Reforma: *sola gratia, solo Christo, sola fide.*

notas

1 Véase, por ejemplo, Raymond E. Brown, *El Evangelio según Juan,* vol. 2 (Garden City, Nueva York: Anchor Press, 1966), 714-717.

2 Raymond E. Brown, *Biblical Exegesis and Church Doctrine* (Nueva York: Paulist Press, 1985), 9.

3 Citado en la sobrecubierta de Joseph A. Fitzmyer, *Romans* (Nueva York: Doubleday, 1994).

4 Decreto del Concilio de Trento *sobre la Justificación,* Canon XI. Ver Rev. HJ Schroeder, *Canons and Decretos of the Council of Trent* (Rockford, Ill.: TAN, 1978).

5 Fitzmyer, *Romanos,* 138.

6 Ibíd., 342.

7 Ibíd., 343.

8 Ibíd., 348.

9 Ibíd.

10 Decreto del Concilio de Trento sobre el *Pecado Original,* Sesión V en Schroeder.

11 Decreto del Concilio de Trento *sobre la Justificación,* Sesión VII en Schroeder.

12 Fitzmyer, Romanos, 347

13 JA Fitzmyer, *Escritura, El Alma de la Teología* (Mahwah, NJ: Paulist Press, 1994), 78

14 La traducción es de Fitzmyer.

15 Véase, *por ejemplo ,* Douglas Moo, *Romans,* vol. 1 (Chicago.: Moody, 1991), 358-9; j Murray, *La Epístola a los Romanos,* vol. 1 (Grand Rapids: Eerdmans, 1959), 205-6, 336-362.

16 *Catecismo de la Iglesia Católica* (Liguori, Mo.: Liguori Publications, 1994), 26, #83.

17 *Decreto sobre Libros Sagrados y Tradiciones a Recibir,* 1546.

18 *Decreto sobre la edición y el uso de los libros sagrados,* en Phillip Schaff, *The Creeds of Christendom,* vol. 2 (Grand Rapids: Baker, 1966), 83.

19 J. Neuner y J. Dupois, eds., *La Fe Cristiana en los Documentos Doctrinales de la Iglesia Católica,* rev. edición (Staten Island: Alba, 1982), 79.

20 *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia* (Boston, 1993), 121.

21 *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación,* II:8. (Para una traducción al inglés

de los pronunciamientos del Vaticano II, véase Walter M. Abbott, ed., *The Documents of Vatican II* (Nueva York: Crossroad, 1966).

22 Ibíd., II. [10].

23 El punto de vista que rechaza Geiselmann ha sido el punto de vista de los principales apologistas romanos desde Trento. Para un resumen breve, véase JR Geiselmann, "Scripture, Tradition, and the Church: An Ecumenical Problem", en DJ Callahan, HA Obermann y DJ O'Hanlon, eds., *Christianity Divided* (Londres: Sheed and Ward, 1962), 39-72.

24 J. Ratzinger en K. Rahner and J. Ratzinger, *Revelation and Tradition,* traducido del alemán, *Offenbarung und Überlieferung,* por WJ O'Hara (Nueva York, 1966), 33. Las referencias a 1854 y 1950 son a la bula *Ineffabilis Deus,* que promulga la doctrina de la Inmaculada Concepción (es decir, la impecabilidad perpetua de la virgen María), ya la Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus,* que promulga la Asunción corporal al cielo de la virgen María. El término *consenso quinquesaecularis* se refiere a una teoría de que la iglesia estuvo marcada por la unidad y la pureza doctrinal hasta el año 500.

25 *Catecismo de la Iglesia Católica,* 27, #85.

26 *La interpretación de la Biblia en la Iglesia,* 89.

27 Ibíd.

CAPÍTULO SIETE

EL PODER TRANSFORMADOR DE LAS ESCRITURAS

- *Joel R. Beeke* y *Ray B. Lanning* - En las últimas décadas, un sinfín de libros y artículos ha afirmado la infalibilidad, infalibilidad y autoridad de las Sagradas Escrituras. [1] Estas doctrinas son esencial para la confesión de la iglesia de la verdad y autoridad de la Palabra de Dios. Es tanto necesario como reconfortante para el cristiano saber y creer que toda la Escritura es "inspirada por Dios", que cada palabra de cada oración es exhalada por el Dios vivo (2 Timoteo 3:16). El creyente no tendría autoridad para declarar "Así dice el Señor" en creencia y práctica si Dios no hubiera supervisado todo el proceso de composición de la Escritura hasta cada jota y tilde (Mat.
5:18). Para que se confíe plenamente en ella, la Escritura debe ser totalmente verdadera.

Aunque tales afirmaciones son necesarias, para muchos evangélicos *sola Scriptura* se ha convertido en gran medida en una doctrina polémica utilizada para contrarrestar las amenazas de la neoortodoxia y el liberalismo. Como resultado, los evangélicos se han preocupado por defender su punto de vista de las Escrituras, y frecuentemente se involucran más en articular lo que *es* la Palabra que en lo que la Palabra *dice* y *hace.*

La mera afirmación de la infalibilidad, infalibilidad y autoridad de las Escrituras no es suficiente para el creyente genuino. La Escritura es Dios hablándonos, como un padre habla a sus hijos. En las Escrituras, Dios nos da Su Palabra como una palabra de verdad y una palabra de poder. Como palabra de verdad, podemos confiar y apoyarnos completamente en las Escrituras por el tiempo y la eternidad. También podemos mirar a las Escrituras como la fuente del poder transformador usado por el Espíritu de Dios para renovar nuestras mentes.

Como protestantes y evangélicos, debemos complementar la defensa de la doctrina de la inerrancia bíblica con una demostración positiva del poder transformador de la Palabra de Dios. Ese poder debe manifestarse en nuestras vidas, nuestros hogares, nuestras iglesias y nuestras comunidades. Necesitamos mostrar sin pretensiones que aunque otros libros pueden informarnos o incluso reformarnos, solo un Libro puede transformarnos y nos conforma a la imagen de Cristo. Solo como "cartas vivas de Cristo" (2 Cor. 3:3) podemos esperar ganar "la batalla por la Biblia" en nuestros días. Si la mitad de la fuerza gastada en atacar o defender la Biblia se dedicara a

conociendo y viviendo las Escrituras, ¡cuántos más caerían bajo el dominio de su poder transformador! Por lo tanto, en este capítulo consideraremos el llamado de Dios a su pueblo para que sea transformado, las operaciones transformadoras de su Palabra, aquellas perfecciones de la Palabra de Dios que dan cuenta de su poder transformador, cómo la Palabra debe ser utilizada como medio de transformación. , y los frutos de transformación producidos en los creyentes por la Palabra.

EL LLAMADO A LA TRANSFORMACIÓN

Es la voluntad de Dios “buena, agradable y perfecta” que su pueblo sea transformado. Es el supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús que los creyentes sean conformados a la imagen de Su Hijo encarnado (Fil. 3:14; Rom. 8:28-29). Esta transformación o “metamorfosis” se realizará mediante la renovación de sus mentes; por eso Pablo escribe en Romanos 12:2: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos mediante la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. Lo que comienza como una transformación de la mente se completará un día en la transformación o cambio de nuestros cuerpos “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Cor. 15:52-53).

El Nuevo Testamento atribuye esta transformación del pueblo de Dios a dos grandes agentes divinos y sobrenaturales: el Espíritu de Dios y la Palabra de Dios. Por un lado, el apóstol Pablo dice claramente que los creyentes son “transformados... de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor”. Pero esto sucede cuando, bajo la predicación del evangelio, se les permite ver la gloria de Dios revelada en Cristo.
“Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo [es decir, un espejo o un espejo] la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor. 3:18). En consecuencia, no es simplemente por la Palabra, sino por la obra del Espíritu con la Palabra que se lleva a cabo la transformación del pueblo de Dios.

Por otra parte, se debe tener cuidado de que nadie sea inducido a pensar que la Palabra por sí misma no tiene poder transformador. Es una gran blasfemia exaltar el Espíritu a expensas de la Palabra de Dios, porque Dios ha engrandecido Su Palabra sobre Su nombre (Sal. 138:2). Más bien, Dios transforma a través de una combinación de estos dos grandes poderes, cada uno indispensable para el otro, y ambos inseparablemente unidos, para lograr todos los propósitos de Dios para Su pueblo. Por lo tanto, las Escrituras describen la Palabra como una herramienta bien formada para el uso de un maestro de obras, un arma de guerra para la mano de uno poderoso en la batalla, y una buena semilla para ser sembrada en tierra bien preparada por un labrador diligente. En c

adecuado e indispensable para el otro; así es con la Palabra y el Espíritu. Stephen Charnock lo expresó de

esta manera: Ninguna espada puede cortar sin una mano que la maneje, ninguna máquina puede batir sin una fuerza que la impulse. La palabra es un instrumento ... [en] sí misma, eficaz por el Espíritu Santo... La palabra declara a Cristo, y el Espíritu excita el corazón para aceptarlo; la palabra muestra su excelencia, y el Espíritu suscita fuertes clamores tras él; la palabra declara las promesas, y el Espíritu nos ayuda a defenderlas; ... la palabra muestra el camino, y el Espíritu nos permite andar por él; la palabra es la semilla del Espíritu, y el Espíritu el vivificador de la palabra; la palabra es el injerto, y el Espíritu el que injerta; la palabra es el estanque de agua, y el Espíritu lo agita para que sea curativo. [2]

LAS OPERACIONES TRANSFORMADORAS DE DIOS PALABRA

La Palabra de Dios opera como un poder transformador de varias maneras. En las Escrituras, estos se describen mediante el uso de varios símiles o comparaciones, como una lámpara, un martillo, una espada y una semilla. 3 **Primero, la Palabra de Dios se describe como una lámpara.** "La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples" (Sal. 119:130). Y en un tono más personal, "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino" (Sal. 119:105). Así expresa el salmista la forma en que la Palabra de Dios actúa como fuente de iluminación espiritual, comprensión y guía. Esta luz es importante tanto en la regeneración del pecador como en la vida diaria del creyente. Por un lado, la condición natural del hombre caído es de tinieblas, ignorancia y ceguera (Efesios 4:18); por otro lado, incluso el pueblo de Dios debe caminar a veces en una condición de oscuridad espiritual en la que solo la luz de la Palabra de Dios puede brindarles algún consuelo o esperanza (Sal. 130:5-6; Isa. 50:10).

"A menos que la Palabra de Dios ilumine el camino", escribió Juan Calvino, "toda la vida de los hombres están envueltos en tinieblas y niebla, de modo que no pueden sino extraviarse miserablemente".[4]

Segundo, la Palabra de Dios se describe como un martillo. "¿No es mi palabra como un fuego, dice el SEÑOR? ¿Y como martillo que quebranta la roca? (Jer. 23:29). No hay aspecto más feo o desalentador en la condición del hombre caído que la rebelión obstinada producida por el pecado persistente. Las Escrituras hablan de hombres que endurecen sus corazones, sus mentes, sus cuellos y sus rostros en un esfuerzo decidido para presentar a Dios en cuerpo y alma la muestra más firme de resistencia a Su voluntad para sus vidas. Tal es el peso y la fuerza inherentes a la Palabra de Dios que un golpe del Espíritu que maneja la Palabra como un martillo es suficiente para romper en pedazos corazones endurecidos como rocas. De esta manera, el alma más resistente puede ser conquistada y las fortalezas del pecado pueden ser derribadas.

Debe agregarse aquí que uno de los más temibles de todos los misterios relacionados con la predicación de la Palabra es la forma en que los pecadores obstinados pueden realmente endurecerse *cada vez más* . 5 Esta es la voluntad de Dios para su destrucción y su mayor condenación. Así fue cuando Moisés trajo la Palabra del

Señor a Faraón y cuando Pablo predicó a los judíos en la sinagoga de Éfeso, con el resultado de que "muchos se endurecieron y no creyeron" (Hechos 19:9). ¡Cuán inescrutables son los juicios de Dios, e inescrutables sus caminos!

Tercero, la Palabra de Dios se describe como una espada. En su descripción de toda la armadura de Dios dada en Efesios 6, el apóstol Pablo enumera solo dos armas ofensivas. Uno se describe como "toda oración" y el otro es "la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Efesios 6:17-18). Estas son las armas de la guerra cristiana, y Pablo dice que "no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas" (2 Corintios 10:4).

Hebreos 4:12 también describe la Palabra de Dios como algo parecido a una espada, pero aún más eficaz como arma, porque es "más cortante que cualquier espada de dos filos". El punto de comparación aquí es el uso de la espada para empujar y perforar a un enemigo con un efecto mortal. Así la Palabra de Dios puede traspasar y penetrar el corazón del hombre. Penetra tan profundamente y corta con tanta agudeza y precisión que divide el alma y el espíritu, y "las coyunturas y los tuétanos". ."

La experiencia aquí descrita es bien conocida entre los cristianos. De ninguna manera es una experiencia poco común entre aquellos que se sientan bajo la predicación fiel de la Palabra de Dios escuchar desde el púlpito palabras que hablan con tanta precisión y de manera tan conmovedora de la condición de sus corazones y vidas que se sienten totalmente expuestos, avergonzados y angustiados. condenado. 6 **Cuarto, la Palabra de Dios se describe como una semilla.** "La paga del pecado es muerte", escribe Pablo en Romanos 6:23. La condición espiritual del hombre, como criatura caída y esclava del pecado, es de muerte en sus delitos y pecados (Efesios 2:1). Si ha de ser librado de tal estado de muerte, debe ser vivificado o vivificado. Esta vivificación se describe en las Escrituras como "nacer de nuevo". Este nuevo nacimiento o regeneración es obra del Espíritu (Juan 3:5) usando la "simiente incorruptible" de la Palabra de Dios (1 Pedro 1:23). De manera similar, Santiago declara que Dios es el Padre de todos los cristianos, diciendo: "Él nos engendró de su voluntad con la palabra de verdad, para que seamos como las primicias de sus criaturas" (1:18).

En estos pasajes, la Palabra se compara con una semilla con su precioso cargamento de vida, un gran potencial almacenado, esperando solo las condiciones adecuadas para germinar, crecer y dar mucho fruto. Todo esto se confirma en detalle en la parábola del sembrador de nuestro Señor. Lucas lo registra diciendo explícitamente: "La semilla es la palabra de Dios" (Lucas 8:11). La Palabra es el medio por el cual, en La frase de Henry Scougal, "la vida de Dios" está plantada "en el alma del hombre". [7] Milagroso es el resultado y muchos son los frutos cuando se siembra esta preciosa semilla

en la “buena tierra” del corazón de los “destinados a la vida eterna” (Hechos 13:48).

Tal es la profundidad y extensión de la transformación efectuada por la Palabra de Dios en la vida del pueblo de Dios. Son llamados de las tinieblas a la luz.
Su dureza de corazón es quebrantada y vencida. Son llevados a ver y conocer las profundidades de su propio pecado y miseria. Nacen de nuevo para la vida eterna.
La Palabra de Dios es exaltada como la lámpara de Su verdad, el martillo de Su justa ira, la espada de Su Espíritu y la semilla de la vida eterna.

LAS PERFECCIONES DE LA TRANSFORMACIÓN DE DIOS PALABRA

¿Cuáles son los rasgos o características particulares de la Palabra de Dios que la hacen una herramienta tan útil y un arma tan poderosa en la mano del Espíritu Santo? Hebreos 4:12 y Salmo 19:7-9 abordan esta pregunta directamente. De Hebreos 4:12 aprendemos que la Palabra de Dios es viva y poderosa. Del Salmo 19:7-9 aprendemos que la Palabra de Dios es perfecta y segura; correcto, puro y limpio; verdadero y justo a la vez.

Primero, la Palabra de Dios es rápida y poderosa. Por *rápido* se quiere decir “vivo o imbuido de vida”. Esta vida de la Palabra no es menos que la vida de Dios mismo, porque como Dios es, así debe ser Su Palabra. Esta vida es también *poder* o *energía,* poder aprovechado para el trabajo. La vida de la Palabra de Dios está ordenada y aplicada al cumplimiento de sus propósitos: “Mi palabra no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Isa. 55:11). Como semilla viva, la Palabra de Dios tiene poder para dar fruto en la vida de los creyentes, como se describe en la parábola del sembrador, donde “la semilla es la palabra de Dios” (Lucas 8:11). Debido a que la Palabra de Dios “vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23), su vitalidad y potencia permanecen sin agotarse ni disminuir a través del tiempo. Los creyentes descubren con Martín Lutero que “la Biblia está viva, me habla; tiene pies, corre detrás de mí; tiene manos, me agarra. La Biblia no es antigua ni moderna. es eterno.” 8

Segundo, la Palabra de Dios es perfecta y segura. Por un lado, la Palabra de Dios está *perfectamente completa.* Es todo lo que Dios quiere que sea. Esta es la perfección orgánica de la rosa y no la perfección mecánica de, digamos, el motor de combustión interna. El uno es perfecto y completo en cada etapa de su desarrollo; el otro es el resultado de mucho ensayo y error a través del esfuerzo inventivo. El desarrollo de la historia de la redención es también el desarrollo de la historia de la revelación. En cada punto, la Palabra de Dios proporcionó a los creyentes todo lo que necesitaban para la fe y la vida. 9

La Palabra de Dios también está *libre de cualquier imperfección o mancha* introducida por la mano del hombre. Porque es perfecta, la Palabra de Dios también es *segura.* Como testimonio o

testimonio, es verdadero y digno de confianza. La Palabra de Dios es segura como una revelación de lo que el hombre es creer acerca de Dios y como regla de lo que Dios requiere del hombre. [10]
Así como Jehová "no cambia" (Mal. 3:6), así Su Palabra permanece segura para siempre como una verdad inmutable e inmutable. "Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos" (Sal. 119:89).

Tercero, la Palabra de Dios es correcta, pura y limpia. Aquí está la declaración del Antiguo Testamento de la doctrina de la infalibilidad bíblica. Se dice que la Palabra es *correcta* o *recta* porque no se desvía de la conformidad perfecta con ningún estándar justo por el cual la verdad es medible. La Palabra es *pura* como una luz pura es clara y brillante. Aquí hay una lámpara cuya llama no parpadea y cuyos rayos penetran hasta las profundidades de la oscuridad del hombre. La Palabra es *limpia* porque está libre de toda corrupción y de todo lo que corrompe o contamina.

Cuarto, la Palabra de Dios es verdadera y justa por completo. Más precisamente, la Palabra de Dios es *verdad* (Sal. 19:9, nota marginal; cf. Juan 17:17). Es un libro de verdad, sin mezcla de falsedad o error. Es igualmente un libro de *justicia,* de cabo a rabo. Es justa en lo que exige del hombre como criatura y siervo de Dios, justa en el juicio que pronuncia contra toda impiedad e injusticia de los hombres, y justa en la promesa que hace de la justificación por la fe y la paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. .

USAR LA PALABRA DE DIOS COMO MEDIO DE TRANSFORMACIÓN

¿Cómo experimenta el creyente el poder transformador de la Palabra de Dios? La respuesta de la Reforma es hacer uso de la Palabra como medio de gracia. Primero, por la *lectura* de la Palabra de Dios; segundo, por la *predicación* de la Palabra de Dios; tercero, por el *oír* la Palabra de Dios; y cuarto, *cantando* la Palabra de Dios, es decir, cantando los Salmos.[11]

La Lectura de la Palabra de Dios

El primer medio es la lectura de la Palabra de Dios. Las Escrituras nos enseñan que la Palabra de Dios no solo debe leerse públicamente en la adoración (Hechos 15:21; 1 Timoteo 4:13), sino que también sirve como una bendición cuando se lee, se escucha y se obedece en privado. “Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas” (Ap. 1:3).

Pero, ¿cómo debemos leer? Muchos escritores nos han proporcionado amplia dirección. Uno de los primeros trabajos puritanos más útiles sobre cómo leer las Escrituras fue escrito por Richard Greenham (c. 1535-1594) bajo el título *A Profitable Treatise, Containing a Direction for the reading and Understanding of the Holy* [12] Después de establecer que la predicación y lectura de las *Escrituras de la Palabra de Dios* están inseparablemente unidos por Dios en la obra de la salvación del creyente, Greenham se enfoca en nuestro deber de leer las Escrituras con regularidad y en privado, obteniendo apoyo de Deuteronomio 6:6, 11:18; Nehemías 8:8; Salmo 1:2; Hechos 15:21; y Pedro 1:19.

Volviéndose más práctico, Greenham afirma que los hombres pecan no solo cuando descuidan la lectura de las Escrituras, sino también "al leer mal: por lo tanto, las propiedades de la lectura reverente y fiel deben establecerse, que son las siguientes".
Luego enumera (1) diligencia, (2) sabiduría, (3) preparación, (4) meditación, (5) conferencia, (6) fe, (7) práctica y (8) oración. [13]

Los números del uno al tres deben *preceder* a la lectura; los números del cuatro al siete deben *seguir* a la lectura; el número ocho debe *preceder, acompañar* y *seguir a* la lectura. Aquí está la esencia del consejo de Greenham:

1. **Se debe emplear diligencia** en leer las Escrituras más que en hacer cualquier cosa secular. Deberíamos leer nuestras Biblias con más diligencia que los hombres cavan en busca de tesoros escondidos. A medida que leemos las Escrituras diligentemente, el Espíritu aclara los lugares difíciles; hace fácil lo difícil; hace que lo desagradable sea sabroso.
2. La **sabiduría debe usarse** en la elección de la materia, el orden y el tiempo. En términos de materia, el creyente no debe tratar de pasar de lo revelado a lo que no está revelado, ni gastar la mayor parte de su tiempo en las porciones más difíciles de la Escritura. Si el ministro debe acomodar su predicación de

la Palabra al nivel de sus oyentes, “entonces mucho más los propios oyentes deben aplicar su propia lectura a sus propias capacidades”.

En términos de orden, el lector sabio de las Escrituras intentará estar firmemente fundamentado en todos los puntos principales de la doctrina. Además, la lectura de las Escrituras debe seguir una apariencia de orden en lugar de saltear. Solo una Biblia completa hará a un cristiano completo.

El tiempo debe ser usado sabiamente. Todo el sábado debe dedicarse a ejercicios tales como la lectura de las Escrituras, pero como en los demás días, una porción de las Escrituras por la mañana, al mediodía y por la tarde es un buen equilibrio (Ecl. 3:11). . En cualquier caso, no debe pasar ningún día sin alguna lectura de las Escrituras.

3. **La preparación adecuada es fundamental.** Sin ella, la lectura de las Escrituras rara vez es bendecida. Tal preparación es triple. Primero, debemos acercarnos a las Escrituras con un temor reverencial de Dios y Su majestad. Debemos acercarnos a la Palabra “rápidos para oír, lentos para hablar” (Santiago 1:19), decididos como María a guardar la Palabra de Dios en nuestros corazones. El temor reverencial siempre es bendecido, ya sea porque nuestro entendimiento se ilumine o porque se nos inculquen otros buenos afectos.

Segundo, debemos acercarnos a las Escrituras con fe en Cristo, mirándolo como el Mesías, quien “es el león de la tribu de Judá, a quien le es dado abrir el libro de Dios”. 15 Si acudimos a las Escrituras con reverencia a Dios y fe en Cristo, ¿no abrirá Cristo mismo nuestro corazón como lo hizo con el corazón de los discípulos que viajaban a Emaús?

Tercero, debemos acercarnos a las Escrituras sinceramente deseosos de aprender de Dios (Prov. 17:16). Los que dieron fruto del treinta al ciento por uno fueron precisamente los que recibieron la palabra “en un corazón bueno y honesto” (Lucas 8:15). A menudo no nos beneficiamos de la lectura de la Biblia porque venimos “sin corazón” a la enseñanza divina.

4. **La meditación después de leer las Escrituras** es tan crítica como la preparación antes de leer las Escrituras. Uno puede leer diligentemente, pero la lectura no dará fruto si no sigue la meditación. La lectura puede dar algo de amplitud, pero sólo la meditación y el estudio darán profundidad. La diferencia entre leer y meditar es como la diferencia entre ir a la deriva en un bote y remar hacia un destino. “La meditación sin lectura es errónea, y la lectura sin meditación es estéril... La meditación hace nuestro lo que hemos leído. Bienaventurado es el que medita en la ley de día y de noche” (Salmo 1).”

La meditación involucra nuestras mentes y entendimiento, así como nuestros corazones y afectos. Para llegar a un juicio sano y resuelto sobre varios

verdades, la mente debe ser llevada a la comprensión meditativa.
La meditación, sin embargo, también "digiere" este juicio establecido y lo hace actuar sobre nuestros afectos. Si nuestros afectos no se involucran, nuestra sólida comprensión meditativa se erosionará. Las Escrituras deben ser transfundidas a través de toda la textura del alma.

5. **Por conferencia, Greenham quiere decir conversación piadosa** con ministros u otros creyentes. "Como el hierro con el hierro se aguza, así el uno con el otro" (Prov. 2:7). Los piadosos deben compartir juntos lo que están recogiendo de las Escrituras, no con orgullo hablando más allá de lo que saben, sino con humildad, confiando que donde dos o tres se reúnen para una conversación espiritual, Dios estará entre ellos. Tal compañerismo no debe llevarse a cabo en "una multitud demasiado grande" o con una política de puertas cerradas para los demás. [17]

6. **Nuestra lectura de las Escrituras debe estar mezclada con la fe.** La fe es la clave para la recepción provechosa de la Palabra (Heb. 4:2); sin fe es imposible agradar a Dios (Heb. 11:6). Leer sin fe es leer en vano. En realidad, estas ocho pautas para leer las Escrituras deben seguirse en el ejercicio de la fe verdadera.

   Además, al leer la Palabra por fe, nuestra fe será refinada.
   Nuestra lectura de las Escrituras a menudo debe probar nuestra fe, no solo en las generalidades de nuestras vidas, sino también en nuestras particularidades, especialmente en nuestras aflicciones. Como el oro se prueba en el fuego, así la fe soportará el fuego de la aflicción.

7. **El fruto de la fe debe ser la práctica.** Y la práctica "producirá aumento de la fe y del arrepentimiento". [18] La práctica es la mejor manera de aprender, y cuanto más pongamos en práctica la Palabra en la obediencia diaria de la fe, más aumentará Dios nuestros dones para Su servicio y para la práctica adicional. Cuando el Espíritu ilumina nuestra conciencia de que estamos "haciendo" la Palabra que leemos, también recibimos el gran beneficio de estar seguros de que poseemos la fe.

8. **La oración es indispensable a lo largo de nuestra lectura de las Escrituras :** antes, acompañando y siguiendo. En la lectura pública de las Escrituras, no es posible hacer una pausa y orar después de cada versículo. En la lectura privada, haríamos bien en salar las Escrituras constantemente con peticiones breves, picantes y aplicables sugeridas por los versículos particulares que se están considerando.
   Lutero escribió: "Haz una pausa en cada versículo de la Escritura y sacude, por así decirlo, cada rama, para que, si es posible, caiga algún fruto". [19] —

Si oramos por el alimento de nuestro alimento físico en cada comida, ¡cuánto más debemos orar por el alimento espiritual de cada lectura de la Biblia! Si no nos atrevemos a tocar nuestra comida y bebida antes de orar, ¿cómo nos atrevemos a tocar el Libro sagrado de Dios, nuestra comida y bebida espiritual, sin oración?

La oración también implica necesariamente acción de gracias: "Si debemos alabar a Dios cuando ha alimentado nuestros cuerpos, ¿cuánto más cuando ha alimentado nuestras almas?" [20] No seamos fervientes en pedir y luego fríos en dar gracias. Más bien, oremos para leer con temor piadoso y humilde acción de gracias, recordando que el creyente que es superficial en la lectura de la Biblia será superficial en la vida cristiana.

Si la Biblia va a entrar en nosotros, debemos entrar en ella. "La Biblia que se está cayendo a pedazos", escribió Vance Havner, "generalmente pertenece a alguien que no lo está". [21] Descuidar la Palabra es descuidar al Señor, pero aquellos que leen la Escritura, en Tomás Las palabras de Watson, "como una carta de amor enviada a ti por [22] experimentarán su Dios", poder reconfortante y transformador. [23]

La Predicación de la Palabra de Dios

El segundo medio por el cual la Palabra de Dios nos transforma es la predicación. Si la Escritura es una fuerza tan poderosa para la transformación de la vida del pueblo de Dios, ¡con qué gran diligencia y celo deben los predicadores exponer la Palabra de Dios inscrita! Si, por designación de Dios mismo, la predicación fiel de la Palabra es la primera marca de una iglesia verdadera y el medio principal de gracia dadora de vida y transformadora de vida para el pueblo de Dios, qué solemne responsabilidad recae sobre aquellos que son llamados a proclamar las "inescrutables riquezas de Cristo" 24 reveladas en estos "oráculos de Dios".

—

Pero esto obliga a una pregunta escrutadora: si estamos de acuerdo en que la Biblia es un libro milagroso, poderoso, viviente, inerrante, autorizado y el mismísimo aliento de Jehová, ¿por qué no hay mayor evidencia de su poder transformador en nuestras congregaciones? ¿Por qué muchos permanecen tan "no transformados" y mundanos en conversación y acción? Sin duda, una gran parte de la respuesta radica en su falta de lectura y audición correctas de la Palabra, junto con los ataques de Satanás, un mundo tentador y sus propios corazones pecaminosos y vidas indisciplinadas. Después de todo, cuando la televisión se ve más que la Palabra de Dios y los sitios de Internet se leen con más seriedad que las Escrituras, ¿qué se puede esperar?

Sin embargo, el problema de la falta de transformación no radica solo en las bancas. Reside también en nosotros los ministros que fallamos en responder a la Palabra "en obediencia 25 y en poder de Dios con entendimiento, fe y reverencia", — carecemos del poder de la Palabra y el Espíritu en nuestra predicación. Entonces, ¿deberíamos sorprendernos cuando las personas en nuestros bancos carezcan de vidas transformadas?

Para que la Palabra de Dios transforme la vida de nuestro pueblo, por supuesto, siempre dependemos de la obra del Espíritu Santo. Pero esta no es toda la respuesta. La historia de la iglesia deja en claro que el Espíritu Santo honra la predicación que lleva ciertas marcas críticas y bíblicas. Como predicadores, tenemos la responsabilidad de examinar nuestra predicación a la luz de varias preguntas de sondeo: **Primero, ¿realmente estoy predicando la Palabra?** El mandato de Pablo a Timoteo es "Predica la Palabra" (2 Ti. 4:2). El comando define la tarea. Timoteo debe abrir, explicar y aplicar las Sagradas Escrituras, que ha conocido desde la niñez (2 Timoteo 3:15). Él debe ser un *ministro* o *servidor* de la Palabra. los

Las Escrituras deben ser para él lo que un amo es para un esclavo: todo lo ordena, todo lo provee, todo lo determina.

Esto explica por qué la predicación de la Reforma era una predicación expositiva. El Dr. Martyn Lloyd-Jones definió la predicación expositiva con estas palabras: “Un sermón siempre debe ser expositivo. En un sermón el tema o doctrina es algo que surge del texto y su contexto. Entonces, un sermón no debe comenzar con el tema como tal; debe comenzar con la Escritura que contiene una doctrina o un tema. Esa doctrina debe entonces ser tratada en términos de este

escenario particular.” [26]

El ministro de la Palabra debe aferrarse a esta tarea y servir a su maestro bíblico con devoción y concentración resueltas.

La fidelidad al ejemplo de los apóstoles y reformadores requiere que el predicador se dedique tanto a la oración como al ministerio de la Palabra (Hechos 6:4). No predicar la Palabra es no predicar en absoluto. No orar para que el Espíritu use la Palabra como poder transformador es predicar en vano.

Segundo, ¿estoy predicando todo el consejo de Dios? Todo predicador debe tener dos cosas en mente en todo momento. Primero, tiene una responsabilidad personal por el bienestar eterno de sus oyentes. Segundo, un día debe dar cuenta de su mayordomía de la Palabra de Dios. Al despedirse de los ancianos de Éfeso, Pablo pudo hacer dos grandes afirmaciones (Hechos 20:20, 27). Primero, “no os reservé nada que os fuera de provecho”. Él les había dicho a sus oyentes todo lo necesario para su salvación y bienestar eterno. Segundo, “no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios”. Como mensajero, Pablo había entregado completa y fielmente el mensaje que Dios le había encomendado.

Todo esto apunta a la necesidad de sistema, equilibrio, diligencia y enfoque pastoral en la predicación. Se han empleado dos artificios en las iglesias de la Reforma para asegurar estos fines. La primera es *la lectio continua,* o exposición serial de las Escrituras. Versículo por versículo, capítulo por capítulo, libro por libro, las Escrituras se abren, explican y aplican. Este método es tan antiguo como Ulrico Zwinglio y Calvino, y tiene su precedente en la predicación de la sinagoga, donde la predicación estaba ligada a la lectura sistemática de la Ley y los Profetas (Lc 4,16-21).

El otro método es la predicación del catecismo, particularmente común en la tradición reformada holandesa. La predicación del catecismo es la exposición sistemática de un catecismo, más comúnmente el Catecismo de Heidelberg, que se dividió en cincuenta y dos porciones para los cincuenta y dos Días del Señor del año. El catecismo es, por un lado, una presentación completa y equilibrada de la doctrina bíblica y, por el otro, una aplicación profunda de esa doctrina a las necesidades del cristiano, tanto como pecador como santo.

Cualquiera de los métodos tiene sus fortalezas y debilidades, pero ambos van mucho más allá.

lograr los grandes fines de decir todo lo que se necesita decir, desde el punto de vista de los oyentes, y decir todo lo que Dios quiere que digamos como Su consejo, entregado a los hombres y enviado a todo el mundo.

En cualquier caso, todo este consejo requiere que se predique descaradamente el análisis absolutamente devastador de la condición humana que presenta la Escritura (Gén. 6:5; Ef. 2:1). Requiere la predicación de la gracia divina y soberana como la respuesta victoriosa y suficiente para la difícil situación del hombre (Ef. 2:5; Rom. 9:16). Necesita dirigir al pecador a esta gracia, llamándolo a la fe y al arrepentimiento, y ofreciendo esperanza exclusivamente en Jesucristo para “sabiduría, justicia, santificación y redención” (1 Cor. 1:30). Requiere la predicación de que el cristiano debe presentarse a sí mismo como “sacrificio vivo de acción de gracias” a Cristo (Rom. 12:1). requiere impulsar las directivas inmutables de las Escrituras[27] Eso y las demandas de gran alcance en todas las esferas de la vida, en lugar de seguir la agenda caleidoscópica de los hombres. Como dijo Lutero, en lugar de predicar contra los testaferros, el predicador fiel traerá la Palabra de Dios a cada verdad pertinente que él sabe que su congregación (con sus peculiares tentaciones) necesita abordar.

Tercero, ¿estoy predicando la Palabra de Dios con claridad y pasión? Lloyd Jones definió la predicación como "¡Lógica en llamas!" El escribio:

> ¿Qué es la predicación? ¡Lógica en llamas! ¡Razón elocuente! ¿Son estas contradicciones? Por supuesto que no lo son. La razón concerniente a esta Verdad debe ser poderosamente elocuente, como lo ven en el caso del Apóstol Pablo y otros. Es teología en llamas. Y una teología que no se enciende, sostengo, es una teología defectuosa; o por lo menos la comprensión del hombre de ella es defectuosa. La predicación es teología que viene a través de un hombre que está en llamas. [28]

Todo predicador debe luchar con las tendencias de su propia personalidad. Algunos tienden a tener una orientación intelectual y su predicación es ordenada, sustancial y, sin embargo, bastante desapasionada y fría. Otros están orientados emocionalmente; tienden a "ir por el intestino". El objetivo de todo predicador debe ser una mezcla completa de orden y pasión, lógica y fuego.

Es la enseñanza de las Escrituras que somos salvos “mediante la santificación del Espíritu y la *fe en la verdad” (2* Tes. 2:13, énfasis añadido). El evangelio es “palabra” (logos), “discurso” (rhema), “mensaje” (kerygma) y “doctrina” (didache). Predicar el evangelio de una manera descuidada, desordenada e ilógica es contradecir su carácter mismo. Al mismo tiempo, el predicador está tratando asuntos de la mayor importancia y consecuencias para él y sus oyentes.
Debe conocer los terrores del Señor, y predicar con temor y temblor. Él

debe ser constreñido por el amor de Cristo, y predicar con amor y lágrimas (2 Cor. 5:9-21).

La historia de la iglesia ha confirmado que el Espíritu transforma vidas con mayor frecuencia bajo la predicación bíblica que se presenta con una lucidez convincente y una convicción sincera. En los Estados Unidos, esta potente combinación fue el secreto subyacente de grandes y poderosos predicadores como Jonathan Edwards y Samuel Davies.[29]

Cuarto, ¿estoy predicando la Palabra de Dios tanto experimentalmente como doctrinalmente? Predicar experimentalmente (o experiencialmente) es abordar el asunto vital de la experiencia cristiana y, en particular, la forma en que el cristiano experimenta la verdad de la doctrina cristiana en su vida. El término *experimental* proviene del latín *experimentum,* que significa “ensayo”, derivado del verbo experior, que significa “probar, probar, probar, poner a prueba”. El mismo verbo también puede significar “experimentar, encontrar o conocer por experiencia”, y así da origen a la palabra *experientia,* que significa “ensayo, experimento” y “el conocimiento adquirido por experiencia”.[30] Calvino usó indistintamente experimental (*experimentum*) y experiencial (*experientia*), ya que ambas palabras, desde la perspectiva de la predicación bíblica, indican la necesidad de "examinar" o "probar" la experiencia adquirida por la piedra de toque de la Escritura.[31]

La predicación experimental enfatiza la necesidad de “conocer por experiencia” las grandes verdades de la Palabra de Dios. La predicación experimental busca explicar, en términos de la verdad bíblica, cómo *van* las cosas y cómo *deberían ir* en la vida cristiana, y aspira a aplicar la verdad divina a toda la gama de la experiencia del creyente, tanto como individuo como en todas sus relaciones. en la familia, la iglesia y el mundo que lo rodea. Como escribe Paul Helm:

> La situación [hoy] exige una predicación que abarque toda la gama de la experiencia cristiana y una teología experimental desarrollada. La predicación debe dar orientación e instrucción a los cristianos en términos de su experiencia real. No debe tratar con irrealidades ni tratar a las congregaciones como si vivieran en un siglo diferente o en circunstancias completamente diferentes. Esto implica tomar la medida completa de nuestra situación moderna y entrar con plena simpatía en las experiencias reales, las esperanzas y los temores del pueblo cristiano.[32]

La predicación experimental debe ser una predicación discriminatoria. La predicación discriminatoria define la diferencia entre el cristiano y el no cristiano.
La predicación discriminatoria es la llave por la cual se abre el reino de los cielos

a los creyentes y cerrada a los incrédulos. La predicación discriminatoria promete el perdón de los pecados y la vida eterna a todos los que por una fe verdadera abrazan a Cristo como Salvador y Señor; igualmente proclama la ira de Dios y la condenación eterna como el juicio de Dios sobre los incrédulos, los impenitentes y los inconversos. Tal predicación nos enseña que a menos que nuestra religión sea experiencial, pereceremos, no porque la experiencia misma salve, sino porque el Cristo que salva a los pecadores debe ser experimentado personalmente como la roca sobre la cual se edifican nuestras vidas (Mat. 7:22-27; 1 Corintios 1:30; 2:2).

La predicación experimental también es aplicable. Aplica el texto a cada aspecto de la vida y necesidad espiritual del oyente. De esta manera, busca promover una religión que sea verdaderamente un poder y no una mera forma (2 Tim. 3:5). Este tipo de religión experimental fue definida por Robert Burns como "el cristianismo llevado a casa a los 'negocios y pechos de los hombres'. En una palabra, el principio sobre el que descansa la religión experimental es simplemente este, que el cristianismo no solo debe ser conocido, entendido y creído, sino también sentido, disfrutado y aplicado en la práctica[33].

¡Cuán diferente es esto de gran parte de la predicación contemporánea! La Palabra de Dios a menudo se predica hoy de una manera que nunca transformará a nadie porque nunca discrimina ni aplica. La predicación se reduce entonces a una conferencia, una demostración, un abastecimiento a los deseos y comodidades de los hombres, o una forma de "experiencialismo" que se desprende del fundamento de la Escritura. Tal predicación falla en exponer de la Escritura lo que los reformadores llamaron religión *vital :* cómo un pecador es continuamente despojado de toda su propia justicia; cómo es conducido a Cristo solo para una salvación completa; cómo encuentra gozo en la simple confianza en Cristo y se esfuerza por obedecerle; cómo se enfrenta a la plaga del pecado que mora en él, lucha contra la reincidencia y gana gradualmente la victoria por la fe en Cristo.

No es de extrañar que cuando la Palabra de Dios se predica experimentalmente, se muestra como una gran fuerza para la transformación tanto de los individuos como de las naciones: "poder de Dios para salvación" (Rom. 1:16). Porque tal predicación proclama desde las puertas del infierno, por así decirlo, que aquellos que no han nacido de nuevo pronto cruzarán estas puertas para morar eternamente en la falta de hogar del infierno a menos que se arrepientan (Lucas 13:1-9). Tal predicación proclama desde las puertas del cielo que los regenerados, que perseveran en la santidad por la gracia preservadora de Dios, pronto atravesarán estas puertas hacia la gloria eterna y la comunión incesante con el Dios trino. Tal predicación es transformadora porque corresponde a la experiencia vital de los hijos de Dios (cf. Rm 5, 1-11); expone claramente las marcas y frutos de la gracia salvadora que deben ser característicos del creyente (Mateo 5:3-12; Gálatas 5:22-23); y pone ante el creyente y el incrédulo por igual

sus futuros eternos (Ap. 21:1-9). [34]

Quinto, ¿la forma de mi predicación y todo mi ministerio confirman el mensaje que proclamo? Uno de los problemas del púlpito contemporáneo es el discordante contraste entre la naturaleza seria del mensaje proclamado y la forma informal en que se entrega. Los predicadores cuyos modales dan la impresión de que no tienen nada especialmente importante que decir no deberían sorprenderse si nadie les presta atención seria.

La manera de nuestra predicación debe confirmar la seriedad de lo que tenemos que decir. Los teólogos de la Asamblea de Westminster entendieron este vínculo fundamental entre el estilo y la sustancia. Concluyen su discusión sobre el método en la predicación en *The Directory for the Public Worship of God* (1645) al abordar el tema del estilo o la manera, y encargan a todos los predicadores que tanto su predicación como "todo el ministerio" deben realizarse en el espíritu de estas siete marcas: (1) *dolorosamente,* es decir, laboriosamente, no negligentemente; (2) *claramente,* para que los más incultos puedan comprender la enseñanza de la Escritura; (3) *fielmente,* anhelando el honor de Cristo, la salvación de los perdidos y la edificación de los creyentes; (4) *sabiamente,* enseñando y amonestando de la manera más adecuada para prevalecer entre los feligreses; (5) *gravemente,* como conviene a la Palabra; (6) *con amor,* con celo piadoso y deseo sincero por el bienestar de las almas; y (7) *sinceramente,* estando interiormente persuadidos de la verdad de Cristo y andando delante del rebaño tanto en privado como en público. [35] si estas siete cualidades se ejemplificaran más plenamente en la predicación y el ministerio de hoy, ¿no veríamos más del poder transformador de la Palabra de Dios en nuestras iglesias?

Los ministros deben buscar la gracia para edificar la casa de Dios con ambas manos, con su doctrina y su vida. "La verdad es para la piedad", dijeron los presbiterianos de la vieja escuela. La doctrina debe producir vida, y la vida debe adornar la doctrina. Los predicadores deben ser lo que predican y enseñan. No solo deben aplicarse a sus textos, deben aplicar sus textos a sí mismos. [36] "Predica más", escribió John Boys, "aquel que vive mejor". [37] Quizás Robert Murray M'Cheyne lo dijo mejor: "La vida de un ministro es la vida de su ministerio.... En gran medida, de acuerdo con la pureza y la perfección del instrumento, será el éxito. No son los grandes talentos los que Dios bendice tanto como la semejanza a Jesús. Un ministro santo es un arma terrible en la mano de Dios". [38]

La audiencia de la Palabra de Dios

Un tercer medio por el cual la Palabra de Dios nos transforma es el escucharla. Gran parte de lo que Greenham dijo anteriormente sobre la lectura de las Escrituras se aplica también a la escucha de la Palabra. Thomas Watson ofrece ayuda específica con respecto a escuchar la predicación de la Palabra de Dios. 39 Aquí están los “diez mandamientos” para escuchar la Palabra de Dios predicada: Mientras leemos esta lista, haríamos bien en preguntar después de cada punto: ¿Estoy realmente escuchando la Palabra de Dios? ¿Soy un buen oyente del evangelio proclamado?

1. Cuando vengas a la casa de Dios a escuchar Su Palabra, no olvides prepara tu alma con la oración.
2. Venir con un santo apetito por la Palabra (1 Pedro 2:2). Un buen apetito favorece la buena digestión.
3. Venir con un corazón tierno y dócil (2 Crónicas 13:7), preguntando: “Señor, ¿qué quieres que haga?” (Hechos 9:6). Es una tontería esperar una bendición si vienes con un corazón endurecido y mundano.
4. Estar atentos a la Palabra predicada. En Lucas 19:48, se nos dice que la gente “estaba muy atenta” a Cristo. Traducido literalmente, el texto dice: "se aferraron a él, escuchando". Lidia evidenció un corazón abierto por el Señor cuando ella "asistió" o "volvió su mente" a las cosas dichas por Pablo (Hechos 16:14). Tal atención también implica desterrar los pensamientos errantes, el embotamiento mental y la somnolencia (Mat. 13:25). Considere el sermón como realmente es: un asunto de vida o muerte (Deuteronomio 32:47).

5. “Recibid con mansedumbre la palabra implantada” (Santiago 1:21). La mansedumbre implica un estado de ánimo sumiso: “la disposición a oír los consejos y las reprensiones de la palabra”. A través de la mansedumbre, la Palabra es “injertada” en el alma y produce “el dulce fruto de justicia”.
6. Mezclar la Palabra predicada con la fe: “La palabra predicada no les aprovechó, por no ir acompañada de fe” (Hebreos 4:2). Roland H. Bainton, resumiendo el punto de vista de Lutero, escribió: “La fe no es un logro, es un regalo. Sin embargo, viene solo a través del escuchar y estudiar la Palabra”. 40 Si falta el ingrediente principal de una medicina, la medicina no será efectiva; as que asegrese de no omitir el ingrediente principal, la fe, como usted

escuchar un sermón. Cree y aplica la Palabra. Vestíos de Cristo como es predicado (Rom. 13:14); aplicar las promesas tal como son pronunciadas.

7. Esfuérzate por retener y orar por lo que has oído. No dejes que el sermón corra por tu mente como el agua por un colador (Hebreos 2:1). "Nuestro los recuerdos deben ser como el cofre del arca, donde se puso la ley”. [41] Como aconsejó Joseph Alleine: “Ven de tus rodillas al sermón, y ven del sermón a tus rodillas”. [42]

8. Practica lo que has escuchado. “Vive” los sermones que escuchas. Escuchar eso no reforma tu vida nunca salvará tu alma. Los hacedores de la Palabra son los mejores oyentes. ¿Qué valor tiene una mente llena de conocimiento cuando no va acompañada de una vida fructífera?

9. Rogar a Dios que acompañe su Palabra con la bendición eficaz del Espíritu Santo (Hechos 10:44). Sin el Espíritu, la medicina de la Palabra puede tragarse, pero no resultará en sanidad.

10. Familiarícese con lo que ha escuchado. Cuando llegues a casa, habla con tus seres queridos sobre el sermón de una manera edificante: “Hablará mi lengua tu palabra” (Sal. 119:172). Recuerde cada sermón como si fuera el último que escuchará, porque ese puede ser el caso.

Bajo la bendición del Espíritu, si estos “diez mandamientos” para escuchar la Palabra son obedecidos concienzudamente, la Palabra predicada será un poder transformador en nuestras vidas. Si, por el contrario, se ignoran estas instrucciones y la Palabra predicada no es eficaz para nuestra salvación, será eficaz para nuestra condenación. Watson concluye acertadamente: “La palabra será eficaz de una forma u otra; si no mejora vuestros corazones, hará más pesadas vuestras cadenas... Terrible es el caso de los que van cargados de sermones al infierno.” [43]

Debería ser evidente de la discusión anterior que para leer, predicar y escuchar la Palabra de Dios correctamente, y así experimentar su poder transformador, necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. El Catecismo de Heidelberg afirma: “Dios dará Su gracia y Espíritu Santo sólo a aquellos que con profundos suspiros suplican sin cesar *El Libro de Oración Común* (1662) ofrece para el segundo ellos de Él y darle gracias por ellos.” [44] domingo de Adviento un modelo de tal oración para los cristianos de hoy:

> Bendito Señor, que hiciste que todas las Sagradas Escrituras se escribieran para nuestra enseñanza: Concédenos que las oigamos, las leamos, las marquemos, las aprendamos y las digamos interiormente, que por la paciencia y el consuelo de tu santa Palabra, podamos abrazarlas. y manténganse siempre firmes en la bienaventurada esperanza de la vida eterna, que

nos has dado en nuestro S av ador J esu C h ris to. Un yo n.4 5

El Canto de la Palabra de Dios

Una cuarta forma en que los creyentes experimentan el poder transformador de la Palabra es en el canto de los salmos. He aquí un uso de la Palabra de Dios que se descuida en nuestros días, tanto en la adoración pública como en la devoción privada. Por el contrario, las generaciones anteriores del pueblo de Dios usaron los salmos intensamente. Los salmos no solo se usaban en el culto público, tanto en prosa como en métrica, sino también en el culto familiar y en privado. Se animó a los cristianos a memorizar las versiones métricas de los salmos, para que pudieran alabar a Dios verdaderamente “de corazón”.

Este uso de los salmos tiene una historia antigua. Aunque su composición y uso en la adoración están asociados especialmente con el rey David, está claro en las Escrituras que al menos algunas partes del Salterio son mucho más antiguas y se usaban desde los días de Moisés. Uno de los salmos más conocidos y más utilizados lleva el subtítulo: “Oración de Moisés, el hombre de Dios” (ver Sal. 90).
Las muchas citas del libro de los salmos entretejidas en el texto del Nuevo Testamento nos recuerdan el lugar que tenían en el culto y la predicación de la iglesia apostólica.

En las iglesias del período de la Reforma, el canto de salmos floreció como nunca antes. En opinión de Calvino, el canto de salmos métricos servía como una forma de oración colectiva o común. Cantar los salmos en el culto público, o en el hogar, en el trabajo e incluso en el campo de batalla, se convirtió en la marca misma de un protestante. Aunque el uso de otros textos, tanto canónicos como de otro tipo, encontró algún lugar en muchas iglesias reformadas, los salmos alcanzaron un lugar temprano de preeminencia que no se abandonó durante mucho tiempo.

La razón de esto no es difícil de encontrar. Como escribió el Dr. Henry Beets en su “Introducción histórica y explicativa” impresa con la edición de 1927 del Salterio usado en la Iglesia Cristiana Reformada en ese momento: “Los salmos cumplen con los grandes requisitos de alabanza, exaltando a Dios en Su ser y obra y que contiene confesiones de nuestra indignidad, nuestra fe, nuestra gratitud, nuestras necesidades”.
Citando de una fuente no identificada, Beets agrega: “'En los salmos escuchamos la nota permanente, eterna y fundamental del corazón piadoso resonando'. ”

Si alguien pregunta por qué los salmos deben usarse en distinción o preferencia a otros himnos y canciones conocidas y usadas en las iglesias protestantes de hoy, se deben decir dos cosas. Primero, los salmos son la Palabra de Dios, dada por

inspiración del Espíritu Santo. Poseen una vida, un poder y una perfección inherentes que tienen en común con todas las demás partes de las Sagradas Escrituras.
Segundo, es la voluntad de Dios y el mandato de Dios que Su pueblo lo alabe con los salmos (ver Sal. 95:2; 98:5; 105:2; Ef. 5:19; Col. 3:16; Santiago 5:13).
46

Debido a que el uso privado y devocional de los salmos es una forma de meditar en la Palabra de Dios, es bueno que estén "escondidos en el corazón" a través de la memorización. Las versiones métricas de los salmos se prestan especialmente bien a este propósito. El dominio del contenido del Salterio equipará al creyente con una rica teología de la experiencia cristiana y un manual de alabanza y oración completamente desarrollado. A los padres cristianos se les recuerda su obligación bíblica de enseñar los salmos a sus hijos como "las alabanzas de Jehová" (Sal. 78:4) y "los cánticos de Sión" (Sal. 137:3). Claramente, el uso de la Palabra de Dios de esta manera brinda a la familia piadosa un gran deleite espiritual y la fuerza y ayuda que tanto necesita.

Se puede decir con justicia que la Reforma no habría sido el movimiento poderosamente transformador que fue si no hubiera sido por el canto de salmos, que no solo enriqueció la adoración pública y colectiva de las iglesias, sino que también llevó el poder de la Palabra de Dios a la comunidad. caminos y lugares públicos de las naciones, y en los hogares y corazones del pueblo de Dios. Si al Espíritu Santo le complace revivir las iglesias en nuestros días, una evidencia de tal avivamiento será el regreso al canto de los salmos lleno del Espíritu, tanto en la adoración pública como en la devoción privada.
47

Finalmente, debemos preguntarnos: ¿Cómo podemos saber si la Palabra que se lee, se escucha, se predica y se canta realmente nos está siendo aplicada por el Espíritu de Dios? Podemos saber por lo que precede, acompaña y sigue a esa aplicación. Antes de la aplicación del Espíritu, se hace lugar en el alma para la Palabra. Con la aplicación del Espíritu, hay un sentido de idoneidad y poder, ya sea el poder de la voz apacible y delicada del evangelio (1 Reyes 19:12) o los truenos del Sinaí (Éxodo 19:16), que nos persuade que estamos recibiendo para el bienestar de nuestras almas precisamente la palabra y la instrucción de Dios que necesitamos recibir. Y lo más importante, cuando Dios aplica Su Palabra a nuestras almas, "los frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios" (Filipenses 1:11), comienzan a aparecer.
La vieja naturaleza se mortifica y el culto pecaminoso del yo comienza a disminuir; se vivifica la nueva naturaleza y aumenta la presencia manifiesta de Cristo en nuestras vidas. Donde falta tal fruto y evidencia de la obra del Espíritu con la Palabra, la Palabra no se está usando correctamente. "Porque por el fruto se conoce el árbol" (Mat. 12:33b).

LOS FRUTOS DE LA TRANSFORMACIÓN

¿Cuáles son algunos de los frutos o efectos del poder transformador de la Palabra? Consideraremos cuatro: verdadera conversión, sabiduría, alegría y luz para los moribundos.[48]

Primero, la verdadera conversión es fruto del poder transformador de la Palabra. “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma” (Sal. 19:7a). Aquí la Palabra de Dios se describe como “ley” o “instrucción” (o “doctrina”). Bajo la instrucción de Jehová dada en Su Palabra, la vida interior del hombre cambia y se redirige.

La Palabra de Dios suscita en el corazón un dolor sincero por haber provocado a Dios con nuestros pecados, inspira un odio santo hacia esos pecados y despierta el impulso de huir de ellos. Al mismo tiempo, la Palabra de Dios llena el corazón de gozo en Dios por medio de Cristo, e imparte un nuevo amor y deleite para vivir según la voluntad de Dios en la obediencia de la fe. 49

Esto es lo que significa la conversión del alma. El carácter y la dirección de la vida interior del hombre se revolucionan. Esta nueva dirección, sin embargo, es en realidad un regreso al camino en el que Dios le ordenó a Adán que caminara al principio. El apóstol Pablo lo describe en estos términos: “Renovaos en el espíritu de vuestra mente; y... vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:23-24). Tal conversión es verdaderamente una restauración del alma (Sal. 19:7a).

Segundo, un nuevo conocimiento o sabiduría espiritual acerca de Dios es fruto del poder transformador de la Palabra. Las Escrituras identifican el pecado con la necedad o la necedad, y no hay mayor necedad que la necedad de la incredulidad. “Dice el necio en su corazón: No hay Dios” (Sal. 14:1). Esta locura es reprobable porque va en contra de la evidencia suministrada en el “libro más elegante” 50 de la creación misma. “El cielo declara la gloria de Dios; y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal. 19:1). “Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, se hacen claramente visibles, siendo entendidas por las cosas que son hechas, su eterno poder y Deidad” (Rom. 1:20).

Hablando de algunos de los más grandes intelectuales y filósofos de la humanidad, personas que han negado la existencia de Dios a pesar de su brillantez, Pablo declara: “Haciéndose pasar por sabios, se hicieron necios” (Rom. 1:22).

Tanta locura sólo puede ser vencida por el testimonio de la Sagrada Escritura, confirmada por el testimonio del Espíritu en el corazón. La verdadera sabiduría, y la vida eterna, es conocer a Dios ya Jesucristo a quien Él ha enviado (Juan 17:3). La locura de la incredulidad desaparece cuando los hombres reciben y descansan en el testimonio seguro de la Palabra de Dios: “El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo” (Sal. 19:7b).

Tercero, el gozo es fruto del poder transformador de la Palabra. El hombre moderno está plagado de infelicidad, ansiedad, depresión y desesperación. Nuestra era de abundancia material se ha convertido en una era oscura del alma, una era de pobreza espiritual y escasez. El vacío, la esterilidad y la fealdad del arte, la música, la literatura y la filosofía modernos dan testimonio de la triste situación del hombre moderno (y posmoderno). No es una mera coincidencia que esta era de esterilidad y degradación cultural haya estado acompañada por un abandono del cristianismo bíblico en toda la cultura y el derrocamiento de las normas de conducta enseñadas en la Palabra de Dios.

¡Qué diferentes son las cosas para los que se aferran a la Palabra de Dios! “Los estatutos de Jehová son rectos, que alegran el corazón” (Sal. 19:8a). Los estatutos son leyes vigentes, estándares universales, normas permanentes; Dios ha provisto a Su pueblo con tales leyes, estándares y normas en Su Palabra. Mediante estos debemos “regular nuestra vida con toda honestidad para la gloria de Dios, de acuerdo con Su voluntad”. 51

Tal obediencia a la ley de Dios está lejos de ser una carga para el cristiano. “Sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3b). Por el contrario, son un camino de alegría y regocijo, ya que la pobreza espiritual da paso a la riqueza espiritual. “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jeremías 15:16). “Me he regocijado en el camino de tus testimonios, más que en todas las riquezas” (Sal. 119:14). Afortunadamente, hay al menos algunos hoy que se están alejando de la anarquía y la confusión del mundo del hombre moderno y redescubriendo el gozo de vivir una vida ordenada, productiva y satisfactoria por la obediencia a la Palabra de Dios.

Cuarto, la luz para los moribundos es fruto del poder transformador de la Palabra. “El mandamiento de Jehová es puro, que alumbra los ojos” (Sal. 19:8b).
Aquí la Palabra de Dios se caracteriza como mandamiento; el uso del singular nos recuerda el origen divino, la unidad orgánica y la suprema autoridad de la Sagrada Escritura: “el mandamiento del Señor”.

Las palabras del salmista revelan su significado más profundo cuando son vistas en el contexto de la muerte y el morir, el más temible y universal de todos los problemas de la existencia humana. Como escribió Joseph A. Alexander: “Iluminar los ojos se entiende por iluminación intelectual con respecto a las cosas espirituales.
Pero es más agradable al uso hebreo suponer una alusión a la oscuridad

de los ojos producidos por una debilidad extrema y la muerte cercana, cuya recuperación se representa figurativamente como una iluminación del ojo”. [52]

Ante la muerte inminente, la sabiduría del hombre falla y la autoridad humana debe retroceder. Un hombre moribundo se queda sin ayuda ni consuelo cuando la luz se desvanece y la oscuridad se profundiza a su alrededor. Los hombres y mujeres modernos pueden discutir sin vergüenza los detalles más íntimos de la sexualidad humana, pero caen en un silencio embarazoso cuando se plantea el tema de la muerte y el morir. Debido a que rechazan las Escrituras, los no salvos no tienen nada por lo que vivir y, en consecuencia, no tienen nada con lo que morir.

Sólo la Palabra de Dios arroja luz sobre estos asuntos oscuros. “Este Dios es nuestro Dios por los siglos de los siglos; él será nuestro guía hasta la muerte” (Sal. 48:14). Si como ley permanente la Palabra de Dios nos sirve bien para vivir nuestras vidas día tras día, sirve aún mejor como guía cuando entramos en el “valle de sombra de muerte” (Sal. 23:4). Para aquellos que reciben la Palabra de Dios como su lámpara de la verdad, esta luz brilla con un brillo inquebrantable e inagotable, una luz pura que revela los secretos del mundo invisible.

Por un lado, se nos advierte de las llamas eternas, las tinieblas de afuera y el gusano que no muere; tal es el juicio preparado para los impíos. El tormento de morir debe prolongarse en una muerte perpetua. Por otro lado, se nos habla de la seguridad, la bienaventuranza y el descanso otorgados a aquellos que mueren en la fe, aferrándose a las promesas. Lo mejor de todo es que aprendemos que “estar ausente del cuerpo” es “estar presente con el Señor” (2 Corintios 5:8). Sólo quien conoce y cree por gracia lo que revela la Palabra de Dios puede decir con Pablo que “morir es ganancia” (Fil. 1:21).

John Flavel lo resumió bien: “Las Escrituras nos enseñan la mejor manera de vivir, la forma más noble de sufrir y la forma más cómoda de morir”. [53]

CONCLUSIONES

De la discusión anterior, podemos ver por qué los reformadores eligieron confiar tan exclusivamente en la Palabra de Dios como la única regla de fe y vida, y enfocarse tan intensamente en la obra de la predicación. En primer lugar, recibieron y afirmaron de todo corazón el propio testimonio de la Escritura, confirmado por el testimonio del Espíritu en sus corazones:

> Recibimos todos estos libros, y sólo estos, como santos y canónicos, para la regulación, fundamento y confirmación de nuestra fe; creyendo sin duda todo lo que en ellos se contiene, no tanto porque la Iglesia los reciba y apruebe como tales, sino más especialmente porque el Espíritu Santo da testimonio en nuestros corazones de que son de Dios, de lo cual llevan en sí mismos la prueba misma. 54

—

Tenga en cuenta la afirmación radical hecha a favor de la fe de los reformadores: *sin duda creían en todas las cosas contenidas en las Escrituras.* Parte de la debilidad del evangelicalismo moderno es que, a pesar de todas sus protestas en nombre de la infalibilidad bíblica, hay demasiados casos en los que este o aquel erudito cuestiona alguna declaración o enseñanza particular de las Escrituras.

En segundo lugar, los reformadores actuaron sobre la lógica de su posición. Abandonaron todos los demás llamados y se entregaron a la predicación como la obra suprema de sus vidas. Pusieron mucho en su predicación, y esperaban mucho como resultado de la sana predicación de la Palabra. Aquí nuevamente, el evangélico moderno debe ser criticado, porque pone muy poco contenido o sustancia en su predicación, con el pretexto de que el hombre moderno tiene algunas dificultades únicas para escuchar la Palabra. Quizás es por eso que tantos ven solo resultados escasos.

Tristemente, parece que algunos predicadores evangélicos modernos no son conscientes de haber adoptado una visión contraproducente de la predicación, así como tampoco son conscientes de cómo su "evangelicalismo" está muy por debajo de la rica fe bíblica de la Reforma. Como resultado, muchas iglesias evangélicas han estado comprometidas durante algún tiempo en la búsqueda de algún sustituto de la predicación (altas liturgias eclesiásticas, teatro, videos, bandas de jazz, bailes "sagrados", etc.) que ganará audiencia en nuestros días. Muchos ensayo

Se han hecho de estos sustitutos, y aunque los resultados son uniformemente infructuosos, los experimentos desesperados continúan, proporcionando poco más que artículos de fondo en las páginas de religión de los periódicos de la nación.

No sabemos cuándo cesará esta búsqueda de un sustituto, pero cuanto antes, mejor. La historia de la Reforma confirma que la predicación de la Palabra de Dios es el medio más eficaz para hacer llegar su poder transformador a las situaciones que enfrentamos en el mundo. Lo que se necesita no es reemplazar el púlpito, sino restaurarlo. Los servicios públicos de adoración deben ser purgados de toda la escoria añadida para competir con el sermón. El sermón debe ser purgado de todo el humor inapropiado, las historias repetidas sin cesar y probablemente apócrifas, la psicología popular y toda la atención prestada a los deportes, la política, la televisión y varias campañas para reformar los males de la sociedad.

Cuando toda esa escoria haya sido purgada, los predicadores de hoy pueden regresar a su verdadero llamado a predicar la Palabra en su plenitud, riqueza y poder. Descubrirán que el evangelio bíblico todavía tiene poder para conquistar la incredulidad y convertir a los perdidos. Descubrirán que la Palabra de Dios tiene el poder de reformar y revivir la iglesia. Descubrirán que la Palabra es un arma poderosa en nuestra guerra contra el mundo, la carne y el Diablo. En palabras de Lutero, "El mundo es conquistado por la Palabra, y por la Palabra la iglesia es servida y reconstruida". 55 También descubrirán que nada es más agradable y aceptable a Dios; nada más honrado por el Espíritu Santo; nada más seguro

para mantener, aumentar y extender la iglesia y el reino de nuestro Salvador Jesucristo; y nada más adecuado para traer de regreso a la casa del Padre a los muchos hijos e hijas pródigos de Dios.

Los cristianos de hoy necesitan estar intensamente centrados en la Palabra al predicar, orar, adorar y vivir. En las palabras de Henry Smith: "Debemos poner la Palabra de Dios siempre delante de nosotros como una regla, y no creer sino lo que enseña, amar nada sino lo que prescribe, odiar nada sino lo que prohíbe, hacer nada sino lo que manda." 56

Nuestros tiempos esperan una generación de lectores, predicadores y oyentes que hayan experimentado la Palabra de Dios como un poder transformador en sus vidas.

notas

1 Para una bibliografía comentada de estos trabajos, véase la serie de artículos de Joel R. Beeke en el *Christian Observer* del 5 de mayo al 7 de julio de 1995.

2 Stephen Charnock, “Un discurso de la palabra, el instrumento de la regeneración”, en *The Complete Works of Stephen Charnock,* BD (Edimburgo: James Nichol, 1865), 3:316-17.

3 Los verdaderos creyentes también se transforman al experimentar que la Palabra de Dios es su alimento para nutrirlos (Job 23:12), su herencia para enriquecerlos (Sal. 23:2), su agua para limpiarlos (Sal. 119:9)), su consejero para resolver sus dudas y multiplicar sus alegrías (Sal 119, 24), su fuego para hacer arder sus corazones de afecto (Lc 24, 32), su regla para caminar (Gál 6, 16), y su espejo ante el cual se visten como hacedores de la Palabra y no sólo como oidores (Santiago 1:23-25).

4 Juan Calvino, *Comentario sobre los Salmos de David,* vol. III (Oxford: Thomas Tegg, 1840), 265.

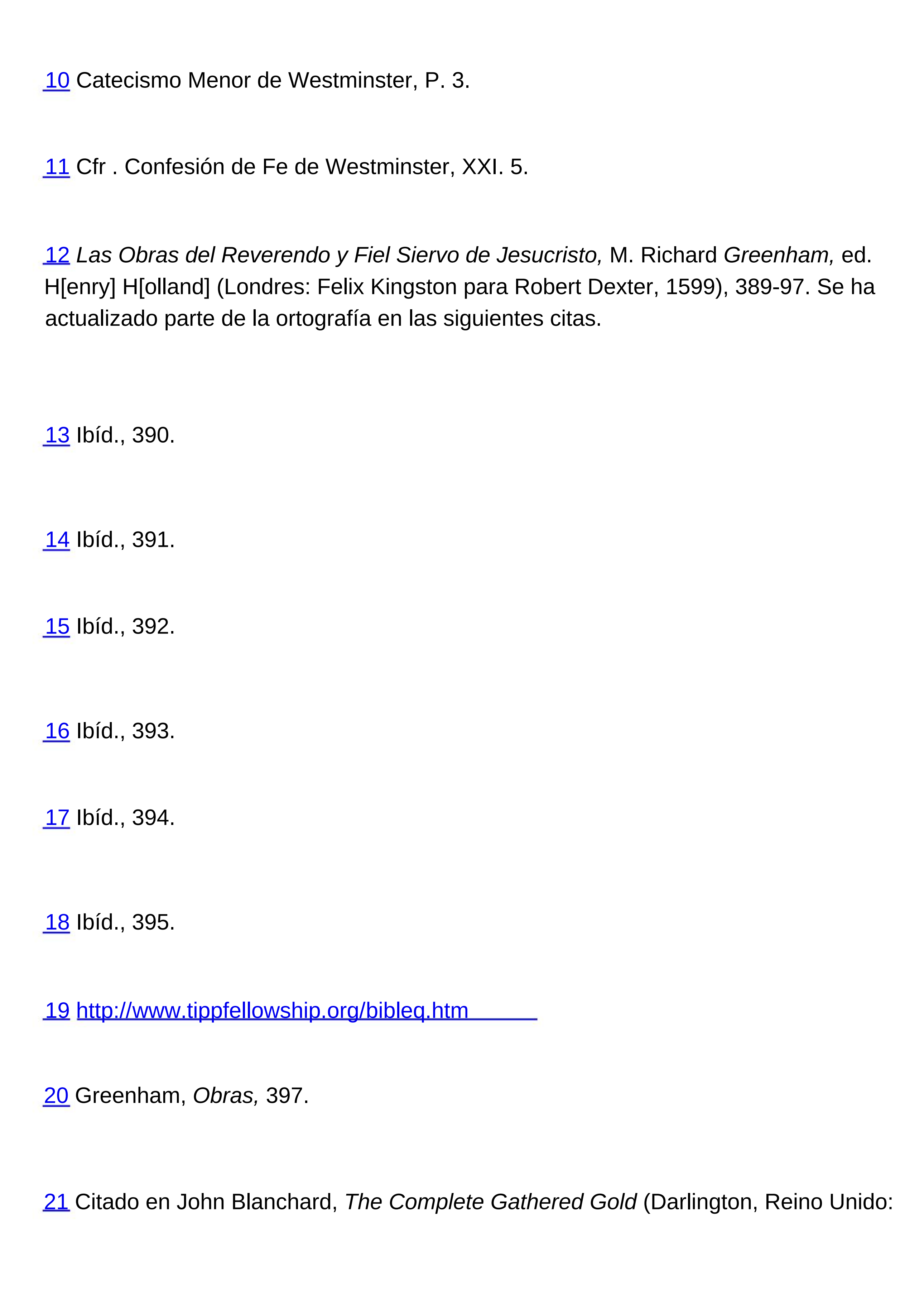
5 Cfr. Juan Calvino, *Institutos de la Religión Cristiana,* ed. John T. McNeill, trad. Ford Lewis Battles (Filadelfia: Westminster, 1960), III, xxiv, 13-14.

6 Los teólogos de la Asamblea de Westminster pidieron una predicación que produjera precisamente estos resultados en los oyentes (ver “Directory for the Public Worship of God”, en *The Confession of Faith* [Inverness: Publications Committee of the Free Presbyterian Church of Scotland, 1970], 380, por sus comentarios sobre la necesidad de aplicación en la predicación).

7 Henry Scougal, *La vida de Dios en el alma del hombre* (Harrisonburg, Va.: Sprinkle, 1986).

8 Citado en Thomas S. Kepler, ed., *The Table Talk of Martin Luther* (Mineola, NY: Dover, 2005), 197.

9 Cfr . Geerhardus Vos, *Teología bíblica* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1948), 13-17.



10 Catecismo Menor de Westminster, P. 3.

11 Cfr . Confesión de Fe de Westminster, XXI. 5.

12 *Las Obras del Reverendo y Fiel Siervo de Jesucristo,* M. Richard *Greenham,* ed. H[enry] H[olland] (Londres: Felix Kingston para Robert Dexter, 1599), 389-97. Se ha actualizado parte de la ortografía en las siguientes citas.

13 Ibíd., 390.

14 Ibíd., 391.

15 Ibíd., 392.

16 Ibíd., 393.

17 Ibíd., 394.

18 Ibíd., 395.

19 http://www.tippfellowship.org/bibleq.htm

20 Greenham, *Obras,* 397.

21 Citado en John Blanchard, *The Complete Gathered Gold* (Darlington, Reino Unido:

Prensa evangélica, 2006), 60.

22 Thomas Watson, *Un Cuerpo de Divinidad Práctica* (Aberdeen: George and Robert King, 1838), 43.

23 Muchos puritanos han abordado el "cómo" de la lectura de la Biblia. Uno de los mejores, recientemente reimpreso, es Thomas Watson, "Cómo podemos leer las Escrituras con el mayor beneficio espiritual", en *Heaven Taken by Storm: Showing the Holy Violence a Christian Is to Put Forth in the Pursuit After Glory,* ed. Joel R. Beeke (Pittsburgh: Soli Deo Gloria, 1992), Apéndice 2: 113-129. Para un folleto práctico del siglo XX escrito en estilo puritano con una sección útil sobre cómo desarrollar un plan de lectura, véase Geoffrey Thomas, *Reading the Bible* (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1980).

24 Cfr. Confesión Belga, Artículo 29; Catecismo de Heidelberg, Pregunta 65.

25 Confesión de Fe de Westminster, XXI.5.

26 Martyn Lloyd-Jones, *Preaching and Preachers* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1971), 71-72.

27 Catecismo de Heidelberg, Pregunta 32.

28 Lloyd-Jones, *Predicación y predicadores,* 97.

29 *Obras de Jonathan Edwards,* 2 vols. (Edimburgo: Banner of Truth Trust, 1974); *Sermones del reverendo Samuel Davies,* 3 vols. (Morgan, Pensilvania: Soli Deo Gloria, 1993-96). Cf. Iain Murray, *Revival and Revivalism: The Making and Marring of American Evangelicalism* (Edimburgo: Banner of Truth Trust, 1994), 3-31.

30 *Diccionario latino de Cassell,* rev. edición JRV Marchant y JF Charles (Nueva York: Funk & Wagnalls, sin fecha).

31 Willem Balke, "La Palabra de Dios y la *Experiencia* según Calvino", en *Calvinus Ecclesiae Doctor,* ed. WH. Neuser (Kampen: Kok, 1978), 20-21; cf. Comentario de Calvino sobre Zacarías 2:9.

32 Paul Helm, "Christian Experience", *Banner of Truth,* 139 (abril de 1975): 6.

33 Robert Burns, "Introducción", en *The Works of Thomas Halyburton* (Londres: Thomas Tegg, 1835), xiv-xv.

34 Véase el Catecismo de Heidelberg para una declaración confesional reformada que facilita la predicación experimental. Esto se evidencia por (1) la exposición del Catecismo de un bosquejo (miseria, liberación y gratitud) que es fiel a la experiencia de los creyentes, (2) su aplicación de la mayoría de las doctrinas directamente a la conciencia y beneficio espiritual del creyente, y (3) su carácter cálido y personal, en el que se habla habitualmente del creyente en segunda persona.

35 *La Confesión de Fe,* 381.

36 Cfr. JA Bengel, "Te totum applica ad textum; rem totam aplica ad te" ("Aplícate completamente al texto, aplícate la materia completamente a ti mismo"), citado en el prefacio de Erwin Nestle, *Novum Testamentum Graece* (Nueva York: American Bible Society, 1993).

37 John Boys, *Calendario Oficial de la Iglesia* (Filadelfia: King & Baird, 1849), 29.

38 Andrew A. Bonar, *Memorias y restos de Robert Murray M'Cheyne* (Londres: Banner of Truth Trust, 1966), 282.

39 La lista proporcionada aquí fusiona, en forma resumida, Watson, *Heaven Taken by Storm,* 16-18, y Thomas Watson, *A Body of Divinity* (Londres: Banner of Truth Trust, 1971), 377-79.

40 Roland H. Bainton, Here *I Stand: A Life of Martin Luther* (Nueva York: Mentor, 1950), 49.

41 Watson, *Un Cuerpo de Divinidad,* 378.

42 Joseph Alleine, *Una alarma para los no convertidos* (Evansville: Sovereign Grace Publishers, 1959), 11.

43 Watson, *Un Cuerpo de Divinidad,* 379.

44 Catecismo de Heidelberg, pregunta 116 (traducción de 1934).

45 Colecta para el segundo domingo de Adviento.

46 La Nueva Versión Internacional inexplicablemente suprime la mención de los salmos en muchos de estos textos (cf. la KJV y otras versiones en inglés). Tenga en cuenta también que la frase "salmos e himnos y cánticos espirituales", en Efesios 5:19 y Colosenses 3:16, probablemente se refiera a los diversos tipos de salmos según se clasifican en la versión griega antigua o de la Septuaginta del Antiguo Testamento.

47 salterios en inglés están fácilmente disponibles. El Salterio de Ginebra de 1562 finalmente apareció en su totalidad como una versión en inglés publicada en el *Libro de Alabanza* utilizado por las Iglesias Reformadas Canadienses. Todavía se están imprimiendo varias ediciones del *Salterio escocés* de 1650, incluida la edición ricamente anotada producida por John Brown de Haddington *(The Psalms of David in Meter*

con notas, exhibiendo la conexión, explicando el sentido y para dirigir y animar la devoción [Dallas: Presbyterian Heritage, 1991]). La versión estadounidense más antigua y más utilizada es el Salterio Presbiteriano Unido publicado en 1912, y todavía reimpreso hoy por las Congregaciones Reformadas de los Países Bajos del Patrimonio, las Congregaciones Reformadas de los Países Bajos y las Iglesias Reformadas Protestantes, con una selección sustancial de versiones en inglés de los Salmos de Ginebra. incluido. Los presbiterianos reformados ("Covenanters") han publicado varias versiones, la más reciente de las cuales es *El libro de los salmos para cantar.* La Iglesia Presbiteriana Reformada Asociada ha publicado durante muchos años su versión del Salterio titulada *Canciones de la Biblia.* El más reciente de los salterios estadounidenses es el *Trinity Psalter,* publicado para su uso en la Iglesia Presbiteriana de América y destinado a acompañar al *Trinity Hymnal.*

48 Frutos adicionales incluyen paz (Salmo 85:8), dulzura (Salmo 119:103), libertad (Juan 8:31-32) y alabanza (Salmo 119:171).

49 Cfr . Catecismo de Heidelberg, Preguntas 88-90.

50 Confesión Belga, Artículo 2.

51 Ibíd., artículo 25.

52 Joseph A. Alexander, *Los salmos traducidos y explicados* (Grand Rapids, Mich.: Baker, 1975), 89-90.

53 Citado en Blanchard, *The Complete Gathered Gold,* 49.

54 Confesión Belga, Artículo 5.

55 Citado en Blanchard, *The Complete Gathered Gold,* 50.

56 Henry Smith, “Alimentos para bebés recién nacidos”, en *The Works of Henry Smith,* vol. 1. (Edimburgo: James Nichol, 1866), 494.

Epílogo

- Don Kistler - La

batalla por la Biblia se ha estado librando desde el principio de los tiempos. Satanás, el gran enemigo de las almas, comenzó su asalto con una pregunta: "¿Ha dicho Dios...?" Eva, al afirmar que Dios le había dicho que no comiera ni *tocara* el árbol prohibido, añadió a lo que Dios le había dicho; la primera ronda fue para Satanás.

La pelea continúa. Los católicos romanos añaden tradición a lo que está escrito en las Escrituras y lo colocan en el mismo plano que las Escrituras. Algunos van incluso más allá. El Cardenal Cayetano le dijo a Martín Lutero que el Papa estaba *por encima de* las Escrituras.

Muchos carismáticos y evangélicos colocan su experiencia personal a la par de las Escrituras, añadiendo así a la revelación escrita de Dios. Escuchamos a muchos decirnos que "Dios me dijo...". Seguramente todo lo que Dios ha dicho tiene autoridad y obliga, así que agregamos a las Escrituras de esa manera.

Hoy, la experiencia y los sentimientos subjetivos se colocan a la par con las Escrituras. Uno de los venerables colaboradores de este volumen ha sido acusado de tener en alta estima a las Escrituras. Me han acusado de "bibliolatría" por tener una alta opinión de las Escrituras. Ninguno de los contribuyentes se ha acercado *a* hacer lo que Dios mismo hizo cuando declaró en el Salmo 138:2: "Engrandeciste tu palabra sobre todo tu nombre". Dios ha magnificado Su Palabra por encima de Su mismo nombre; y, sí, eso es de hecho lo que significa la palabra *arriba* en el hebreo: "sobre" o "más alto que".

La Escritura tiene una posición de autoridad absoluta en la vida del creyente. Es por eso que Pablo le escribió a Tito y dio instrucciones en el capítulo 2 para que hombres y mujeres siguieran con este motivo: "que la palabra de Dios no sea deshonrada" (v. 5, NASB). La escritura está completa. Dios ha dicho todo lo necesario para que vivamos la vida santa a la que nos llama. No se necesita agregar nada más a lo que Dios ha revelado en Su Palabra escrita.

Interpretada correctamente, la Escritura misma revela esta verdad. Pero incluso si no hubiera una enseñanza clara en las Escrituras acerca de la suficiencia de las Escrituras para todos los asuntos de fe y práctica, el mismo carácter de Dios nos llevaría a la misma conclusión. Dios es el Dios todo suficiente; todo acerca de Él es completamente adecuado. ¡Seguramente Su revelación escrita de Sí mismo no sería lo único que faltaría en total suficiencia para Su pueblo!

Cuando Cristo fue tentado, citó la Palabra escrita, no la tradición oral. De hecho, la mayoría de las veces que se usa la palabra *tradición* en las Escrituras, es como una crítica de su uso. El uso sobre el que los apologistas romanos normalmente construyen su caso está en 2 Tesalonicenses 2:15, que John MacArthur ha tratado en su capítulo sobre la suficiencia del texto escrito de las Escrituras.

El peligro de agregar a la Escritura es evidente, confío. Si podemos agregar a lo que Dios ha dicho, Su Palabra, entonces ¿por qué no podemos agregar a lo que Él ha hecho, Su obra redentora? Pero, entonces, eso es exactamente lo que ha hecho Roma.

Lamentablemente, el evangelicalismo moderno es solo un poco menos culpable. Aunque todavía profesa que la revelación de Dios en las Escrituras es suficiente para la salvación, casi la ha abandonado, si no virtualmente, en favor de teorías y técnicas psicológicas modernas para la santificación. Como dijo una persona que llamó a un programa de entrevistas en Pittsburgh: “La terapia me salvó la vida; ¡pero Dios también ayudó!”

Pero el apóstol Pedro dio la última palabra, creo, cuando escribió que “Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad *[bios* así como *zoe] nos han sido dadas por su divino poder,* mediante el conocimiento de aquel que nos llamó a gloria y virtud” (2 Pedro 1:3). Todo lo que pertenece a la vida ya la piedad viene por el verdadero conocimiento de Él, que nos es dado en las Sagradas Escrituras. Los cielos pueden declarar la gloria de Dios (Sal. 19:1), pero ese conocimiento nunca podrá librarnos; ese conocimiento es suficiente para condenar, pero no para salvar. El conocimiento salvador de Cristo, que salva solo por la fe, nos es dado en la Palabra escrita de Dios.

Moisés declaró que la revelación escrita de Dios no eran solo palabras ociosas, sino nuestra vida. Que luchemos por estas palabras como lo haríamos con nuestras propias vidas, porque de hecho lo son.